

220

2y



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO**

**FACULTAD DE PSICOLOGIA**

**LA TRANSFERENCIA : FORMULACIONES  
Y REFORMULACIONES EN LA OBRA DE  
S. FREUD Y J. LACAN**

**TESIS**

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

LICENCIADA EN PSICOLOGIA

PRESENTA

**MARICELA SIFUENTES VALLES**

MEXICO, D. F.

1996

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Ricardo y Richie. Gracias por todo.

## AGRADECIMIENTOS

A Josafat Cuevas, quien pidió siempre calidad en el trabajo.

A Silvia Heizer, quien logró transmitirme su pasión por el psicoanálisis.

A mi esposo en quien siempre encontré el apoyo que necesité.

A mi hermano, quien me estimuló y ayudó durante el desarrollo de este trabajo.

## INDICE

<b>INTRODUCCION</b>	<b>1</b>
<b>Cap. 1</b>	<b>CONCEPTUALIZACION DE LA TRANSFERENCIA EN LA OBRA DE S. FREUD</b>
1.1	ANTECEDENTES 4
1.2	AMOR DE TRANSFERENCIA 12
1.3	LA TRANSFERENCIA COMO RESISTENCIA 17
1.4	LA TRANSFERENCIA COMO REPETICION 20
1.5	CONTRATRANSFERENCIA 25
1.6	EL FIN DEL ANALISIS 28
	CITAS 31
<b>Cap. 2</b>	<b>CONCEPTUALIZACION DE LA TRANSFERENCIA EN LA OBRA DE J. LACAN</b>
2.1	ANTECEDENTES 36
2.2	AMOR DE TRANSFERENCIA 39
2.3	LA TRANSFERENCIA COMO RESISTENCIA 45
2.4	LA TRANSFERENCIA Y LA REPETICION 51
2.5	DESEO DEL ANALISTA 56
2.6	EL DESEO DE FREUD 61
2.7	SUJETO SUPUESTO SABER 63
2.8	EL FIN DEL ANALISIS 66
	CITAS 73
<b>Cap. 3.</b>	<b>CONCLUSIONES 81</b>
	CITAS 86
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	<b>87</b>

## INTRODUCCIÓN

El término de transferencia es empleado por Freud desde la ciencia de los sueños, pero es a partir del caso Dora en donde emerge la significación que desde entonces tendrá de ella. La transferencia en sentido psicoanalítico, será considerada como aquella que se produce cuando el deseo del paciente, se aferra a un elemento muy particular que es la persona del médico, y más exactamente que a su persona, -retomando a Lacan-, al significante del analista.

Desde entonces, la transferencia es un hecho que se le presentó a Freud como imprevisto, fue una sorpresa para Freud encontrarse ante el amor que le ofrecía la paciente en una actividad que se le presentaba como científica y terapéutica. Esta llegada imprevista de la transferencia, la hace primero aparecer como un fenómeno parasitario que perturba el progreso de la cura por el entorpecimiento de la relación terapéutica.

Freud reconoce que la transferencia es un fenómeno inevitable, pero pronto llega a encontrar en ella una gran ventaja: La transferencia moviliza el deseo inconsciente en la actualidad misma de la sesión; sin embargo, al mismo tiempo Freud descubre en la transferencia el obstáculo más poderoso para la cura, ya que el paciente al interrumpirse, coloca en su lugar un pensamiento alrededor de la persona del analista. La transferencia es asimilada sobre todo a un tiempo de cierre del inconsciente, pero al mismo tiempo es necesaria para la "activación" de los procesos inconscientes, esa es la profunda paradoja de la transferencia; el análisis se hace en cierto sentido gracias a la transferencia y en otro sentido, a pesar de la transferencia.

La transferencia, considerada como esa presencia del inconsciente en el presente, como una reviviscencia del pasado, una repetición, hecho a partir del cual se considera que la función del analista consistirá en mudar esa repetición en recuerdo; pero el paciente resiste, no deja de actuar, continúa imaginando que la situación actual es tan real como la pasada, el analista entonces, deberá encargarse de marcar la distinción de ambos planos, asimilando esta actuación del paciente a una resistencia y la función del analista, al vencimiento de las mismas. El analista habrá de hacerse aliado de la parte sana del yo del paciente, fungiendo como representante de la realidad, lugar a partir del cual instará al sujeto para que tome conciencia de la forma en que sus resistencias le impiden ver los complejos patógenos inconscientes, siendo la transferencia el escenario a partir del cual el analista tratará de "convencer" a su paciente acerca de la realidad que él le muestra, pretendiendo así, anular las resistencias y mudar su repetición en recuerdo.

La transferencia es un tema medular en la práctica analítica, sin embargo, y a pesar de que la mayoría de los analistas postfreudianos encuentran en la obra de Freud los elementos teóricos para apoyar una práctica clínica que concibe a la transferencia como ya antes fue brevemente esbozada, es igualmente un tema que al paso del tiempo ha conducido al desacuerdo entre los analistas en cuanto a su concepción, acuerdo que sí encontramos en cuanto a la necesidad de analizarlo, la necesidad de encontrar una solución a las interrogantes que plantea, interrogantes tales como: ¿Cómo explicar que la transferencia sea un fenómeno que promueve al mismo tiempo la apertura y el cierre del inconsciente?. Si la transferencia es una

repetición del pasado, y la "actuación" del analista debe encaminarse a mudar esa repetición en recuerdo, a promover la distinción entre la situación actual y la pasada a partir de la "toma de conciencia", ¿es realmente en esta toma de conciencia que radica el poder de la cura?. Si la función del analista consistirá en juzgar lo que es real y lo que no ¿quién diría si el analizante no tiene razón cuando rechaza una interpretación del analista?, ¿en qué se distingue esta "actuación" del analista de un deseo de convencer?, ¿en qué se diferencia entonces el psicoanálisis de la sugestión?.

Después de Freud las interrogantes no han dejado de presentarse en el quehacer analítico, no faltaron analistas tratando de encontrar respuestas, las vías de las cuales partieron se inscribieron una vez en seguir considerando a la transferencia como repetición de una experiencia pasada, y otras en comprender la estructura de la relación amorosa. Hubo analistas que retomando el término de "contratransferencia", intentaron reducir la interferencia del "deseo del analista" a un mero accidente que se podría librar al suponer que analizar la transferencia consistía en marcar la distancia con respecto a la realidad, pretendiendo conducir al paciente a un proceso que propondría la identificación con el analista, representante de dicha realidad. Detengámonos un poco a examinar este lugar del analista en la cura.

Desde el caso Ana O., la transferencia fue considerada como un incidente enojoso, un incidente que caracterizaba ciertos tipos de histeria, pero que no implicaba que el médico fuera el responsable del mismo. Esta concepción de la transferencia prevaleció hasta nuestros días en la mayoría de los círculos psicoanalíticos, pero entonces ¿por qué es preciso que el analista sepa algo acerca de su deseo inconsciente?, ¿por qué el análisis didáctico?. La respuesta común a esta pregunta es considerar que el análisis didáctico se requiere justamente para garantizar la neutralidad del analista, la posibilidad de juzgar "objetivamente" lo que es real, pero cómo podemos considerar que el análisis didáctico constituya una garantía semejante, si como todo análisis, éste involucra al fenómeno transferencial

Este panorama pretende explicitar el hecho de que la transferencia sea un concepto que hasta ahora ocupe un lugar central en el quehacer teórico y clínico de los círculos psicoanalíticos, es un fenómeno en el que no sólo se sostiene el análisis terapéutico o didáctico, se sostiene el análisis a "secas", de ahí la preocupación por dar una solución a los problemas que Freud nos legó, problemas que han conducido a las instituciones analíticas a una crisis, al pesimismo de muchos en lo que atañe al porvenir del psicoanálisis mismo.

El presente trabajo nace de esa misma necesidad de comprender el fenómeno que se muestra como el pilar de todo análisis, conocer esas interrogantes que Freud mismo se formuló, descubrir las teorizaciones que las fueron generando, las reformulaciones hechas al respecto, así como las interrogantes que se mantuvieron en pie. Como lo indicábamos, los intentos por resolver las dificultades que encierra el concepto de transferencia han sido varios, sin embargo, no se pretende llevar a cabo un recorrido de las diversas propuestas de solución, se pretende en cambio, introducirnos en sólo una de las conceptualizaciones que al parecer ha resuelto la problemática que plantea el tema; la de Jacques Lacan, al hacerlo, daremos cuenta de cómo las enseñanzas de Lacan se fueron inscribiendo en los diferentes caminos que sobre la transferencia Freud dejó abiertos, enseñanzas que siempre tuvieron como punto de partida una nueva interrogación dirigida al padre del psicoanálisis. Al retomar

la obra de Lacan daremos cuenta de las reformulaciones teóricas que lleva a cabo a partir de los postulados freudianos, así como de las innovaciones que él propone, para finalmente, explicitar la forma en que pretendió resolver las interrogantes que presenta el desarrollo conceptual del tema.

Para cumplir con el objetivo planteado, nos parece conveniente presentar la información en dos secciones: En la primera sección se expondrá la conceptualización freudiana de la transferencia, y desde esta perspectiva, los temas que pasarán a formar parte de esta sección, serán aquellos que Freud fue retomando al llevar a cabo un recorrido teórico del concepto, de ahí que hablaremos de la transferencia en su vertiente amorosa, en su vertiente resistencial, de la transferencia como repetición, de la contratransferencia y desde luego de aquello que Freud llamó la "liquidación" de la transferencia, la puesta en tela de juicio acerca de la posibilidad del fin del análisis. Los temas anteriores pasarán a formar parte de cada uno de los capítulos de la presente sección, y en cada uno de ellos serán señaladas las interrogantes, las reformulaciones que Freud produjo al respecto, y finalmente el señalamiento de las interrogantes que mantuvo en pie.

En la segunda sección se expondrá la conceptualización lacaniana de la transferencia, y los temas a partir de los cuales se desarrollará dicha exposición, no serán retomados en función del recorrido teórico que Lacan hizo al respecto, sino en función de la facilidad con que nos permitan exponer las reformulaciones que llevó a cabo partiendo de las teorizaciones freudianas; de ahí que abordaremos la concepción que tuvo con respecto al amor de transferencia; de la transferencia como resistencia, y de la transferencia como repetición. Al introducirnos en la obra lacaniana, daremos cuenta de cómo a partir de la introducción de diversas construcciones inéditas, logra dar un giro a los postulados freudianos, "desapareciendo" por ejemplo el concepto de contratransferencia, y apareciendo conceptos novedosos y centrales como lo es el "deseo del analista" y la noción de "sujeto supuesto saber", temas para él inseparables del concepto de transferencia, y alrededor de los cuales girará la posibilidad del fin del análisis. Cada uno de estos temas pasarán a formar parte de los capítulos de la presente sección, y en cada uno de ellos se pretenderá explicitar la forma en que parece Lacan resolvió las interrogantes que Freud dejó en pie, exponiendo desde luego el cambio que la obra lacaniana produjo alrededor del concepto.

Al final de este recorrido trataremos de concluir alrededor de lo que planteamos como un supuesto, y que ahora formulamos como una pregunta: ¿Es la propuesta lacaniana una solución a los problemas que hasta ahora ha suscitado la concepción freudiana de la transferencia?



## CAPITULO 1

### CONCEPTUALIZACION DE LA TRANSFERENCIA EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD

#### 1.1 ANTECEDENTES

El tratamiento psíquico es el más antiguo, el que se usaba en los pueblos; jamás dejaban de reforzar el efecto de pócimas y medidas terapéuticas mediante un enérgico tratamiento anímico, los ensalmos, los baños purificadores, el sonsacar sueños oraculares haciendo dormir en el templo al enfermo, etc., todos estos son medios que sólo por vía anímica pueden haber influido terapéuticamente. Si bien los curanderos, los brujos, dañan a veces, en lugar de beneficiar a quienes buscan curarse, no podemos olvidar que el hombre actual, en su empeño terapéutico se apoya de continuo en el mismo poder.

El efecto probable de un remedio cualquiera prescrito por un médico se compone de dos partes. La actitud anímica del enfermo (su expectativa confiada y esperanzada o angustiada) que depende de su afán de sanar, y el respeto por el arte médico en general, el poder que atribuyen a la persona del médico y aún la simpatía que les puede despertar<sup>1</sup>.

La personalidad del médico desde mucho tiempo atrás, se ha rodeado de un halo de prestigio que provenía directamente del poder divino, pues el arte de curar estuvo en sus comienzos en manos de los sacerdotes. Así, entonces, como hoy, la persona del médico y el saber que le era atribuido, fue una de las circunstancias principales que permitían alcanzar en el enfermo el estado anímico más favorable para su curación.

El tratamiento psíquico ha sido definido como tratamiento del alma, "(...)ya sea de perturbaciones anímicas o corporales con recursos que de manera primaria e inmediata influyen sobre lo anímico del hombre"<sup>2</sup>.

Igualmente, y desde todos los tiempos, el instrumento esencial del tratamiento anímico es la palabra.

Las palabras son sin duda los principales mediadores del influjo que un hombre pretende alcanzar sobre los otros, la palabra es el medio para provocar alteraciones anímicas en aquel a quien va dirigida.

Sin embargo, todas las influencias anímicas que han demostrado ser eficaces para suprimir enfermedades llevan adherido algo de imprevisible. Los "poderes" que en una ocasión lograron suprimir la enfermedad, en otros no lo consiguen. La sugestión no produce los mismos efectos en todos los seres humanos, razón por la cual el médico trató de buscar el estado anímico del enfermo más favorable para un buen resultado. De este empeño nace el moderno tratamiento anímico. Ahora el médico se presenta de tal forma, que puede ganarse la confianza y la simpatía del enfermo, lo cual no deja de significar que habrá quienes ese médico no les inspire confianza, ni le sea simpático, y nuevamente encontramos que este medio no promete ventaja alguna sobre los ya existentes, dado que el médico no posee los medios para cambiar a su favor el estado anímico del enfermo. No obstante, por un camino singular e imprevisible se ha ofrecido al médico la posibilidad de ejercer una influencia profunda, si bien transitoria, sobre la vida anímica de sus enfermos, y aprovecharla con fines terapéuticos. Este medio es un estado anímico, que tiene gran semejanza con el sueño y por eso se le ha llamado "hipnosis".

Charcot fue uno de los primeros en reconocer el carácter auténtico y objetivo de los fenómenos histéricos, ya que antes se consideraba a esta enfermedad una mera simulación, por lo que los tratamientos se rodeaban de incomprensión, amedrentamientos, escarnio, tonificaciones, etc.. El giro sobrevino en la década de 1880, cuando gracias a Charcot el hipnotismo ingresó nuevamente en la ciencia médica, con más éxito que en ninguna otra ocasión.

De los estudios de Charcot, y de Bernheim - quien hizo de la sugestión el núcleo de la hipnosis-, entre otros, se extrejeron dos doctrinas fundamentales. En primer lugar se llegó al convencimiento de que aún las alteraciones corporales llamativas podían ser el resultado de influjos puramente anímicos, activados por el experimentador mismo; en segundo lugar, y en particular a raíz de la conducta de los sujetos tras la hipnosis, se tuvo la impresión más nítida de la existencia de procesos anímicos a los que no se les podía dar otro nombre que el de "inconscientes"

Es verdad que desde hacía mucho tiempo atrás, los filósofos examinaban a lo inconsciente como concepto teórico, pero es aquí, en los fenómenos del hipnotismo, en donde se volvió por vez primera algo vivo, palpable y objeto de experimentación.

El rasgo más significativo e importante de este fenómeno era la conducta del hipnotizado, hacia el hipnotizador. Mientras que el hipnotizado se comporta hacia el mundo exterior como lo haría un durmiente, permanece despierto respecto de la persona que lo puso en estado hipnótico. No es sólo que el mundo del hipnotizado se restrinja al hipnotizador, sino que además se vuelve crédulo y obediente a él. "Una credulidad como la que el hipnotizado presta a su hipnotizador sólo la hallamos, fuera

de la hipnosis, en el niño hacia sus amados padres y en una relación amorosa de entrega plena. La conjunción de estima exclusiva y obediencia crédula pertenece, en general, a los rasgos característicos del amor" <sup>3</sup>.

Se llama "sugestión" al dicho del hipnotizador, que ejerce un efecto embalsamador, y se aplica este nombre a cualquier cosa que produzca un efecto parecido. Todas las actividades anímicas del hipnotizado aluden a esta sugestión, mientras que por su propia voluntad, él no podría emprender nada.

El médico pone al enfermo en estado hipnótico, imparte la sugestión, le dice que tras despertar "(...)no registrará signos de su dolencia, lo despierta y la expectativa es que la sugestión habrá hecho lo suyo contra la enfermedad" <sup>4</sup>.

Más o menos por la misma época en que Charcot iluminaba a través de la hipnosis las parálisis histero traumáticas, el doctor Breuer, en 1880-1882, prestaba asistencia médica a una joven dama que presentaba una multitud de síntomas ocasionados por una histeria grave; este caso fue el primero en que se consiguió eliminar los síntomas, cuando se conseguía bajo hipnosis, averiguar el origen de cada uno de ellos, producir el recuerdo del proceso ocasionador, convocando al mismo tiempo el afecto acompañante, y cuando luego el enfermo describía ese proceso de la manera más detallada y expresaba en palabras el afecto. A esta forma de tratamiento se le llamó "Método Catártico" <sup>5</sup>, el cual, a pesar de lograr avances nunca vistos, tenía sus inconvenientes: no todos los pacientes eran hipnotizables, muchas veces los síntomas retornaban y se tenía que acudir una y otra vez al médico; el tratamiento en general dependía nuevamente de la "docilidad" del enfermo, del grado de obediencia que lograra la sugestión.

Es en este marco en donde resulta pertinente destacar la presencia de Freud, quien ya antes había sido discípulo de Charcot y colaborador de Breuer.

Freud inicia su trabajo clínico a partir del empleo de la hipnosis, método con el cual obtuvo sus primeros éxitos terapéuticos, sin embargo, su encuentro con Breuer fue determinante, y cuando inicia su trabajo teórico con el deseo de descubrir la etiología de la histeria, decide practicar la hipnosis con otro fin, además del sugestivo, ese otro fin era promover la "catarsis" en el enfermo. El método catártico que por primera vez emplea Freud en el caso "Emmy", es el mismo que Breuer había empleado en el caso ya antes mencionado y mejor conocido como "Ana O", paciente que lo bautiza con el nombre de "talking cure". <sup>6</sup>

Este método produjo profundas transformaciones teóricas y técnicas. Con el método catártico, en lugar de limitarse a ramificar el síntoma a partir de la sugestión, se le empieza a escuchar, y se escucha en la palabra del paciente; siendo necesario que éste se remontara al pasado para descubrir el origen del mismo.

El método catártico requería del estado hipnótico del paciente en tratamiento. El síntoma era removido a partir del seguimiento retrospectivo del discurso del paciente, y llegado el momento, el montante de afecto que había quedado estancado surgía al ligarse al recuerdo. En este sentido el síntoma era el efecto de un recuerdo que escapaba a la conciencia, y de un montante de afecto aunado a él.

Del vínculo hipnosis-catarsis tampoco Freud obtiene el éxito tan esperado en sus tratamientos, pues la eficacia de su uso sólo reportaba mejorías transitorias. Entre las dificultades que Freud enfrentó, como habíamos mencionado, era que "(...)no eran hipnotizables todas las personas que mostraban síntomas inequívocamente histéricos, y en los cuales, con toda probabilidad reinaba el mismo mecanismo psíquico",<sup>7</sup> también agrega que "(...) hasta los mejores resultados quedaban de pronto borrados cuando se enturbiaba la relación con el paciente. Es verdad que se restablecía cuando se hallaba el camino de la reconciliación, pero uno quedaba advertido, de que el vínculo afectivo personal era más poderoso que cualquier trabajo catártico, y ese factor justamente, no podía ser gobernado".<sup>8</sup>

El uso del método catártico hizo patente la existencia de un elemento, que aunque había estado presente desde siempre, sólo había sido reconocido parcialmente: La transferencia, un fenómeno ya constatado pero aún no teorizado. Desde mucho tiempo atrás el vínculo afectivo era un factor rebelde que provocó el autoritarismo, la evasión, la irritación, etc., Freud tomaría otra actitud, y la podemos evaluar y leer en el siguiente texto: "Un buen día hice una experiencia que me mostró bajo una luz brillante lo que venía conjeturando desde tiempo atrás. Me encontraba con una de mis pacientes más dóciles, en quien la hipnosis había posibilitado notabilísimos artilugios; acababa de liberarla de su poder reduciendo un ataque de dolor a su ocasionamiento, y hete aquí que al despertar me echó los brazos al cuello. El inesperado ingreso de una persona nos eximió de una penosa explicación, pero a partir de entonces, en tácito acuerdo, renunciamos a proseguir el tratamiento hipnótico. Me mantuve lo bastante sereno como para no atribuir este incidente a mi irresistible atractivo personal, y creí haber aprehendido la naturaleza del elemento místico que operaba en la hipnosis".<sup>9</sup>

La sugestión pedagogizante, y la "presión en la frente" como recurso igualmente sugestivo, será otro recurso poco exitoso que Freud utilizó hasta 1896. A su vez, sería también la técnica antecesora de la asociación libre, técnica de la que es difícil precisar la fecha de su descubrimiento, pero que fue puesta en práctica de manera progresiva entre 1892 y 1898. La asociación libre, es considerada hasta ahora la regla analítica fundamental, y a partir de ella se pretende encontrar un método que ya no recurra a la búsqueda insistente del elemento patógeno, sino lo que el paciente tenga para decirnos.

Si bien Freud encontró en la hipnosis un apoyo técnico para su teoría inicial de las neurosis, su enfrentamiento con la clínica le hizo darse cuenta que los matices de la relación médico-paciente rebasaban por completo las explicaciones dadas a partir

de la hipnosis y la sugestión. La significación que Freud daba a estos matices, estuvieron sujetos siempre a variaciones, variaciones que podemos encontrar a lo largo de su obra, y que fueron perfilando poco a poco el desarrollo psicoanalítico del concepto de transferencia.

El término "transferencia", ubicado en el contexto de la relación terapéutica, es mencionado por primera vez en el artículo de 1895, "Sobre la psicoterapia de la histeria": "La transferencia sobre el médico acontece por enlace falso".<sup>10</sup>

En "Estudios sobre la histeria", encontramos que Freud se pregunta sobre el motivo que conduce a los pacientes a desconocer los orígenes de su malestar; por qué los pacientes atribuyen a su estado razones o justificaciones que sólo enmascaraban las causas que estaban más vinculadas a su padecer.

En el artículo titulado "Psicoterapia de la histeria", Freud ya había expuesto algunas ideas sobre los enlaces falsos, pero es en las notas que agrega posteriormente a los "Estudios sobre la histeria", en donde los "enlaces" recibirían la importancia que tenían en los tratamientos y que Freud define de la siguiente manera: "Parece haber una necesidad de poner fenómenos psíquicos de los que uno se vuelve consciente en un enlace causal con otros elementos conscientes. Toda vez que la causación efectiva se sustrae de la percepción de la conciencia, se ensaya sin vacilar otro enlace en el que uno mismo cree aunque es falso. Es claro que una preexistente escisión del contenido de conciencia no puede menos que promover al máximo semejantes enlaces falsos".<sup>11</sup>

El tratamiento hipnótico pretendía romper con las barreras que anteponía el paciente para conocer las causas de su enfermedad. Sin embargo, el rompimiento de las barreras y el reconocimiento de las causas efectivas no era sencillo, ya que se producían una serie de rodeos, rodeos necesarios para poder llegar al núcleo verdadero del origen del malestar. La manera de llevar a buen término este recorrido, era cancelar, mediante la hipnosis y la sugestión los efectos producidos por los "enlaces falsos".

La práctica analítica le permite ver a Freud que el discurso de sus pacientes es el efecto de una serie de desvíos y equívocos que no son casuales, y cuyo entendimiento paulatino dirige el tratamiento.

Antes de Freud, la relación médico-paciente ya había sido mencionada en cuanto a su importancia, sin embargo, Freud fue el primero en escuchar el síntoma. Antes de él, el saber era depositado en el médico, Freud deposita el saber en el paciente al pedirle que hable.

En el estudio de 1900, "La interpretación de los sueños", Freud habla de la transferencia refiriéndola a la combinación y el traspaso incesante de intensidades en

las representaciones. Este es el sentido que originariamente Freud dio al concepto: la transferencia como un desplazamiento.

La transferencia sería entonces "(...)el modo de encuentro según el cual una representación rechazada, reencuentra el obstáculo de la censura y 'transfiere' sobre una representación preconscious poco investida, su intensidad pulsional. Esta representación preconscious poco investida tendrá desde ahora la carga de representar la motión pulsional inconsciente".<sup>12</sup>

En este encadenamiento de representaciones Freud afirma que existe "(...) otra representación de la que el paciente no tiene sospecha, es la de mi persona"<sup>13</sup>. El analista entonces llega a ocupar un lugar en la serie de representaciones del paciente, representación sostenida por el deseo inconsciente, y que por lo tanto no se reduce a su persona, sino a las vías a partir de las cuales facilitará el acceso a lo inconsciente.

Poco tiempo después de la publicación de la "Interpretación de los sueños", Freud inicia la redacción de un trabajo que originalmente había titulado "Sueños e histeria", para después convertirse en el mejor conocido caso "Dora", y en el que se producen importantes cambios con respecto a la función de la transferencia en los tratamientos psicoanalíticos. En este artículo Freud afirma que mientras dura el tratamiento analítico, la formación de nuevos síntomas se interrumpe invariablemente, lo cual no significa que la productividad de la neurosis se extinga, sino que llegan a ceder su lugar a las "transferencias".

Si las transferencias vienen a ocupar el lugar de los síntomas, el progreso de la cura ya no se determinará a partir de los últimos, sino a partir de los vínculos que el paciente sostenga con el médico; la consecuencia técnica será la prioridad que desde ese momento habrá de concedérsele en todo análisis a la interpretación de las transferencias.

A partir de entonces las transferencias serán conceptualizadas por Freud como nuevas ediciones de las tendencias y fantasmas inconscientes, que deben ser movilizadas y hechas conscientes a partir del trabajo de la interpretación.

Posteriormente al período comprendido entre 1895 y 1905, Freud retoma el tema de la transferencia de manera explícita en dos trabajos que se encuentran entre los llamados "Escritos técnicos", sin embargo, antes de pasar a las aportaciones contenidas en estos artículos, es importante recordar las ideas brindadas por Karl Abraham y Sandor Ferenczi.

Abraham hablará de la inexistencia de la transferencia en la demencia precoz, en función del carácter autoerótico de la libido, en cambio, en las neurosis, la transferencia es explicada por la posibilidad de transferir libido a los objetos. Con estas formulaciones Abraham ubica a las manifestaciones de la transferencia en

función de su carácter libidinal, en donde el énfasis ya no sólo está puesto en la transferencia como reproducción del pasado.

La tesis de Abraham, es continuada explícitamente por Ferenczi en el artículo publicado en 1909, "Transferencia e Introyección". En este artículo Ferenczi expone la estructura libidinal de la transferencia tomando como punto esencial la identificación del sujeto con el objeto de amor, debido a que "(...) el yo del neurótico está patológicamente dilatado y se halla en perpetua búsqueda de objetos de identificación, de transferencia" <sup>14</sup>. A pesar de localizar el carácter libidinal de la transferencia, Ferenczi no abandona la concepción de la misma como repetición o reproducción. Pues "(...) el primer amor objetal es, la raíz, el modelo de toda transferencia ulterior", <sup>15</sup> localizando su finalidad en la satisfacción de aspiraciones que el sujeto no pudo satisfacer realmente.

La aproximación efectuada por Ferenczi acerca de la transferencia y la luz que arroja en cuanto fenómeno de sugestión (vía identificación), será un tema que Freud retomará en los artículos "Sobre la dinámica de la transferencia" (1911), y "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" (1915), en donde tratará de demostrar que el empleo de la sugestión en el análisis no es el mismo que en otras terapias y, por otra parte, que el amor de transferencia tiene otra función: la resistencial.

Según expone Freud, es natural que un sujeto que no ha alcanzado la satisfacción esperada en la realidad, espere hallar la satisfacción que le faltó, en la relación con el médico.

Hasta aquí, observa Freud, el mecanismo de la transferencia no ofrece dificultades, las dificultades comienzan cuando la transferencia se convierte en una resistencia, y entonces Freud se pregunta: ¿Qué sucede con la confianza depositada en el médico?, ¿Cómo se explica que la transferencia se preste tan bien al juego de la resistencia?. La solución pretende encontrarla al distinguir dos tipos de transferencia: La transferencia positiva, la de sentimientos afectuosos; y la transferencia negativa, la de sentimientos hostiles o eróticos, en donde toda transferencia que recubre una pulsión erótica o agresiva, es cabalmente una resistencia, concepción según la cual el analista reconocerá que hay una transferencia, porque hay una resistencia.

Poco a poco la resistencia llega o ocupara un lugar preponderante, y el psicoanálisis llega a convertirse en una clínica de las resistencias, en donde interpretar la transferencia consiste en hacer conciencia en el paciente para que aparte del médico los sentimientos eróticos o agresivos dirigidos a él. Sin embargo, el paciente resiste, la toma de conciencia no se logra, y se habla de "la resistencia al levantamiento de la resistencia". Así se inicia la lucha entre "(...) el médico y el paciente, entre el intelecto y las fuerzas instintivas, entre el discernimiento y la necesidad de descarga" <sup>16</sup>. La función del analista consistirá en hacer ver a su

paciente que los sentimientos o mociones dirigidos a él no son reales, que sólo actúa sus pasiones sin tener en cuenta la realidad.

Según Freud, el factor que permite al paciente ceder en sus resistencias es la transferencia en su vertiente de sugestión, ese "(...) elemento inatacable, capaz de hacerse consciente y que subsiste y pasa a ser para el psicoanálisis lo que para los otros métodos terapéuticos el factor del éxito" <sup>17</sup>. Si bien la transferencia, en su vertiente de sugestión, no es un fenómeno privativo del psicoanálisis, la diferencia radica en que el análisis emplea dicha sugestión, sólo para vencer las resistencias que erige el paciente para desconocer los contenidos que albergan en su inconsciente.

La transferencia como reproducción o repetición del pasado, prestaría el escenario donde, vía la sugestión, se "obligaría" al paciente a admitir la procedencia de una interpretación que antes rechazaba.

Finalmente, el punto donde desembocaran las elaboraciones previas sobre el concepto de transferencia, se consolidará años más tarde a través de la introducción de la problemática del narcisismo.

En el artículo de 1914, "Introducción del narcisismo", Freud marcará el punto a partir del cual todo lo relativo a la vida amorosa competará igualmente a la transferencia.

A pesar de considerar a la transferencia en su estructura libidinal, Freud no alcanzará aún a resolver el enigma de la transferencia como sugestión. Si bien explica que la sugestibilidad del sujeto en análisis es el resultado de ubicar al analista en el lugar del Ideal del yo, no logra llevar a cabo un análisis más depurado, uno que permita dar cuenta y resolver la afinidad y las diferencias entre el amor de transferencia y la sugestión, y las dificultades que esto plantea en cuanto a los resultados y al fin del análisis.

En el "Esquema del psicoanálisis", su testamento teórico, Freud dejó una presentación de la técnica psicoanalítica que continúa sosteniendo la consideración de la transferencia como una reviviscencia y asimilando el fin del análisis al "engrosamiento" del yo a partir de la toma de conciencia.

Después de este breve recorrido del desarrollo conceptual del tema, abordemos dicha concepción desde los objetivos ya señalados para el presente trabajo, iniciemos retomando a la transferencia en su estructura libidinal.



## 1.2 AMOR DE TRANSFERENCIA

Para iniciar la exposición de las teorizaciones freudianas acerca del amor de transferencia, es necesario dirigirnos al estudio de la tan nombrada "relación de objeto", esa relación a la cual muchos analistas han tratado de reconducir la "relación" de transferencia, considerándola de acuerdo a Freud, como la repetición de los modos a partir de los cuales el sujeto se relaciona con sus objetos. La noción a partir de la cual Freud da cuenta de la relación del sujeto con el objeto, es el Narcisismo.

La noción de narcisismo aparece por primera vez en Freud en 1905, y es referida para explicar la elección de objeto en los homosexuales: "En todos los casos indagados comprobamos que las personas después invertidas (...) se toman a sí mismos como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo buscan a hombres jóvenes, y parecidos a su propia persona que debían amarlos como la madre los había amado"<sup>18</sup>.

En 1911 describe el narcisismo como una fase en la evolución sexual que se encuentra entre el autoerotismo y el amor de objeto.

El concepto de narcisismo será estudiado más a fondo en el artículo de 1914, "Introducción del Narcisismo". En este trabajo la noción de narcisismo se referirá principalmente a las catexias libidinales que parten del yo al objeto y viceversa, estableciendo una especie de equilibrio entre ambas, "libido yoica" y "libido de objeto", "cuanto más aumenta una más se empobrece la otra".

El narcisismo primario será considerado como "la originaria investidura libidinal del yo"<sup>19</sup>, dicha investidura libidinal podría ser -según Freud- "energía psíquicamente indiferente" y que al ser cedida a los objetos se convierte en libido, razón por la cual el yo quedará instaurado como el gran reservorio de la libido.

El narcisismo primario supone la existencia de un yo original, no instaurado aún como unidad, podríamos llamarlo indiferenciado, un yo real, que de acuerdo a la lectura que Lacan hace de Freud, podría objetivarse a partir del funcionamiento del sistema nervioso central,<sup>20</sup> que tiene como condición la homeostasis, y en donde el afuera resulta ser indiferente.

A partir del yo real se desarrolla el yo placer, aquel que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro, y a partir del cual los objetos ya no son indiferentes, existen, pero su existencia estará en función de su relación con el placer. Durante esta etapa, la pulsión se satisface de manera autoerótica, los objetos que ofrecen placer son introyectados, los que ofrecen displacer se les proyecta.

Luego de esta etapa puramente narcisista, en la que libido yoica y libido de objeto se encuentran juntas -y por tanto son indiscernibles-, es relevada por la etapa de elección de objeto. Freud dice que la elección de objeto implica un paso del autoerotismo al amor objetual. Cuando el sujeto reúne las pulsiones sexuales, hasta entonces autoeróticas, dicha reunión es solidaria de la consecución de un objeto de amor. El primer objeto que se le ofrece en función de esta unificación es su propio cuerpo.

El narcisismo, la sexualización del yo, y su reconocimiento como destino pulsional, instala al yo en un nuevo estatuto, el de objeto libidinal, en cuyo marco se desarrollará la teoría del amor en Freud.

Se odia todo aquello que produce displacer al yo, y se ama todo aquello que produce placer.

El autoerotismo condiciona la aparición del narcisismo, narcisismo que ya implica la existencia de un yo como instancia, y que Freud llamará -como veremos más adelante- narcisismo secundario, el cual estará formado por la inserción de lo autoerótico en los intereses organizados del yo, es decir, lo sexual es incorporado al yo en tanto las pulsiones parciales proporcionan placer de órgano, y en cuanto las mismas, se aúnan a la función homeostática del yo.

La pulsión, al organizarse en función de los intereses del yo, es "domesticada", la domesticación de la pulsión parcial por el principio del placer, domesticación, que como veremos más adelante, no se logra, hay un "Más Allá" que insiste, el no-yo, el displacer, aquello que continúa siendo inasimilable e irreductible al principio del placer, sin que el funcionamiento homeostático logre nunca reabsorverlo.

La pulsión deja de ser "estrictamente" pulsional para convertirse en homeostática, y es ahí en ese campo del yo en tanto no pulsional, en donde de acuerdo a la lectura que Lacan hace de Freud, éste último instaura el nacimiento del amor. Cuando interfiere el "Más allá" en la domesticación de la pulsión, "(...) es allí donde se torna como emergente la presencia de un objeto de amor como sustituto del objeto pulsional".<sup>21</sup>

Así como la pulsión parcial se articula en torno a un objeto que se despliega entre la variabilidad y la fijación, la elección de objeto de amor se despliega entre la "elección narcisista" y la elección del "tipo anaclítico". Ahora veamos qué proceso se lleva a cabo para que se constituya dicha elección.

La madre como objeto primordial, como aquella en la que se articula simultáneamente la pulsión parcial -a partir del pecho como objeto pulsional- y el complejo de Edipo, en el que juega el papel de "persona" amada, es decir como objeto "total", no fragmentado. Hay una diferencia entre el objeto pulsional y la persona amada. El pecho se pierde frente a la madre como objeto total del amor, hay

incompatibilidad entre el autoerotismo y la elección de objeto, entre la ilusión de "totalización" del amor y el carácter siempre parcial de la satisfacción pulsional.

Para hablar de la ilusión de totalización en el amor, será necesario remitirnos al artículo de 1921, "Psicología de las masas y análisis del yo", en el que Freud examina las relaciones entre la identificación, el amor y el objeto.

Si consideramos al yo en su función homeostática, y en tanto cede de los objetos de placer a partir de la introyección de los mismos, ¿cómo establecer la diferencia, entre la identificación (incorporación del objeto) y la elección de objeto de amor?

Freud trata de establecer la diferencia en relación al ser y al tener, y para ello retoma la identificación más temprana, anterior a toda elección sexual de objeto, la identificación con el padre. En el primer caso se quisiera ser como el padre, en el segundo se le quiere tener, incorporar por devoración. Esta identificación es primordial, ya que funda al núcleo del narcisismo, una vez que los intereses organizados del yo se aúnan a una pulsión, oral en este caso.

La diferencia entre ser el objeto y tenerlo "(...)depende entonces de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo"<sup>22</sup>.

La distinción, entre ser el objeto, (identificación) y tenerlo, (elección de objeto) es desarrollado más ampliamente por Freud, en función de su articulación con el Ideal del yo.

El Ideal del yo considerado como una identificación, "(...) la identificación primera y de mayor valía del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal"<sup>23</sup>.

El Ideal del yo como aquel que se articula en función de los esfuerzos que hace un sujeto para modelar su propio yo de acuerdo a un modelo elegido. Es una identificación que se produce al edificarse el objeto perdido, renuncia que implica su introyección y colocación en el lugar del Ideal del yo. Es un punto de anclaje expuesto desde el exterior, punto a partir del cual la ley insta en el sujeto la serie de restricciones que habrá de obedecer. "La formación del Ideal sería de parte del yo la condición de la represión"<sup>24</sup>.

El Ideal del yo como agente de la represión, tendrá una amplia comunicación con las mociones pulsionales reprimidas, por esta razón el Ideal sería inaccesible y vendría a configurar los elementos inconscientes del yo.

La instancia del Ideal del yo sería la que marcaría los puntos a partir de los cuales el yo se compara. Marca las exigencias a partir de las cuales el "(...) niño aparece ante sus propios ojos adornado de todas las perfecciones"<sup>25</sup>. El yo ideal sería

ese momento en el cual las exigencias del Ideal del yo son satisfechas, y al que se consagra "(...) el amor ególatra de que en la niñez era objeto el yo verdadero" <sup>26</sup>.

El narcisismo primario aparece desplazado sobre este nuevo yo ideal adornado, a partir del cual pretende mantenerse de acuerdo a las exigencias planteadas por el Ideal del yo, a este narcisismo del yo Freud lo llama narcisismo secundario, en donde el yo aparece como el objeto al cual se dirige la libido.

El yo finalmente vendría a ser un sedimento de identificaciones, las primeras, fueron una instancia particular dentro de él, y permanecen inconscientes.

El vínculo entre el yo y el Ideal del yo, establece la primera relación de objeto. El yo como objeto, y el Ideal del yo como el exterior, en donde éste último pasará a ser el mediador de todas las acciones que posteriormente llevará a cabo el yo con los objetos, marcará los puntos de relación entre ambos, dará la pauta a partir de la cual el yo elegirá su objeto de amor.

La identificación regresiva presupone la resignación de la investidura de objeto, el objeto perdido es colocado en el lugar del yo, y "(...) el yo se altera precisamente según el modelo del objeto perdido" <sup>27</sup>. En el enamoramiento el objeto se sobrevalora, se idealiza y se renuncia al objeto en tanto "sensual", entrando en interesante relación con el Ideal del yo. Se ama al objeto por las perfecciones que son anheladas para el propio yo, a través de este rodeo se intenta satisfacer el propio narcisismo. En este caso el objeto recibe el mismo tratamiento que el yo, incluso es obvio en más de una forma de elección amorosa hasta qué punto el objeto se relaciona con el Ideal del yo, del cual no es más que un sustituto. El objeto de amor ha sido colocado en el lugar del Ideal del yo, momento en el cual se experimenta la ilusión de completud que da el amor, siempre y cuando, repitamos, se renuncie al objeto en tanto "sensual" o pulsional. La palabra amar en Freud "(...) se instala cada vez más en la esfera del puro vínculo del placer del yo con el objeto" <sup>28</sup>.

Si el enamoramiento presupone la "introyección" de las propiedades del objeto en tanto éste es colocado en el lugar del Ideal del yo, y por otro lado, la identificación propone igualmente la alteración del yo, pero en este caso según el modelo del objeto perdido, caso en el que por tanto se requiere de la resignación de la investidura de objeto, Freud se pregunta nuevamente acerca de la posibilidad de que pueda haber identificación conservándose el objeto en tanto investido libidinalmente. Pregunta que equivale a preguntarse acerca de la compatibilidad que pueda existir entre el amor y la identificación <sup>29</sup>. Sin desarrollar más esta cuestión, Freud concluye que en lo esencial, la diferencia entre enamoramiento e identificación, depende de la siguiente alternativa: "(...) el objeto se ponga en el lugar del yo o en el del Ideal del yo" <sup>30</sup>, de la alternativa de ser o tener el objeto.

La distinción sobre la naturaleza de un lazo que ciertas veces parece de identificación y otras de relación de objeto, suscitó en Freud vacilaciones que no

fueron del todo esclarecidas, sólo Lacan pudo disiparlas a partir de la distinción que hace entre el objeto de amor y el objeto de deseo, distinción que será más ampliamente tratada en páginas posteriores. (supra. p. 46)

Una vez expuesta la forma en que Freud enfrentó lo relacionado con el amor, lo que más nos interesa destacar, son las repercusiones que tuvo dicha concepción en el interior de un psicoanálisis, es decir, las cuestiones que atañen a la técnica analítica.

El amor de transferencia fue para Freud un aspecto central en los tratamientos. Su configuración está formada por elementos reprimidos que eran revivenciados con el analista. El neurótico cuya necesidad de amar se encuentra insatisfecha, vuelve sus expectativas hacia la persona del médico. "De acuerdo con nuestra premisa, esa investidura se atenderá a modelos, se anudará a unos de los clisés preexistentes en la persona en cuestión o, como también podemos decirlo, insertará al médico en una de las "series" psíquicas que el paciente ha formado hasta ese momento" <sup>31</sup>.

La transferencia, equiparada a la repetición de un amor infantil, es una concepción que conduce a Freud a considerarla como algo no "real", de ahí que el médico deba demostrarle al paciente que sus sentimientos no provienen de la situación presente, sino que repiten frustraciones de origen inconsciente, de ahí que habrá de instar al sujeto a mudar su repetición en recuerdo. <sup>32</sup>

La fuerza con que cuenta el paciente para mudar su repetición en recuerdo, para reconducir sus sentimientos al pasado y desasirlos de la persona del médico, es el amor. "En general un ser humano es accesible también desde su costado intelectual únicamente en la medida en que es capaz de investir libidinosamente objetos; y tenemos buenas razones para reconocer en la magnitud del narcisismo, una barrera contra la posibilidad de influirlo" <sup>33</sup>.

Como en todo enamoramiento, el paciente ve en el analista todas las perfecciones que él no puede alcanzar, el amor de transferencia implica por tanto ubicar al analista en el lugar del Ideal del yo; el ser ubicado en ese lugar le confiere el poder de curar, el poder de la palabra. La transferencia le otorga la posibilidad de ejercer ese poder, sin embargo, -dice Freud- ante el amor que le ofrece el paciente, el analista tiene el mandato de denegar la satisfacción esperada, "(...) la cura tiene que ser realizada in absentia, in effigie" <sup>34</sup>, de no ser así, "(...) sería un gran triunfo para la paciente y una total derrota para la cura" <sup>35</sup>.

La técnica psicoanalítica se encuentra subordinada a un principio rector de todo tratamiento freudiano, hacer consciente lo inconsciente. El saber cómo hacerlo implica no sólo precisar los medios para lograrlo, sino también detectar todo aquello que represente un obstáculo para la consecución de este propósito, siendo en esta última acepción de impedimento, que el amor se hace presente como barrera para los fines terapéuticos del análisis.

De acuerdo a Freud, el amor de transferencia se manifestará en ese momento en que el médico alienta a su paciente a admitir un complejo patógeno, o a recordar un fragmento penoso y reprimido de su historia, en ese momento el paciente calla, y la representación del analista viene a ocupar el sitio de otra serie de representaciones. De esta forma, la representación del analista encuentra su espacio en la aparente ausencia de asociaciones y sirve como dique a la producción del inconsciente.

El enamoramiento se presenta como ese efecto transferencial a partir del cual el sujeto pierde "(...) de pronto toda inteligencia del tratamiento y todo interés por él, no quiere hablar ni oír más que de su amor, demanda que le sea correspondido; ha resignado sus síntomas o los desprecia, y hasta se declara sana" <sup>36</sup>. Pronto la transferencia queda ubicada como una de las cinco clases de resistencia que Freud describe en el artículo de 1925, "Inhibición, síntoma y angustia".

Ahora bien, si la transferencia produce el dique para la producción del inconsciente, pero por otro lado es el medio a partir del cual la palabra del analista ejerce su poder sobre el analizante, ¿cómo resolver esta paradoja?, ¿cómo puede ser que la transferencia pueda producir al mismo tiempo la apertura y el cierre del inconsciente?

### 1.3 LA TRANSFERENCIA COMO RESISTENCIA.

Desde 1895, Freud reconoce el efecto de la resistencia, y desde entonces la concibe como una fuerza que impide el "(...) devenir consciente de complejos patógenos inconscientes" <sup>37</sup>.

La resistencia se descubrió como un obstáculo al esclarecimiento de los síntomas y a la progresión de la cura.

Al parecer, el origen de la resistencia se encontraría en la relación que guarda con lo reprimido, será concebida como la fuerza que regula la distancia con respecto al núcleo patógeno, como la fuerza que resguarda la represión. "La resistencia durante la cura proviene de los mismos estratos y sistemas superiores de la vida psíquica que en su tiempo produjeron la represión" <sup>38</sup>.

Con la introducción de la segunda tópica, se hace recaer el acento en el carácter defensivo; defensa que sería ejercida por el yo, y que igualmente será concebida como obstáculo al tratamiento. Desde entonces, las defensas del yo jugarán un papel primordial, papel que Freud mantendrá hasta sus últimos escritos: "Los mecanismos de defensa contra los antiguos peligros retornan en la cura como resistencias al restablecimiento. La curación misma es tratada por el yo como un peligro" <sup>39</sup>.

La experiencia clínica hacer ver a Freud que la resistencia del yo no basta para explicar las dificultades encontradas en la progresión del tratamiento analítico; el analista encuentra en la cura resistencias que no pueden ser originadas en el yo.

Al final del artículo de 1925., "Inhibición, síntoma y angustia", Freud distingue cinco tipos de resistencia: tres de ellas se atribuyen al yo: a) La represión, la fuerza que no permite el paso de mociones del sistema inconsciente al sistema preconscious; b) la resistencia de transferencia, en donde el sujeto a partir de su relación con el analista, reanima y revive con él su pasado inconsciente, y en donde de acuerdo a Freud, el paciente en lugar de recordar, repite; y c) La ganancia de la enfermedad, en donde el yo se rehusa a renunciar al síntoma, el yo como instancia organizadora incorpora dentro de sí al síntoma y no tarda en encontrar una "ganancia secundaria" a la enfermedad. Por otro lado, hay que considerar la resistencia del inconsciente o del ello, consumada a través de la compulsión de repetición del ello inconsciente, y que exige el trabajo de construcción. Y finalmente, la resistencia del superyó, aquélla que provoca la llamada reacción terapéutica negativa y que resulta ser el obstáculo más poderosos a vencer, y que parece tener su origen en el sentimiento de culpa inconsciente y su respectiva necesidad de castigo.

Freud reconoció en la resistencia un medio de acceso a lo reprimido, razón por lo cual, no bastaba con llevar a cabo una "comunicación" al paciente para que se venciera la represión, eso en un principio no modificaba nada. "La cancelación de la represión sobreviene hasta que la representación consciente, tras vencer las resistencias entra en conexión con la huella mnémica inconsciente"<sup>40</sup>.

La resistencia se manifestará en el momento en que el sujeto se acerca a un complejo patógeno, en ese momento calla, y la siguiente ocurrencia estará asociada con el analista: "Si algo del material del complejo es apropiado para ser transferido sobre la persona del médico, esta transferencia se produce, da por resultado la ocurrencia inmediata y se anuncia bajo los indicios de una resistencia"<sup>41</sup>.

La transferencia, así como el sueño, el lapsus, etc., será una forma a partir de la cual el paciente pretenderá desfigurar el "material" inconsciente, y si llega a convertirse en el principal medio para evadir los complejos inconscientes, es porque aparece como una formación de compromiso entre los requerimientos provenientes de la resistencia, y por otro lado, el trabajo analítico, situación que hará que en un momento dado "(...) todos los conflictos habrán de librarse en definitiva en el terreno de la transferencia"<sup>42</sup>. Desde este momento todos los esfuerzos y el avance de la técnica analítica se enfocarán hacia una intelección más amplia de la transferencia en su vertiente resistencial.

A partir de 1920 la resistencia se convertirá en el punto hacia el cual se van a orientar los esfuerzos terapéuticos. En un principio recordar y provocar la abreacción eran las metas que se alcanzaban a partir de la hipnosis; después se renuncia a la hipnosis y se emplea la asociación libre y el arte de la interpretación, con la finalidad

también, de producir el recuerdo; el recuerdo se ve obstaculizado por la presencia de resistencias, ahora la técnica se dirigirá a vencerlas. El médico habrá de poner al descubierto las resistencias que emplea el enfermo, venciendo éstas el paciente recuerda con facilidad, sólo eliminando estas fuerzas será posible cancelar los elementos reprimidos. De ahí en adelante el análisis se convierte en una clínica de las resistencias, el principal objetivo del análisis estará determinado por su eliminación; el analista deberá estar alerta para detectar su presencia, para ello deberá tener siempre en cuenta que cada acto, cada palabra del paciente puede estar encubriendo una resistencia; lo que desembocaría en una clínica analítica absolutamente persecutoria.

Ahora la pregunta obligada sería: ¿Cómo propone Freud vencer la resistencia?. La regla analítica fundamental apunta a vencer las resistencias, sin embargo, eso no basta, el paciente se detiene, la represión le impide avanzar. Para cancelar la represión es forzoso eliminar las resistencias que la mantienen en pie, y la forma de removerlas es "(...) colegirla, interpretarla y presentársela al paciente",<sup>43</sup> sin embargo, no podemos pensar que esto garantizará su superación, y por ello Freud propone dos fuerzas que habilitarían al paciente para eliminarlas: "En primer lugar, (...) la aspiración del paciente a sanar (...), y en segundo lugar, (...) la ayuda de su inteligencia, que reforzamos mediante nuestra interpretación"<sup>44</sup>.

La interpretación, o el saber que proporciona el médico, consistiría en comunicar aquella representación consciente que le facilitará al paciente encontrar la representación inconsciente que coincida con la primera. Dicha interpretación proporcionaría al yo el conocimiento necesario, y ya que la resistencia tiene como agente al yo, (excluyendo los otros tipos de resistencia) y el analista se convierte en su aliado, se pretende que a partir de este saber el yo cederá en su resistencia.

La fuerza que permitirá dar crédito a la interpretación del analista, será la transferencia, el paciente cree en las comunicaciones y concepciones del analista, en la medida en que la transferencia es positiva, de tal manera que en el desenlace tendremos a la sugestión como ingrediente importante; sugestión que será empleada -según Freud- sólo para que el paciente abandone sus resistencias, porque en lo que respecta a sugerir contenidos inconscientes, colocar en labios del paciente un saber que sólo pertenece al analista, considera Freud que no es posible: "(...) se puede sugerir sobre su inteligencia, pero no sobre su enfermedad. La solución de sus conflictos y la superación de sus resistencias sólo se logran si se han dado las representaciones expectativa que coincidan con su realidad interior"<sup>45</sup>.

La sugestión operará básicamente en el sentido de una educación, en donde el yo, a partir del saber del analista, se engrosa; de ser un yo débil e infantil, se convierte en un yo fuerte y experimentado, gracias a que dichas comunicaciones permitieron cancelar las resistencias, y al eliminar la represión la energía que antes pertenecía al inconsciente, ahora le pertenece al yo. "Por obra de la enseñanza, el yo se reconcilia con la libido y se inclina a concederle alguna satisfacción, y su horror



ante los reclamos de la libido se reduce, por la posibilidad de neutralizar un monto parcial de ella por sublimación" <sup>46</sup>.

El analista habrá de instar al paciente a vencer las resistencias, y para lograrlo deberá ser capaz de reconocer cualquier indicio resistencial que se presente en la cura, labor que en ocasiones convertirá a la experiencia analítica en una lucha, una lucha "(...) entre médico y paciente, entre intelecto y vida pulsional", <sup>47</sup> en donde finalmente, y a partir de la transferencia en su vertiente de sugestión, el analista habrá "(...) decidido el conflicto en favor suyo" <sup>48</sup>.

A pesar de los esfuerzos teóricos y técnicos, si el vencimiento de la resistencia exige una transferencia positiva, la posibilidad de que el efecto terapéutico sea sólo un efecto de sugestión continúa en pie, la distinción entre el análisis y la sugestión no fue realmente clarificado en Freud. Por otra parte, la pregunta ¿qué resiste?, continúa siendo problemática en la literatura psicoanalítica. Si bien Freud plantea cinco tipos de resistencia, provenientes éstas de las tres instancias psíquicas (ello, yo, superyó), la técnica que él plantea para removerlas sólo se encuentra referida a las resistencias provenientes del yo, remoción que no basta, el paciente se resiste, hay un obstáculo al trabajo analítico que no se consume tras haber vencido las resistencias del yo, ese resto es el que se manifiesta en la compulsión de repetición, y para Freud se constituirá en el obstáculo más difícil a vencer.

#### 1.4 LA TRANSFERENCIA COMO REPETICIÓN

Desde el artículo de 1895, "Proyecto de Psicología", Freud presenta un modelo energético y neurológico que lo lleva a plantear el predominio del principio del placer sobre los procesos anímicos, sin embargo, dicha proposición se ve contrariada en los hechos observados en la clínica; la existencia de sueños traumáticos y las experiencias dolorosas que el paciente en análisis repite, hechos que lo conducen a llevar a cabo una reformulación teórica acerca del funcionamiento del aparato psíquico.

El principio del placer, aquel que rige en su conjunto a la actividad psíquica, un principio económico que se encarga de evitar el displacer a través de la disminución de cantidades de excitación.

La tendencia del sujeto a la repetición de eventos displacenteros, la llamada compulsión de repetición somete a discusión, no sólo al principio del placer, sino a otros conceptos fundamentales de la obra freudiana (pulsión, pulsión de muerte, ligazón). La compulsión de repetición pone al descubierto una característica general de las pulsiones: su carácter conservador, su tendencia a la reducción completa de la excitación, su tendencia en el sentido de la muerte.

La noción de compulsión a la repetición ocupa un lugar central en el artículo "Más allá del principio del placer", en el se recurre primeramente a las neurosis traumáticas para dar cuenta de este fenómeno; el trauma llega a reconocerse como provocado por una ruptura de la protección antiestímulo, resultado de una gran afluencia de cantidades de excitación, lo que provoca la imposibilidad de "ligar" la energía, de tramitarla. A falta de un "apronte angustiado"<sup>49</sup>, sobreviene el trauma.

Los sueños traumáticos recurrentes serían un intento por tramitar ese estímulo, de dominarlo a través de la señal de angustia que faltó en el trauma, por lo tanto, este es un trabajo que debe llevarse a cabo primero, para que el principio del placer haga después su aparición. "La repetición intenta dominar la impresión, cada nueva impresión, cada nueva repetición parece perfeccionar el dominio procurado"<sup>50</sup>.

Así como en los sueños traumáticos recurrentes, Freud también observa en el juego infantil, esa compulsión de repetición.

Freud observa el juego de un niño de año y medio, juego que consiste en arrojar un carretel atado con un hilo, y al hacerlo, proferir un "fort" (se fue), carretel que al arrojarlo desaparecía debajo de su cuna, después, tirando el hilo, volvía a sacar el carretel de la cuna, emitiendo un "da" (acá está)<sup>51</sup>. Freud concibe este juego, como repetición de algo igualmente displacentero, en este caso, la ausencia de la madre, y a partir del juego el niño intentaría "taponar" el efecto de su desaparición haciéndose su agente, consideración que de acuerdo a las formulaciones lacanianas resultaría secundaria, como veremos más adelante. (supra, p. 58-59)

Llegado este momento, y para continuar con el desarrollo teórico del concepto de repetición, resulta importante remitirnos antes a las teorizaciones que Freud lleva a cabo alrededor del concepto de "pulsión", así como de la relación que guarda éste con el principio del placer.

En el artículo de 1915, "Pulsiones y destinos de pulsión", la pulsión es considerada como esa fuerza constante que proviene del interior del propio organismo y que exige la descarga.

La pulsión puede ser definida en función de los cuatro términos que Freud plantea alrededor de la misma: esfuerzo, meta, objeto y fuente.

El esfuerzo considerado como el motor o la fuerza con que la pulsión se mantiene, este carácter esforzante es considerado por Freud como una propiedad universal de las pulsiones, y aún su esencia misma.

La meta de la pulsión es en todos los casos la satisfacción. Si bien la meta permanece invariable, las formas de alcanzarla son diversas, "(...) de suerte que para una pulsión se presenten múltiples metas más próximas o intermedias, que se combinan entre sí o se permutan unas con otras"<sup>52</sup>.

El objeto de la pulsión se presenta como aquello a partir del cual se ha de alcanzar la meta. "Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción" <sup>53</sup>.

El contrapunto de esta variabilidad de objeto lo brinda el concepto de fijación, definido precisamente como el establecimiento de una conexión íntima entre la pulsión y la representación del objeto, conexión que suprime la movilidad del objeto y que hace surgir la dificultad y la oposición a desprenderse de él.

Por fuente de la pulsión "(...) se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión" <sup>54</sup>. La fuente considerada como la zona erógena de la pulsión..

Freud propone distinguir dos tipos de pulsiones: las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales. Esta dualidad le es impuesta a Freud en la clínica, es en la clínica en donde observa que en las llamadas "neurosis de transferencia" se encuentra un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y el yo.

Las pulsiones yoicas, como aquellas que en su desarrollo están sometidas al principio del placer, placer definido, como exención de excitación, o mantenimiento de la excitación a un nivel constante, o en el nivel mínimo posible. Las pulsiones yoicas o de autoconservación tienden a la homeostasis, al restablecimiento de un estado anterior.

Las pulsiones sexuales por su parte, son consideradas como aquéllas que en un primer momento aparecen apuntaladas en las pulsiones de autoconservación, de las que poco a poco se deshacen, y cuya meta después aspira al puro logro del "placer de órgano". Estas pulsiones "(...) se empeñan en alcanzar por todos los medios la fusión de dos células germinales diferenciadas de una manera bastante determinada" <sup>55</sup>.

Las pulsiones sexuales fueron reconocidas como libidinosas, pero con la introducción del narcisismo, las pulsiones yoicas no podían ser ya reconocidas únicamente como pulsiones al servicio de la autoconservación del individuo, e igualmente se le llamó libido, -libido narcisista-, a la energía que permanecía dentro del yo, de tal forma que la oposición pulsiones sexuales y pulsiones yoicas resultaba insuficiente, así fue como después ambas pulsiones fueron asimiladas al Eros. Eros que como "pulsión de vida", entraría en oposición con las llamadas pulsiones de muerte, con aquéllas pulsiones que tienden al restablecimiento de un estado anterior, lo Inorgánico. En este sentido el principio del placer parece estar directamente al servicio de las pulsiones de muerte, en tanto que tienden a suprimir la excitación, o mantenerla en el nivel mínimo posible.

En cuanto a las pulsiones sexuales, para comprender por qué Freud las conceptualiza como las genuinas pulsiones de vida, habremos de remitirnos al artículo de 1915, "La Represión". En este artículo, Freud cita que el destino de toda pulsión es la represión, distinguiendo tres tiempos de la misma: La represión primordial, como aquella que consiste en que la agencia representante-representación de la pulsión se le deniegue la admisión en lo consciente; a partir de aquí se establece el concepto de fijación en tanto la pulsión permanece ligada a esta agencia representante. Un segundo tiempo de la represión lo constituye la represión propiamente dicha, aquella que consiste en el esfuerzo del sujeto de "dar caza" a los retoños de la represión primordial. En el tercer tiempo de la represión tenemos el retorno de lo reprimido, tiempo que refleja el fracaso de la represión propiamente dicha, y del que tenemos como manifestaciones a las llamadas formaciones del inconsciente (síntomas, lapsus, sueños).

Si Freud propone a las pulsiones sexuales como "las genuinas pulsiones de vida", lo hace en tanto presupone que su represión constituye la causa del desarrollo humano, su cultura. Toda pulsión tiene como meta la satisfacción, satisfacción que siempre es perseguida por aquellos caminos que guardan conexión con la represión primordial, sin embargo, la satisfacción no se alcanza y se engendra "el factor pulsionante", que así como lo conduce a "la sublimación, a las formaciones sustitutivas y reactivas" también lo conducen a la repetición, repetición en la que no se vira el objetivo, en tanto la pulsión se ha fijado, pero sí el camino, y en este viraje se crea y se produce el progreso.

A partir de estas intelecciones no podemos equiparar la satisfacción de las pulsiones a la satisfacción de la necesidad. La satisfacción de las pulsiones se presenta siempre como imposible, las resistencias a partir de la cuales la represión se mantiene en pie, no le permitirán al sujeto ir hacia atrás, y buscará otros medios que lo alejarán cada vez más de la meta, y por lo tanto, lo dejarán sin perspectivas de alcanzarla.

Cuando Freud habla de la primera experiencia de satisfacción, se refiere sólo a la satisfacción de la necesidad y remite al deseo al afán de restablecer esa primera experiencia, ese primer "encuentro", afán que se perpetúa toda la vida, en tanto el objeto del deseo freudiano tiene la categoría de perdido.

La realización del deseo aparta al sujeto del camino de la satisfacción, encaminándola hacia una búsqueda infructuosa, búsqueda de una percepción primera que tiene como marco una mítica primera vez, un mítico primer encuentro. En su búsqueda, búsqueda signada por la repetición, el sujeto cree encontrar el objeto del deseo en el objeto de amor y en el objeto de la pulsión.

A partir de este contexto teórico trataremos de introducirnos en el terreno de la clínica, clínica en donde el adulto también repite, y siempre vivencias del tiempo primordial: El drama del complejo de Edipo.

Lo que el neurótico repite en la transferencia siempre es displacentero, y no en relación por ejemplo a los sueños de angustia, que de acuerdo a Freud producen displacer en un sistema (preconsciente y consciente), pero placer en otro (inconsciente). En el caso de la compulsión de repetición, lo que se reproduce nunca pudo haber sido placentero en aquel momento, ni en el actual. Lo que se repite siempre es un intento de encontrar la satisfacción de los deseos sexuales y nunca alcanzarla, sin embargo "(...) se la repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello"<sup>56</sup>

"En vista de estas observaciones, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio del placer"<sup>57</sup>. La compulsión de repetición, por tal razón, será considerada por Freud "más originaria, más pulsional".

En la clínica, la transferencia atestigua la experiencia de repetición a partir de lo que Freud llama "neurosis de transferencia", en donde se actualiza una vivencia reprimida en relación con el analista. Esta consideración llevó a Freud a conceptualizar "(...) a la transferencia misma sólo como una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado"<sup>58</sup>.

A partir de la compulsión de repetición, Freud da cuenta de lo imposible que le resulta al paciente recordar vivencias que pertenecen a épocas muy tempranas de la infancia, "(...) que en su tiempo no fueron entendidas, pero que han hallado inteligencia e interpretación con efecto retardado"<sup>59</sup>, por esta razón, "(...) el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa"<sup>60</sup>. La compulsión de repetición sería entonces, una forma de recordar, en donde la tarea del médico sería mostrarle al paciente que eso que él vivencia como algo "(...) real, objetivo y actual"<sup>61</sup> pertenece a su pasado, que su pasado actúa en la transferencia con el médico, reviviendo con él las experiencias pertenecientes al Edipo.

El hecho de que lo reprimido se reviva en la relación con el analista resultó particularmente ventajoso, dado que es una neurosis que el médico ha visto nacer y crecer ubicándolo a él como objeto libidinal, lo cual permite dar un nuevo "significado transferencial" a cada una de sus manifestaciones, esforzando al paciente a admitir su actuación como una vivencia pasada, promoviendo el recuerdo una vez que se han vencido las resistencias. Las resistencias se vencen cuando el médico las discierne, las pone al descubierto y las comunica al paciente, sin embargo, nombrar la resistencia no produce su cese inmediato, es preciso dar tiempo para que el paciente pueda "(...) reelaborarla y vencerla prosiguiendo el trabajo en desafío de ella y obedeciendo la regla analítica fundamental"<sup>62</sup>.

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos del médico, la repetición continúa en ple, el sujeto repite en lugar de recordar, y el objetivo "ideal" de la cura, la rememoración total, hacer consciente todo lo inconsciente, y sobre todo mudar la repetición en recuerdo, se torna imposible. Bajo estos términos la compulsión de

repetición pronto será considerada como la más fuerte resistencia al tratamiento, lo que conduce a Freud a completar el modelo teórico de la cura, estableciendo como etapas fundamentales del proceso terapéutico: el recuerdo, la repetición transferencial y el trabajo elaborativo.

En el artículo de 1937, "Construcciones en el análisis", Freud plantea que ante la imposibilidad de mudar la repetición en recuerdo, habrá de reconstruirse el pasado del paciente. Las construcciones será el trabajo de elaboración que llevará a cabo el psicoanalista, y en donde a partir de sueños, síntomas, lapsus, asociaciones libres y sobre todo la compulsión de repetición, se reconstruye en sus aspectos tanto reales como fantaseados una parte de la historia infantil del sujeto, esperando que al ser acertada la construcción, el paciente la corrobore con su propio recuerdo, y aún cuando el paciente no la recuerde, Freud considera que ésta tiene efecto terapéutico: "Con harta frecuencia -dice- la construcción no consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello, si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza en él una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado"<sup>63</sup>.

A partir de la construcción, Freud pretende develar al sujeto lo que ha tomado para él valor de existencia, aquello que ha tejido su destino, eso que de acuerdo a Freud consistiría en la develación de las fantasías originarias del sujeto, confirmando la certeza de dicha construcción después de haber llevado a cabo una labor de convicción en el paciente, vía la transferencia, en su vertiente de sugestión.

La transferencia como una revivencia, como una repetición del pasado, es una concepción lenaz de muchos analistas, sin que hayan pensado en cuestionar esta asimilación desprovista de crítica, y que sin embargo abre una serie de interrogantes, tales como: Si la repetición existe, y ésta hace poco caso del principio del placer, ¿qué la detiene?, ¿la toma de conciencia?, ¿realmente el conocimiento del pasado modifica el presente?, ¿en esta toma de conocimiento radica el poder de la cura?. Para Freud la respuesta sería afirmativa. El pretende llenar todas las lagunas del recuerdo, posibilitar al paciente la toma de conciencia de todo su pasado, sin embargo, esta es una postura que en su camino ha encontrado dificultades e interrogantes que han conducido a una serie de discusiones que se renuevan con frecuencia, sobre todo aquéllas que se generan al querer abordar la posibilidad del fin del análisis, tema que abordaremos en páginas posteriores.

## 1.5 CONTRATRANSFERENCIA

Tratar de dar una definición del concepto de contratransferencia es muy difícil, ninguno de los conceptos freudianos es tan oscilante y tan escasamente tratado como este.

Freud hace por primera vez referencia al término *contratransferencia* en 1910: "Nos hemos visto llevados a prestar atención a la "contratransferencia" que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine" <sup>64</sup>. Esta definición parece designar la aparición de los deseos y fantasmas inconscientes del analista en la cura, y el término sugiere que fueran éstos una respuesta en relación a lo que sucede del lado del paciente.

Freud prontamente da cuenta del hecho de que puede intervenir del lado del analista un deseo similar al del paciente, situación que señalaba la necesidad de que se le exigiera al médico el conocimiento de su propio inconsciente.

En el Congreso de Nuremberg, en 1910, Freud propone el autoanálisis como una manera de conocerse a sí mismo y así dominar la *contratransferencia*: "(...) ningún psicoanalista puede ir más allá de lo que le permiten sus propios complejos y resistencias interiores. Por ello exigimos que inicie su actividad por un autoanálisis y siga profundizándolo mientras aprende, con la práctica, en sus pacientes" <sup>65</sup>.

Freud llegó a considerar al autoanálisis como el medio a partir del cual hacerse analista: "Cuando alguien me pregunta cómo puede hacerse psicoanalista, le respondo: mediante el estudio de sus propios sueños" <sup>66</sup>. Sin embargo, Freud después se muestra reservado y llega incluso a subestimar el autoanálisis: "Mi autoanálisis ha quedado interrumpido. Ahora comprendo por qué: sólo puedo analizarme a mí mismo valiéndome de conocimientos objetivamente adquiridos (como un extraño). Un auténtico autoanálisis es imposible: de no ser así, no existiría la enfermedad" <sup>67</sup>.

Más tarde, el análisis personal (dirigido por otro), llega a considerarse de mayor valía que el autoanálisis, pero es hasta 1912, en el artículo "Consejos sobre el tratamiento psicoanalítico", en donde el análisis personal se reconoce más claramente en cuanto a su valor formativo.

En 1912, Freud propone el análisis didáctico como el medio que permitirá al médico hacer de su inconsciente el instrumento a partir del cual escuchar el inconsciente de su paciente, a este respecto nos dice: "(...) debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor, acomodarse al analizado como el auricular del teléfono se acomoda al micrófono" <sup>68</sup>.

En 1922, en el Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, el análisis didáctico pasará a establecerse como una exigencia para todo aquel que desee ser analista.

Ferenczi fue quien más contribuyó a subrayar el valor del análisis didáctico, llegó a considerarlo como la segunda regla fundamental del psicoanálisis. En su

opinión, si el análisis terapéutico tenía alguna diferencia con el análisis didáctico, sólo podría ser que este último debía llevarse hasta el fin.

Desde Freud, hasta nuestros días, el análisis didáctico y su institucionalización, ha promovido una serie de interrogantes en la teoría y la clínica, interrogantes que no han dejado de presentarse en la literatura psicoanalítica, y que representan una forma de preocuparse acerca de la autenticidad misma de la experiencia analítica.

Si retomamos el pesimismo con el que Freud se refiere a la eficacia terapéutica del análisis en el artículo de 1937, los problemas e interrogantes ahí planteados en cuanto al análisis terapéutico, valen igualmente para el análisis didáctico, de ahí que éste último se convierte en una garantía dudosa de lo que hace un analista en su experiencia.

Pero volviendo al tema de la contratransferencia, el término parece designar otra cosa en el artículo de 1914, "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia", ahí parece referirse a la tentación que pudiera surgir del lado del analista en relación al amor que le brinda la paciente. En este artículo Freud refiere que el médico debe discernir que el enamoramiento de la paciente ha sido provocado por la situación analítica, y no por las "excelencias de su persona", tal intelección logrará prevenirlo de una posible contratransferencia.

Según Freud, si la transferencia implica una demanda de amor, es porque en el neurótico "(...) la necesidad de amor no está satisfecha de manera exhaustiva por la realidad"<sup>69</sup> de ahí que ese amor se vea precisado a volcarse, durante el análisis, en la persona del médico. Ante la necesidad de amor de una paciente insatisfecha, Freud postula para el médico el siguiente principio: "(...) hay que dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlos mediante subrogados. Es que uno no podría ofrecer otra cosa que subrogados, puesto que la enferma, a consecuencia de su estado y mientras no hayan sido levantadas sus represiones, será incapaz de lograr una efectiva satisfacción"<sup>70</sup>.

Si la cura tiene que ser realizada en la abstinencia, no es sólo por cuestiones éticas, sino también técnicas, ya que sólo así "(...) la paciente aprenderá a vencer el principio del placer, a renunciar a una satisfacción inmediata, pero no instituida socialmente, en favor de otra más distante, quizá mucho más incierta, pero intachable tanto en lo psicológico como en lo social"<sup>71</sup>.

Es responsabilidad del médico sostener este principio, pero ahora el problema consiste en saber cómo poder lograrlo: ¿cómo sostener la transferencia, sin consentir en la demanda de amor, y por otro lado, sin sofocarla?. Lo que Freud aporta a este respecto son medidas que tienden todas a alejar al médico de su paciente, pretendiendo sofrenar la contratransferencia a través de acallar todos los sentimientos, y siendo lo bastante dueño de sí para ahogar todo aquello que pudiera



alterar la "pureza" de la relación terapéutica. Desde entonces, el silencio, no querer, no desear, parecían ser los garantes de la neutralidad en la conducción de la cura, y pasaron a ser durante mucho tiempo, las virtudes cardinales del psicoanalista.

El concepto de contratransferencia parece ser acuñado por Freud para referirse a algún accidente que sucede en el análisis, a algo poco deseable, y que no ofrece problemas en alguien que se supone analizado. Contratransferencia sería la palabra que se utilizaría para connotar lo que sucede del lado del analista, y que permitiría diferenciarla de la transferencia que ocurre del lado del paciente.

A partir de los años cincuenta, el concepto de contratransferencia devino un concepto rector de la práctica analítica, adquirió la misma importancia que el de transferencia, al pretender obtener provecho de la presencia reconocida de la "comunicación" de dos inconscientes.

Si la contratransferencia designa entonces los sentimientos, deseos o fantasmas que experimenta el analista como resultado de la relación transferencial del paciente con éste, entonces parecería que estamos hablando de una relación simétrica, de una relación en la que el decir del sujeto provoca el decir inconsciente del analista, y en donde el psicoanálisis se desarrolla entonces en el terreno del yo del paciente y el yo del analista. El concepto de contratransferencia generó éstas y muchas otras confusiones tanto en la teoría como en la práctica analítica, un concepto, que como veremos más adelante, habrá de ser considerado por Lacan como insostenible.

A pesar de ser un tema que fue tratado superficialmente por Freud, más adelante daremos cuenta que a raíz de las intelecciones lacanianas se convierte en un tema medular en la práctica analítica, ya que cuestiona al analista, al ser del analista y lo que ello implica.

## 1.6 EL FIN DEL ANÁLISIS

El artículo de 1937, "Análisis terminable e interminable", es un escrito freudiano cargado de pesimismo en cuanto a la eficiencia terapéutica del análisis; el tema central es determinar si es posible el fin del análisis, y si es el caso, determinar los elementos a considerar para darlo por concluido.

Antes de 1937 ya había intentos de formular en qué consistía la culminación del tratamiento. En 1924 Rank y su teoría del trauma del nacimiento, pretendía esclarecer la dirección del trabajo analítico, enfocando el análisis hacia el trámite del trauma primordial, "(...)Rank esperaba eliminar la neurosis íntegra, de suerte que una piecita del trabajo analítico ahorrara todo el resto"<sup>72</sup>.

No sólo Rank hizo intentos por acortar la duración del tratamiento analítico; Ferenczi mediante el uso de la "técnica activa", pretendía el mismo objetivo; el mismo Freud recurrió "al medio heroico" de fijar plazos; con el propósito de vencer las resistencias más rápidamente.

Al problema técnico, en cuanto a la duración del tratamiento, se agregaba una de mayor valía, la escasa garantía de "curación absoluta". A este respecto, Freud expone algunos de sus casos en los que posteriormente a la terminación del análisis, se presentó una recaída de la enfermedad, "(...)un retorno del antiguo padecer"<sup>73</sup>, y sobre todo observó que aún permanecían "restos transferenciales"<sup>74</sup> sin analizar.

El interés se centraría entonces en delimitar si existe un "término natural" para cada análisis, y de acuerdo a la concepción freudiana, decidir si es posible una "tramitación" duradera y definitiva del conflicto entre el yo y la demanda pulsional dirigida hacia él, de tal manera que el fin del análisis se encaminaría hacia el "domeñamiento"<sup>75</sup> de la pulsión, no hacia la extinción de la misma, proceso que en su camino encuentra como obstáculo el factor cuantitativo de la "intensidad pulsional".

El "domeñamiento" de la pulsión sólo es posible a partir del establecimiento de un yo fuerte, es decir, un yo que a partir del trabajo del recuerdo admita la pulsión en su totalidad "(...) y ya no siga más su camino propio hacia la satisfacción"<sup>76</sup>.

Si el objetivo es el engrosamiento del yo, es a ese yo a quien debe dirigirse el analista, con quien hace pacto, sin embargo en "(...) el curso del análisis se encuentra que la curación es tratado por el yo como un peligro nuevo"<sup>77</sup>, de tal manera que los esfuerzos han de encaminarse al levantamiento de las resistencias, el yo resiste, y es ahí donde según Freud, el analista ha de jugar el papel de modelo, de educador, en cuanto a sugerir al paciente ceder en sus resistencias, señalándole los beneficios de tal acción.

Sin embargo, aún con el levantamiento de las resistencias, con un "yo maduro" y "fortalecido" por el trabajo analítico, "dada una intensidad pulsional hipertrófica"<sup>78</sup>, el trabajo sustentado por el análisis fracasa.

Al localizar el obstáculo en la pulsión, el pesimismo de Freud en cuanto a la eficacia terapéutica del análisis, parece comprensible. ¿Cómo prever los "refuerzos pulsionales" a los que el individuo se enfrenta a lo largo de su vida?, y sobre todo ¿cómo hacer que la pulsión fijada al objeto irremediamente perdido quede a disposición del yo?, si como planteaba Freud la "parte cuantitativa" de la pulsión es insuceptible a la ligazón. La respuesta de Freud la encontramos del lado de la construcción, de la construcción de los fantasmas primordiales.

En 1937, Freud propone la "construcción" como el recurso a partir del cual se alcanzaría el objetivo ideal de la cura: la rememoración total.

La construcción, es una elaboración que pretende restituir una parte de la historia infantil del sujeto que permanece siempre olvidada, que nunca podrá recordarse, y que sin embargo organiza su vida psíquica. De acuerdo a Freud, esa parte olvidada de la historia va a "cubrirse" a partir del fantasma, éste último, un contenido netamente inconsciente, elaboraciones que el sujeto lleva a cabo retomando aspectos reales o quizá sólo fantaseados, es un trabajo en el que no interviene la elaboración consciente o voluntaria del sujeto.

Freud plantea en 1915, tres fantasmas fundamentales o primordiales: La castración, la seducción y la escena primaria. De acuerdo a Freud, se construyen a partir del patrimonio filogenético, y con los cuales "(...) el niño no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica"<sup>79</sup>.

Freud intenta reconstruir esa fantasía y tramitarla como otro recuerdo, recuerdo que al ser considerado como el último elemento que el psicoanálisis puede arrojar a la luz, sería el último fundamento de los síntomas neuróticos, el acontecimiento que le permitiría al yo admitir a la pulsión en su totalidad, y así domeñarla. Sin embargo, en la clínica esto no sucede así, aún en el caso del "Hombre de los lobos", en el que se llega a esclarecer la fantasía que organiza la vida psíquica del sujeto, las "recaldas" continuaron a la conclusión del tratamiento y estaban referidas todavía a "restos transferenciales".

A este respecto podemos encontrar la carta que Freud le dirige a Fliess en 1900, donde le comenta el desenlace de uno de los tratamientos que había concluido algunos años antes: "(...) comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable de la cura es algo acorde a la ley y depende de la transferencia"<sup>80</sup>.

Si la transferencia es, de acuerdo a Freud, la repetición del pasado, de tal forma que habría que agotar el "(...) agieren mediante el trabajo del recuerdo"<sup>81</sup>, ¿por qué una vez analizada la transferencia no se producía su resolución?

Al reducir la transferencia a la repetición, y al pretender liquidarla a partir del recuerdo, determinó un callejón sin salida en lo que respecta al fin del análisis.

En su conferencia de 1927, Ferenczi, hace de la superación de la angustia de castración y de la envidia del pene, el término "natural" del análisis; concepción que Freud consideraba "demasiado exigente"<sup>82</sup>.

Para Freud, el "término de la actividad" del analista, se produce cuando se ha llegado al complejo de castración, a la "roca de base"<sup>83</sup>. "Y así lléne que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel de basamento rocoso subyacente"<sup>84</sup>. Es así como la castración se convierte en el límite de la experiencia analítica.

## CITAS BIBLIOGRÁFICAS

### 1.1 ANTECEDENTES

1. Freud, S, "Tratamiento psíquico(tratamiento del alma)" ,(1890), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1982, Tomo I pag. 121.
2. Ibid., pag. 115.
3. Ibid., pag. 127.
4. Ibid., pag. 129.
5. Freud, S," Estúdio sobre la histeria (Breuer y Freud. Sobre ía psicoterapia de la histeria)" (1893, 1895) en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo II pag. 269.
6. Ibid., p. 55
7. Ibid., p. 264.
8. Ibid., p. 126.
9. Ibid. p. 126-127.
10. Ibid., p. 306.
11. Ibid. p. 307.
12. Freud, S. "La Interpretación de los sueños" (Primera parte) (1900) en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo IV, p. 313.
13. Freud, S. "La interpretación de los sueños" (segunda parte) (1900) en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo V, p. 525.
14. Cit. M. Safouan. La transferencia y el deseo del analista, Paidós, México, 1989, p. 53.
15. Ibid. p. 54.
16. Freud, S. "Sobre la dinámica de la transferencia" (1912) en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, V. XII, p. 105.

17. Ibid. p. 103.

## 1.2 AMOR DE TRANSFERENCIA

18. Freud, S. "Tres ensayos de teoría sexual" (1905). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, Tomo VII, p. 132.

19. Freud, S. "Introducción del narcisismo" (1914). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, p. 75

20. Lacan, J. El seminario, Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 183.

21. Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2da. edición, 1990, p. 31.

22. Freud, S. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XVIII, p. 100.

23. Freud, S. "El yo y el ello" (1923). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIX, p. 33.

24. Freud, S. "Introducción del narcisismo" (1914), op. cit. p. 94.

25. Ibid. p. 91.

26. Ibid. p. 90.

27. Freud, S. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921), op. cit., p. 107.

28. Ibid. p. 132.

29. Ibid. p. 108.

30. Ibid.

31. Freud, S. "Sobre la dinámica de La Transferencia" (1912). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 98.

32. Freud, S. "27a. conferencia. La transferencia" (1917). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI, p. 404.

33. Ibid. p. 405.

34. Freud, S. "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" (1915). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 168.

35. Ibid. p. 169.

36. Ibid., p. 165.

### 1.3 LA TRANSFERENCIA COMO RESISTENCIA

37. Freud, S., "Sobre la dinámica de la transferencia" (1912), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 101.

38. Freud, S., "19º conferencia. Resistencia y represión" (1916-17), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI, p. 268.

39. Freud, S., "Análisis terminable e interminable" (1937), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XXIII, p. 240.

40. Freud, S., "Lo inconsciente" (1915), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, p. 171.

41. Ibid.

42. Freud, S., "Sobre la dinámica de la transferencia" op. cit., p. 102.

43. Ibid, p. 103.

44. Freud, S., "27º conferencia. La transferencia" (1917), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI, p. 397.

45. Freud, S., "Sobre la iniciación del tratamiento" (1913), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 144.

46. Freud, S., "28º conferencia. La terapia analítica" (1917), en Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI, p. 412.

47. Ibid, p. 414.

48. Freud, S., "27º conferencia. La transferencia", op. cit., p. 405.

### 1.4 LA TRANSFERENCIA COMO REPETICIÓN

49. Ibid. p. 33

50. Ibid. p. 35.

51. Ibid. p. 18.

52. Freud, S. "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915). En Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, Tomo XIV, p. 118.

53. Ibid.

54. Ibid.

55. Ibid. p. 43.

56. Ibid., p. 21.

57. Ibid. p. 22.

58. Freud, S. "Recordar, repetir y reelaborar" (1914). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1981, Tomo XII, p. 152.

59. Ibid. p. 151.

60. Ibid. p. 152.

61. Ibid. p. 153.

62. Ibid. p. 157.

63. Freud, S. "Construcciones en el análisis" (1937). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, p. XXIII, p.267.

### 1.5 CONTRATRANSFERENCIA

64. Freud, S. "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica" (1910). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XI, p. 136.

65. Freud, S. "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico" (1914). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, p. 20 n. 19.

66. Freud, S. "Sobre la dinámica de La Transferencia" (1912). En Obras Completas, E. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 98.

67. Freud, S. "Conferencias de introducción al psicoanálisis" (1916-1917). En Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, p. 19.

68. Freud, S. "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico" (1912). En Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p.115.

69. Freud, S. "Sobre la dinámica de la Transferencia" (1912). En Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 98.

70. Freud, S. "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" (1914). En Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII, p. 168.

71. Ibid., p. 173.

#### 1.6 EL FIN DEL ANALISIS

72. Freud, S. "Análisis terminable e interminable" (1937). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XXIII, p. 219.

73. Ibid. p. 226.

74. Ibid. p. 221.

75. Ibid. p. 227.

76. Ibid. p. 228.

77. Ibid. p. 237.

78. Ibid. p. 232.

79. Freud, S. "23ava. conferencia: Los caminos de la formación del síntoma". En Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 338.

80. Ibid. p. 217.

81 Cosentino, J. Las resistencias en la práctica freudiana. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 80.

82. Freud, S. "Análisis terminable e interminable", op. cit. p. 253.

83. Ibid.

84. Ibid.



## CAPITULO 2

### CONCEPTUALIZACION DE LA TRANSFERENCIA EN LA OBRA DE JACQUES LACAN

#### 2.1 ANTECEDENTES

Según el momento de la enseñanza de Lacan, hay diferentes caminos abiertos sobre la transferencia, y cada uno presenta elementos constitutivos de ésta, y no se oponen, sino que constituyen una respuesta a las interrogantes que ofrecía la obra freudiana.

Siguiendo a Freud, Lacan recuerda que el psicoanálisis es una experiencia del discurso, discurso que conduce a la develación del deseo, un deseo siempre inconsciente y que se constituye en la razón del ser del sujeto. Su enseñanza incluye también una crítica a otras teorías psicoanalíticas, crítica que corre a la par de la introducción de múltiples distinciones inéditas, de las cuales, la principal es sin duda la que se establece entre lo imaginario, lo simbólico y lo real, y la separación del concepto mismo de transferencia de otros conceptos, en especial el de repetición.

La concepción freudiana de la transferencia está fundada principalmente en la teoría del narcisismo. Es el campo del narcisismo el que amplía, en un primer momento, la posibilidad de que la transferencia delimite sus elementos teóricos y sus aspectos operativos, y es también este el aspecto por el que se introduce Lacan para desarrollar este concepto.

La transferencia en su vertiente libidinal, queda entonces como un punto de anclaje en la obra de Freud, y como punto de partida a las teorizaciones lacanianas.

Durante quince años, de 1936 a 1952, lo que Lacan pone en evidencia es que la transferencia es un fenómeno de imago. La transferencia es la presencia del pasado en el presente, pero no en el orden del recuerdo, es una presencia que tiene la naturaleza de una repetición. El pasado retorna y se "realiza" en ese espejo que es la imagen del analista. En 1936, en "Más allá del principio de realidad", Lacan describe el proceso analítico en términos de imago, y la transferencia como un cambio de lugar de una imagen; una imagen que pasa de una antigua persona a la del analista.

Así en 1948, describiendo a la transferencia como proyección de una imagen, Lacan escribe lo siguiente:

Este fenómeno representa en el paciente la transferencia imaginaria sobre nuestra persona de una de las imágenes más o menos arcaicas, que por un efecto de subducción simbólica, degrada, deriva o inhibe el ciclo de tal conducta, que por un accidente de represión, ha excluido del control del yo tal función y tal segmento corporal, que por una acción de identificación ha dado su forma de tal instancia de la personalidad.<sup>1</sup>

Por fin, en 1951, al estudiar el caso Dora en "Intervención sobre la transferencia", Lacan muestra que la experiencia analítica es esencialmente del orden de la palabra como lugar de la verdad. Experiencia dialéctica que se ve interrumpida por la transferencia definida como relación dual de imagen a imagen, haciendo "obstáculo" a la verdad intersubjetiva. La transferencia es estancamiento de la dialéctica por la presencia del imaginario, basta la complicidad del analista para que el análisis se malogre, como en el caso Dora.

A partir de 1953 Lacan cambia de posición al identificar a la transferencia con el acto de la palabra: "Cada vez que un hombre habla a otro de modo auténtico y pleno, hay en el sentido propio, transferencia, transferencia simbólica"<sup>2</sup>. ¿Por qué esta nueva concepción? Lacan retoma la teorización freudiana acerca del trabajo del inconsciente, según el cual, una representación inconsciente se hace representar por una representación preconscious. Las transferencias son transposiciones, desplazamientos, proceso que no es del orden de la imagen, sino eminentemente simbólico.

La transferencia entonces no sólo se desarrolla en el terreno de lo imaginario, existe también una vertiente simbólica, y a partir de ella Lacan enfatizará que el psicoanálisis es una experiencia del discurso, discurso que cuestiona al sujeto. Si bien existe una vertiente imaginaria, un discurso intencional, donde el yo se presenta bajo las formas que le agradan, existe también la otra vertiente, "la otra cadena", aquella palabra que perturba y en la que el sujeto no se reconoce, pero que es la palabra a partir de la cual el sujeto como sinónimo de deseo inconsciente se hace oír. El deseo como aquello que se cumple fuera de, cuando no contra, toda intención y que tiene como finalidad invariable la del reconocimiento. A partir de estas intelecciones los conceptos de resistencia e interpretación tienen un giro, giro que conducirá siempre a recordar al sujeto verdadero, el sujeto al que hay que prestar acuerdo y fe, el sujeto del inconsciente.

Considerar a la transferencia desde su vertiente simbólica, permite abordarla como un fenómeno que no representa un obstáculo para el análisis, sino la vía que conduce a él, ya que al ubicar al analista en el lugar del Otro, en aquel que podría responder a la demanda, permite generar esos significantes en donde dicha demanda quedó anclada.

La transferencia como una demanda de reconocimiento, la transferencia como repetición de demandas, pero no sólo eso, a partir de 1960, Lacan habrá de especificar que transferencia y repetición son dos vías diferentes. Lacan mostrará en el seminario de "Los cuatro conceptos..." que la transferencia depende del simbólico y la repetición de lo pulsional, la repetición como aquello que surge ahí donde el significante insiste en virtud de

lo reprimido irreductible. El agieren no es repetición de lo idéntico, sino nueva producción, es del orden de lo inédito en virtud misma del análisis.

En el seminario sobre la Transferencia del año 1960-61 se marca un giro. A partir de la lectura que Lacan hace del "Banquete", habrá de especificar que la transferencia se define como metáfora de amor, amor que ofrece el analizante a su analista, demanda de amor que estará sustentada a partir del deseo de éste último, y que le permitirá al sujeto reconocer los significantes que lo "sujetan" al deseo del Otro. La transferencia será concebida como un fenómeno cuyo sostén es el analista, o más aún, el deseo del analista, un deseo que en el análisis ocupará el lugar vacante del deseo del Otro.

Hasta ahora, todo se juega entre la dimensión simbólica e imaginaria, es a partir de la década de los sesenta que Lacan habrá de iniciar sus investigaciones sobre lo real. En 1963-64, en el seminario de "Los cuatro conceptos...", encontramos una cita al respecto: "Ninguna praxis más que el análisis está orientada hacia lo que, en el corazón de la experiencia, es el núcleo del real"<sup>3</sup>.

Sus teorizaciones avanzan, y da cuenta que la transferencia y el fin de la misma, esta condicionada no sólo por la primacía de lo simbólico sobre lo imaginario, sino por la "incompletud" del simbólico, el simbólico habitado por una falta que sólo puede ser instaurada si el analista, por su posición, la presentifica, es decir, ocupa esa hiancia que es el deseo del Otro.

Hasta antes de Lacan, teníamos una práctica analítica orientada a conducir al sujeto a un "saber" último, un saber que sin embargo, tiene la característica de permanecer siempre en suspenso, pero ¿Qué cosa exige que el analizante deje siempre en suspenso ese saber supuesto?, ¿Qué es eso que lanza al sujeto al encuentro con un saber del que no se sabe todo? Lacan encontrará la respuesta en el objeto a, el resto, ese objeto que no es reductible al significante, a ninguna especie de saber.

El objeto a no es reductible al proceso de la interpretación, hay un resto que no se juega en la cura vía el proceso de la palabra, del significante, y si es así, ¿cómo hacerlo entrar en la cura, en un proceso que es esencialmente significativo?, ¿cómo hacer surgir esta cosa que no se dice y que no se representa?. Es necesario hallar los medios para hacer jugar ese resto en la cura, de lo contrario el análisis no se acaba, Lacan retomará esta problemática del fin del análisis a partir del fantasma, porque aún cuando el objeto no se dice, ni se representa, no por ello deja de actuar en la estructura del mismo.

Pero para poder comprender la manera en que Lacan abordó la problemática del fin del análisis, habremos de remitirnos primeramente a las reformulaciones e innovaciones teóricas que produjo alrededor del concepto de transferencia, ya que sólo a partir de la comprensión del fenómeno, Lacan podrá abordar la posibilidad de su "liquidación", de su fin; ese es el propósito de esta sección, y para ello, iniciemos nuevamente retomando a la transferencia en su estructura libidinal.

## 2.2 AMOR DE TRANSFERENCIA

La profundización en la estructura del narcisismo y la conceptualización de la transferencia como fenómeno que compete a la vida amorosa, a la relación que mantiene el sujeto con los objetos, es una teorización que sostiene Freud, y que Lacan retomará como punto de partida para abordar el fenómeno.

Como ya habíamos expuesto, en el artículo de 1914 "Introducción del narcisismo", Freud propone al narcisismo primario como "(...) una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos"<sup>4</sup>. Narcisismo primario que presupone la existencia de un yo, un yo que es investido a partir de lo que -según Freud- podría ser "energía psíquicamente indiferente", que al ser cedida a los objetos se convierte en libido. Hablamos entonces de una libido yoica, previa a la libido objetal.

Retomando el texto del narcisismo, Lacan propondrá algunas modificaciones substanciales: Deja de considerar al yo como instancia, y en su lugar propone al yo como efecto ilusorio que se realiza en el campo del otro. El yo como aquel que surge a partir de la relación que el sujeto mantiene con un otro.

Por otra parte, Freud reconoce a la "energía psíquicamente indiferente" como el punto original del cual el yo surge, Lacan ubicará este punto no en relación a la energía, sino a la relación original del sujeto con el significante, dicha relación marcará la entrada del sujeto al mundo simbólico, mundo que Lacan representa con una "O", correspondiente al Otro, y en el cual el sujeto encontrará la vía de apoderamiento de su armadura narcisista.

El yo real, el yo original que plantea Freud, no entraña un sujeto, para Lacan, el sujeto adviene o empieza en el lugar del Otro, en el mundo simbólico. Las repercusiones teóricas que se producen al llevar a cabo estas reformulaciones, tratarán de ser abordadas a continuación:

Para Lacan, antes del narcisismo, antes de la unificación de la imagen está la relación del sujeto con el significante. El primer llamado que el sujeto hace al otro, lo introduce en el mundo simbólico, llamado que una vez que atraviesa el código surge transformado en demanda, demanda dirigida generalmente a la madre, y por tal razón considerada como Otro primordial, como aquella que detenta el privilegio de responder o no al llamado, privilegio que la dota de un poder que es el fundamento de su omnipotencia.

El carácter de omnipotencia otorgado a la madre, brinda a su respuesta un valor, los objetos que el sujeto demanda se vuelven signos de la buena o mala voluntad del Otro, signos en última instancia de su amor. Estos signos de amor del Otro, que transforman al objeto u objetos reales de la necesidad misma, son aquellos que Lacan denomina como "dones"<sup>5</sup>.

A partir de la demanda, de la demanda de signos de amor al Otro, el sujeto tiene acceso a la realidad humana. Es a partir de la dialéctica del don, de la demanda y de la constitución del don como forma simbólica del objeto, lo que condicionará la entrada del ser humano a una realidad simbólica, que en cuanto tal, le preexiste, "(...)realidad simbólica en cuyo contexto podrá ser designado como sujeto y no como organismo viviente" <sup>6</sup>.

La omnipotencia del Otro, el poder de responder o no al llamado, lo vincula con el par presencia-ausencia, si hay algo que sea total, que sea todo, en lo referente al amor, reside en el todo o nada de la presencia-ausencia del Otro, del signo que el Otro otorga o no. El objeto de amor no es un objeto total, no es ésta la característica que le da su peso propio, sino la de ser el agente simbólico, aquel que tiene el poder de brindar objetos que son dones, porque por ello son simbólicos de esa potencia. El sujeto no demanda la presencia del objeto real, sino la presencia de ese Otro simbólico, de ese agente que tiene el poder de responderle o no, estableciéndose así, el "(...) intercambio simbólico por excelencia, el de nada por nada" <sup>7</sup>. Esa nada y su donación instaura el valor mismo. El objeto como don, nos introduce en el valor como valor de cambio, "allí donde el valor de uso se perdió para siempre al perderse la especificidad del objeto humano en tanto instintivo" <sup>8</sup>.

La demanda pasa a ser demanda de nada, siempre demanda de amor, la satisfacción misma se transforma en mera prueba del poder del Otro, sin embargo, en determinado momento el Otro surge herido en su potencia, en su poder. Esta herida responde a una doble dimensión. Por un lado, a la imposibilidad del Otro de responder a la demanda, y por otro, a la pregunta que el vaivén de su presencia-ausencia suscita. El Otro aparece entonces habitado por una falta.

La falta en el Otro está presente desde el primer llamado, la barra puesta en el Otro es la razón de que la necesidad se transforme en demanda, ya que también a él le falta el significante a partir del cual responder al llamado. Es en la demanda más antigua, en donde la develación de la falta del Otro produce la captación y sujeción en la cadena significante.

La falta esbozada en el Otro se convierte en la mira del deseo humano. A partir de la primera demanda, el sujeto hace la experiencia de su falta en ser, falta producida a partir de la ausencia de un significante en el Otro que lo nombre, que le permita articular su deseo. A partir de este momento, la falta en ser marcará su "meta" en el deseo, pero como deseo del Otro, a partir de la falta esbozada en el Otro, el sujeto "tratará" su falta en ser ubicándose como aquello que colmaría la falta en el Otro, y sus esfuerzos estarán encaminados a ser reconocido como objeto del deseo del Otro.

A partir de la primera demanda y de la consecuente experiencia de su falta en ser, el sujeto se vuelca hacia el Otro, hacia su deseo, es desde ese suspenso, desde la deriva de su ser, que hace al Otro una pregunta: ¿Qué quieres tú que yo sea?. Se trata de la interrogante del sujeto que desconoce la acción previa que el significante ha ejercido sobre él.

En su pasión del ser el sujeto se vuelca en tal o cual rasgo del Otro. En la "Dirección de la cura y los principios de su poder" leemos: "(...) es en la más antigua demanda donde se produce la identificación primaria, la que se opera por el poder absoluto materno, a saber, aquella que no sólo suspende del aparato significante la satisfacción de las necesidades, sino que las fragmenta, las filtra, las modela en los desfiladeros de la estructura del significante" <sup>9</sup>. Y en "Subversión del sujeto..." encontramos: "Tomemos sólo un significante como insignia de esa omnipotencia, lo cual quiere decir de ese poder todo en potencia, de ese nacimiento de la posibilidad, y tendremos el trazo unario que, por colmar la marca invisible que el sujeto recibe del significante, enajena a ese sujeto en la identificación primera que forma el Ideal del yo" <sup>10</sup>.

El rasgo unario es el primero de los significantes, es la primera marca, el primer sello que hace surgir al sujeto en el campo del Otro, significante que nos permite concebir que el sujeto aparece primero en el Otro. El significante unario, como el significante que desde entonces representará al sujeto para otro significante.

El significante unario, como signo de la presencia del Otro omnipotente, aparece en el campo del "Lust", es decir, en el campo de la identificación narcisista, identificación con el significante del Ideal.

La identificación constitutiva del deseo, identificación con el significante, merece para Lacan el nombre de introyección, <sup>11</sup> limitándose el uso de este término a la función de lo simbólico. La proyección sobre el campo perceptivo del objeto no especular ligado a este significante, función de lo imaginario, da lugar, por su parte, a la idealización del semejante y a su aparición como completud, matriz de la identificación yoica. Al hacer aparecer "(...)" al Otro como detentando el objeto del deseo, esta proyección sella la confusión del objeto causa del deseo con el de la demanda" <sup>12</sup>.

A partir de la confusión entre deseo y demanda, el sujeto "(...)" se complacerá en encontrar en el Otro las marcas de respuesta que fueron poderosas al hacer de su grito llamada. Así quedan circunscritas en la realidad, con el trazo del significante, esas marcas donde se inscribe la omnipotencia de la respuesta. No es en vano si se llama insignias a esas realidades. Es la constelación de esas insignias la que constituye para el sujeto el Ideal del yo" <sup>13</sup>.

Es a partir de esta realidad simbólica, de la relación del sujeto con el Otro, lo que marcará la estructuración imaginaria del sujeto, es decir, que su realidad imaginaria habrá de constituirse primero en el Otro.

La problemática de la asunción de la imagen en el ser humano, es abordada por Lacan en el año de 1936, en su trabajo sobre "El estadio del espejo", en el cual explica la enajenación que se produce cuando el ser humano, aún inmaduro biológicamente, y por lo tanto, lo llama él "cuerpo fragmentado", se precipita sobre la imagen unificada que el semejante le ofrece, y al asumirla, lo transforma y lo captura por el resto de su existencia.

El núcleo del Ideal del yo está representado por la identificación al rasgo unario, una identificación que no es la del "estadio del espejo", es su sostén, es ella quien sostiene la perspectiva escogida por el sujeto en el campo del Otro, desde donde la identificación especular puede ser vista bajo un aspecto satisfactorio.

El sujeto al constituirse como Ideal en el Otro, buscará en él los puntos en donde deberá encontrar su imagen narcisista, marcando así las formas de relación imaginaria con el otro, "(...) para obtener entre otros efectos tal espejismo del yo ideal", "una imagen en la cual se verá como le gusta ser visto por el Otro, es decir, como digno de ser amado.

El yo ideal se ha de ajustar en el campo del Otro, como refiere Lacan en el seminario, Libro XI: "Aferrándose a la referencia de quien lo mira en un espejo, el sujeto ve aparecer no su ideal del yo, sino su yo ideal, es punto donde desea complacerse consigo mismo" <sup>15</sup>.

Es a partir del Ideal del yo, como la imagen del yo queda constituida. El yo ideal se reconocerá a partir de sus comparaciones con el Ideal, tenemos así al "(...) Ideal del yo como modelo, el Yo ideal como aspiración, oh sí, para no decir más bien sueño" <sup>16</sup>. El yo ideal será el tronco de las identificaciones secundarias, objetos que se ofrecen al Ideal en su afán de halagarlo.

Desde el momento en que el yo queda constituido, sus "(...) preferencias libidinales estarán determinadas por el Ideal del yo y el yo ideal" <sup>17</sup>. Hay una franca dependencia entre el yo ideal y el Ideal del yo, es decir, la determinación del registro imaginario, por lo simbólico, la determinación del yo, por la relación del sujeto con el significante.

Retomemos la relación del sujeto con el Otro, con el Otro a quien se dirige la demanda, Otro que como decíamos anteriormente, no puede responderle, no puede darle el significante a partir del cual articular su deseo, nombrarse, dejar atrás esa incertidumbre sobre su ser, su falla en ser.

La carencia en ser, esa es la experiencia del sujeto una vez que hace su entrada al mundo simbólico, una vez capturado en el lenguaje, un lugar queda vacío, algo ha escapado a la libidinización, y es ese vacío el lugar del sujeto, un vacío, que como decíamos anteriormente, pretende ocupar el yo, pero eso es sólo una ilusión, un sueño, ningún objeto que sea ofrecido al Ideal del yo podrá colmar la carencia, la ignorancia sobre el ser, y es en ese plano de la ignorancia donde el amor florece, ignorancia que aparece en forma de pregunta: ¿Qué me quiere?, ¿Qué es lo que me hace amable ante sus ojos?, ¿Qué ha visto en mí, que lo ha hecho elegirme como objeto de amor?. Es a raíz de esta pregunta como el sujeto se lanza hacia la búsqueda de su ser, y en su búsqueda se somete al Otro, para que sea él quien responda.

El sujeto en su ignorancia se somete al Otro, al Otro al que le supone un saber, un saber a partir del cual él podría alcanzar el "ser verdadero" y dejar atrás la incertidumbre, al ser que se aleja y que se pierde.

Si el sujeto se somete al Otro, lo hace con el afán de colmar su falta, ofreciéndose como el objeto de lo que el Otro quisiera demandarle, suponiendo que así podrá sobornarlo y lograr su objetivo, el reconocimiento, poder localizar el significante a partir del cual aliviar su carencia.

El deseo de reconocimiento, ese es el anhelo neurótico, un anhelo siempre insatisfecho, ya que al demandar al Otro la completud, lo único que hace es traer a cuenta que el Otro " (...) el lugar de la palabra, es también el lugar de la carencia. Lo que el de este modo al Otro le es dado colmar, y que es propiamente lo que no tiene, puesto que a él también le falta el ser, es lo que se llama amor, dar lo que no se tiene a quien no es" <sup>18</sup>. De ahí que, como decíamos anteriormente, la demanda siempre sea una demanda de amor, una demanda vacía, demanda de nada.

Para hablar del amor habremos de remitirnos al seminario, libro VIII, "La Transferencia", el cual se inicia con uno de los diálogos de Platón, "El Banquete", diálogo a partir del cual Lacan establece el origen del amor como metafórico, una sustitución del amado por el amante, sustitución que más adelante retomaré nuevamente. (supra. p. 46). El amante (erastés) como sujeto del deseo, y el amado (eromenós), el deseo, "(...) como aquel que en esa pareja es el único que tiene algo" <sup>19</sup>.

En este punto, podríamos retomar las dificultades a las que se enfrentó Freud al intentar establecer la distinción entre el objeto de amor, y el objeto de identificación.

En cuanto a la identificación Lacan dice en el seminario, libro XI: "De aquello que no se puede conservar afuera, siempre se tiene la imagen dentro. La identificación con el objeto de amor es así de simple" <sup>20</sup>.

La duda de Freud equivale ampliamente a una afirmación de la "compatibilidad" de la identificación con la investidura de objeto. La identificación supone que el objeto es tomado en el sentido de objeto de amor, pero no de objeto del deseo. La idealización y la correspondiente identificación, implica el "renunciamiento" del objeto, en cuanto objeto del deseo. Los objetos de identificación son objetos que "(...) no poseen el valor singular que se le adjudica al objeto de la pulsión" <sup>21</sup>.

En cuanto al deseo, no existe ningún objeto que lo satisfaga, que lo complete, la relación entre el sujeto y el objeto del deseo es siempre disimétrica, ninguna completud posible se realizará entre ellos.

Entre el yo y el otro, entre el yo y el objeto de amor no hay completamiento. La disparidad está presente desde el inicio de la relación amorosa, el amante, sujeto del deseo, ama intensamente "algo" en su amado, y éste último como poseedor de ese algo



despierta la pasión del sujeto enamorado, sin embargo, entre lo que le falta al amante y lo que tiene el amado no existe correspondencia alguna.

A partir de esta disparidad entre lo que el amante busca y el amado tiene, se establece una relación que confronta con el deseo como deseo siempre de otra cosa, es a partir de aquí como "(...) la dialéctica socrática del amor nos lleva a captar el momento de balanceo, el momento de vuelta o de la conjunción del deseo con su objeto en tanto, que inadecuado, de donde debe surgir esta significación que se llama amor"<sup>22</sup>.

Para Lacan el amor siempre es metafórico, "(...) siempre y cuando sea el sujeto de la falta, quien venga en ese lugar, se sustituya a la función del eromenós que es, objeto, objeto amado, que se produce la significación del amor"<sup>23</sup>.

Lacan sitúa el milagro del amor en aquella sustitución, "(...) eran ustedes ante todo, primero el eromenós, el objeto amado, y que de repente se convierten ustedes en erastés, aquel que desea. Vean lo que por este mito pretendo acentuar. Y todo mito se refiere a lo inexplicable de lo real, es siempre inexplicable que cualquier cosa responda al deseo"<sup>24</sup>. Es por allí que se introduce en la dialéctica del "Banquete", el fenómeno del amor.

Sócrates trae a cuenta lo que está en la base: la función de la falta como constitutiva de la relación del amor. Para el amante, para aquel que desea, el objeto, "(...) es algo que no está de ninguna manera a su disposición, y que no está presente. En conclusión, es algo que él no posee, algo de lo cual él está desprovisto. Es de esta suerte de objeto, del que él tiene deseo. Eso de lo cual él está faltante, eso que le falta esencialmente"<sup>25</sup>.

En la relación amorosa, el amado no lo es porque tenga lo que el otro necesita, "(...) de lo que el otro necesita, él no sabe con cual de sus atributos pueda responder, es decir, desconoce el motivo por el cual es amado. Por otra parte, el amante explora en el amado sin saber qué es lo que busca, y sin conocer tampoco qué es de lo que él mismo carece"<sup>26</sup>. Como decíamos, es alrededor de esta ignorancia donde el amor florece, y a partir de ella el sujeto se entrega al Otro, ama al Otro para que por fin él le responda, de ahí surge su transferencia de amor hacia el otro, para amarlo con la misma intensidad con la que ama lo que desconoce de él mismo.

En la clínica, el amor de transferencia se presenta como el efecto de haber colocado al analista en el lugar del Otro, en el lugar del saber, saber que uno supone en él, y se le ama solamente en tanto "(...) el podría vehicular bajo la forma que sea, lo que le falta al sujeto, a saber, el ser o el goce que sería necesario"<sup>27</sup>.

En su afán de poseer al Otro, de capturar en sí el saber, el objeto que le supone posee, el sujeto le propone al Otro ese engaño que es el amor. Así aparece el amor en la relación analítica, siempre como un engaño. "A partir de su referencia a aquel que debe amarlo, intenta inducir al Otro a una relación de espejismo en la que lo convence de ser amable"<sup>28</sup>.

Si el amor es dar lo que no se tiene, el analizante puede esperar, puede amarlo en tanto espera, es una demanda vacía, es intransitiva, pero no por eso la anula, al contrario, la mantiene, y en tanto la respuesta no es dada, la demanda de amor continua.

El amor, es un efecto de transferencia, pero en su faz de resistencia. El amor se opone al trabajo analítico, en tanto el analizante coloca al analista en el lugar del Ideal del yo, como aquel que marcará los puntos en los que encontrará la estructuración de su imagen en forma satisfactoria. Mientras el analizante esté a la espera de esa imagen, de esa completud, los significantes en los que está fundada toda relación amorosa no aflorarán, en este sentido, la transferencia, como cierre del inconsciente, se funda en la relación narcisista mediante la cual el sujeto hace las veces de objeto amable.

Mientras el analista ocupe el lugar del Ideal del yo, y actúe a partir de éste, el sujeto - como decía Freud- se abandonará a él, se entregará al objeto idealizado y renunciará a las "(...) tendencias sensuales orientadas directamente a la satisfacción"<sup>29</sup>, es decir, el sujeto se refugia en la idealización para así soslayar las dificultades del deseo.

Si el analista se juega en la cura ocupando el lugar del Ideal del yo, la transferencia se manifestará como cierre del inconsciente, pero como veremos en el siguiente capítulo, hay otro lugar en el que el analista podrá hacer de la transferencia un fenómeno que conduzca a la apertura del mismo.

## 2.3 LA TRANSFERENCIA COMO RESISTENCIA

El yo resiste, dice la primera doctrina. Si se interpreta el sentido del síntoma y este persiste, el sujeto se resiste a reconocer su sentido. A partir de esta intelección se concluye que lo importante ahora es analizar antes que nada la resistencia.

Autores como Ana Freud y Fenichel, pretenden analizar las resistencias del sujeto a través de los mecanismos de defensa que las constituyen, confundiendo así a la resistencia y a las defensas del yo, éstas últimas consideradas por Freud, en su artículo de 1925, "Inhibición, síntoma y angustia", "(...) para indicar que el yo se forma de los mismos momentos que un síntoma"<sup>30</sup>.

De acuerdo a sus intelecciones, estos autores llegan a proponer que "(...) ya no hay razón para investigar las pretendidas profundidades, si lo que descubre no es más verdadero que lo que recubre"<sup>31</sup>. Desde entonces, es común escuchar que no sabemos nada del sujeto, sino lo que su yo tiene para decirnos. Otto Fenichel dice a este respecto: "(...) es al Yo a quien incumbe la tarea de comprender el sentido de las palabras"<sup>32</sup>.

Desde ese momento, el yo se convierte en el sujeto al que el analista se va a dirigir, y es la razón por la cual el analista habrá que hacerse aliado de la parte sana del yo, fungiendo como representante de la "realidad", y a partir de este lugar, su función será instar al sujeto para que tome conciencia de la forma en que sus prejuicios, el equilibrio de

su yo y sus defensas, le impiden ver, siendo la transferencia el escenario a partir del cual el analista tratará de "convencer" a su paciente para que venza dichas resistencias.

Todo este movimiento psicoanalítico apeló al yo, a ese yo al que Lacan define en su función de desconocimiento. En lugar de hacer hablar al síntoma, de buscar la verdad del lado del sujeto, del sujeto del inconsciente, del inconsciente "no sabido", recurren al yo. "Por un vuelco de la justa elección que determina cuál sujeto es acogido en la palabra, el sujeto constituyente del síntoma es tratado como constituido, o sea, como dicen, en material, mientras que el yo, por muy constituido que esté en la resistencia, se convierte en el sujeto al que el analista en lo sucesivo va a apelar como instancia constituyente" <sup>33</sup>.

La relación con el sujeto dejará de cimentarse en la palabra, al discurso se le despoja de su contenido, y el analista no puede hacer otra cosa que comunicarte un saber preconcebido, resultado de la organización de su propio yo, de tal forma que el análisis se convierte en una relación de yo a yo, y en donde desde luego será el analista como representante de la realidad el que hablará, y en donde su palabra será el saber que "tendrá" que asumir el sujeto como propio, es decir; la interpretación corresponde exclusivamente al saber del analista, sin dejar de tomar en cuenta que la "(...) comunicación de este saber no actúa sino como sugestión, a la cual el criterio de la verdad permanece ajeno" <sup>34</sup>.

Cuando Lacan define al yo en su función de desconocimiento, toca una fuente de las dificultades que caracterizan toda vinculación con el saber, a toda revelación de la verdad. La resistencia, es una de esas dificultades que afecta la relación del sujeto con su deseo inconsciente.

Si hay desconocimiento, si hay negación de algo previamente afirmado, ello es posible por la presencia del inconsciente y el sujeto que le es propio, presencia que no es conocimiento, sino dirá Lacan, un saber sin sujeto. Detengámonos un poco en este punto.

En el seminario, libro XI, Lacan habla de ese primer apareamiento significativo, aquel que nos remite a concebir que el sujeto aparece primero en el Otro, porque es en el Otro donde surge el primer significativo, en donde "(...) eso que antes no era nada, sino sujeto a punto de advenir, queda fijado como significativo" <sup>35</sup>.

Si consideramos que el sujeto nace en el campo del Otro, lo característico del sujeto "(...) es que está bajo el significantes que desarrolla sus redes, sus encadenamientos y su historia, en un lugar indeterminado" <sup>37</sup>. Retomemos el primer apareamiento significativo:  $S_1 \rightarrow S_2$ . El significativo unario ( $S_1$ ), significativo a partir del cual el sujeto se representa, pero que por sí mismo no tiene ningún sentido, el sujeto sólo emerge como sentido en el campo del Otro, cuando tenemos un segundo significativo ante el cual representarse ( $S_2$ ), pero es entonces, cuando tenemos a un sujeto que pierde el ser, un sujeto indeterminado en la cadena significativa, perdido en el campo del Otro.

Tenemos así a un sujeto que por el hecho de nacer en el campo del Otro, esta condenado a perder el ser, operación que Lacan llama "alienación", operación que funda al sujeto, que hace surgir al sujeto al nivel del sentido, pero produce su desaparición en el Otro, lugar del inconsciente.

En la "Proposición..." Lacan dice: "(...) la función del inconsciente es borrar al sujeto"<sup>30</sup>, intelección que se deriva del hecho de considerar al inconsciente como los efectos que la palabra, que el significante ejerce sobre el sujeto, efectos que incluyen su desaparición.

El inconsciente es un saber sin sujeto, y un saber del cual el sujeto no quiere saber nada, "(...) dado que el inconsciente representa mi representación allí donde ella falta, donde no son más que una falta del sujeto"<sup>31</sup>.

El inconsciente no es perder la memoria, es no acordarse de lo que se sabe, es suprimirse de esa parte del discurso; para recordar, es necesario que el sujeto haga suyo ese pasado, dé cuenta que ese discurso lo involucra.

El recuerdo no implicaría entonces hacer una distinción entre pasado y presente, sino promover en el sujeto la asunción del significante que lo representará en el inconsciente, que lo hará estar allí.

En cuanto a la técnica, podemos decir que a medida que el sujeto avanza en su discurso y se aproxima al sentido del síntoma, el sujeto enmudece, no hay un significante que lo represente para otro significante, en este momento lo imaginario se moviliza y se produce la resistencia.

La resistencia transferencial se produce en un momento en que la palabra ya no tiene acceso al sujeto, en ese momento se engancha al Otro, ama al Otro, le demanda que sea él quien hable, que le diga ¿quién es?.

El momento en que el sujeto se interrumpe, es comúnmente el momento más significativo de su aproximación a la verdad; el sujeto calla porque la palabra no accede a él, está prohibida, en ese momento se dirige al Otro, y la palabra funciona como mediadora entre el yo y el otro.

Si en ese momento en que el sujeto calla, el analista responde considerando al deseo como aquello que se puede articular en la demanda, lo único que hace es fortalecer el dique que se opone al advenimiento del inconsciente, y propicia que el sujeto no dé cuenta de aquello que se desvanece en un más allá de la imagen.

Desde este ángulo, el concepto de demanda de amor es inseparable del de la dirección de la cura. Lacan critica una dirección de la cura fundada en la demanda, y en esa tendencia a reducir la demanda y el deseo a la necesidad y su satisfacción, para ello, habría de establecer previamente la diferencia entre necesidad, demanda y deseo.

En este contexto, la indicación de Lacan de no responder a la demanda, tiene un sentido específico, conservar el lugar del deseo, porque el deseo, pese al anhelo neurótico, no se confiesa, dado que es incompatible con la palabra.

¿Por qué el no responder a la demanda conserva el lugar del deseo?: Porque esa falta de respuesta a la demanda es el núcleo mismo de la frustración en análisis. El analista no debe dar nada, para que a partir de la frustración, aparezcan los significantes en los que ésta frustración está retenida.

Los significantes de la demanda son los que sostuvieron la frustración en la que se fijó el deseo, deseo que lo sujeta por el hecho mismo de que se fija en esos significantes, y es ese deseo inconsciente el que se pretende emerge a partir de la no respuesta a la demanda.

La regresión, es regresión de los significantes orales, anales, etc., en que está fijado el deseo, y sólo a través de esos significantes puede el análisis afectar a la pulsión.

El concepto de regresión implica pues la distinción entre dos formas de identificación, la identificación con el Ideal y la identificación con el significante de la demanda de amor. "La regresión operativa en análisis parte de la demanda de amor pero abre la secuencia de la transferencia, permitiendo puntuar las identificaciones que escandieron la historia del sujeto en su relación con el deseo del Otro"<sup>40</sup>.

Los significantes que insisten, son los que forman parte de la pulsión y que la regresión hace surgir. Lacan establece en "La Dirección de la cura...", cómo esta regresión, al conducir hacia los significantes de la demanda de amor, a los significantes en los que se fijó el deseo, marca el camino hacia el fantasma fundamental. "El fantasma fundamental es aquello por lo cual el sujeto se sostiene a nivel de su deseo evanescente, evanescente en la medida en que la satisfacción misma de la demanda le hurta su objeto"<sup>41</sup>.

La regresión, la identificación con el significante de la demanda de amor, abre la secuencia de la transferencia; la identificación con el Ideal, conduce a la sugestión, al cierre del Inconsciente.

Entre transferencia y sugestión hay una relación, éste es el descubrimiento de Freud, y es que la transferencia también es una sugestión, "(...) pero una sugestión que no se ejerce sino a partir de la demanda de amor, que no es demanda, de ninguna necesidad"<sup>42</sup>.

En "Psicología de las masas y análisis del yo", Freud establece, que el secreto del poder que un individuo puede ejercer sobre otro reside en la posesión de un objeto x, posesión supuesta por el sujeto influido. Es esto lo que imagina el sujeto cuando coloca al analista en el lugar del Ideal del yo, espera de él la completud, espera que él pueda responder a la falta en el Otro; mientras el analista actúe el lugar que el confiere el sujeto, mientras responda a la demanda en análisis reduce en él la transferencia a la sugestión.

En este sentido, Lacan dice: "(...) la resistencia del sujeto, cuando se opone a la sugestión, no es sino deseo de mantener su deseo"<sup>43</sup>.

Hablemos de dos tipos de transferencia: La transferencia imaginaria, cuya trama es el amor y el odio, indispensable para que pueda surgir la transferencia simbólica, aquella en donde aparecen los significantes que precedieron a toda relación amorosa. Mientras el analista sostenga propositivamente la relación imaginaria de la transferencia, y en tanto no considere que la demanda de amor sólo se constituye como tal por cuanto el sujeto es sujeto del significante, la aporía de la transferencia continuará en pie; se presentará como un fenómeno que condiciona al mismo tiempo la apertura y el cierre del inconsciente.

La resistencia entonces, se producirá en el momento en que el analista se convierte en el soporte del alter ego del analizante, o como se dice, en su "pantalla proyectiva", y por tanto en el soporte mismo de ella al asumir y al actuar un lugar que le ha dado el sujeto; es esta la razón por la cual Lacan sostiene que no hay más resistencia que la del analista.

El sujeto "resiste", pero resiste porque la palabra que habla de su verdad está prohibida, "(...) y prohibida por el hecho de que el discurso intermediario lo condena a desconocerla"<sup>44</sup>. La resistencia prueba la dificultad del sujeto por decir "lo que tiene" que decir, debido a la interposición de ese discurso en el que el yo se ha constituido, lo que no es lo mismo que decir que el yo resiste.

En "La cosa freudiana...", Lacan hace una distinción entre el yo y el sujeto, distinción dirigida a dar cuenta de "cuál sujeto es acogido en la palabra": el sujeto del inconsciente o el yo.

El sujeto, como aquel que se encuentra indeterminado en la cadena significativa, que como dijimos, no se reconoce en el inconsciente, es decir, un sujeto "acéfalo", un sujeto que se constituye por tanto, como efecto de un saber que opera antes de ser sabido.

En la "Observación sobre el informe de Daniel Lagache...", Lacan presenta cómo el drama del sujeto, su carencia en ser, es "remediada" a partir de la asunción de una imagen, ese lugar de la carencia, es el lugar del sujeto, lugar que usurpará el yo. Sin embargo, la pregunta sería: "¿El sujeto del deseo, es enunciado por el yo (je) del discurso? No pues, ya que éste no es sino el sujeto del enunciado. El sujeto de la enunciación es ese en tanto que su deseo se transparenta a partir de la negación"<sup>45</sup>.

Encontramos así una distinción entre el yo (je) del enunciado, el "shifter" que lo designa en el enunciado, y el yo (je) de la enunciación, en tanto toda enunciación habla del deseo y es animada por él, en eso justamente consiste el descubrimiento del inconsciente, en la posibilidad de poder distinguir las relaciones del sujeto con el pensamiento, de las del sujeto con su deseo. Es a partir de la negación que podemos encontrar esta distinción, la negación en tanto cancelación de la represión, pero no por ello una aceptación de lo

reprimido. A partir de la negación, el yo (je) del enunciado, habla del yo (je) de la enunciación, habla de lo más profundo de su ser, desde luego que sin saberlo.

En tales condiciones, debemos definir al yo (je) como el "legatario de la verdad reconocida", o el beneficiario de las significaciones que el psicoanálisis saca a la luz, reconociéndose así en el discurso inconsciente como "yo soy".

El yo (je) como el heredero de la verdad reconocida, y que hay que acentuar que no es el mismo que el yo "(...) constituido en su núcleo por una serie de identificaciones enajenantes" <sup>46</sup>. De ahí las ácidas críticas que Lacan dirige a las traducciones del adagio freudiano: "Wo Es war, soll Ich werden": El yo debe desalojar al ello, adagio que Lacan, por su parte traduce en estos términos: "Allí donde 'ello' era [c'et ait], puede decirse, allí donde 'se era' [s' était], quisiéramos hacer entender, mi deber es que yo venga a ser" <sup>47</sup>.

Retomemos en este punto a la transferencia fundada en la relación narcisista, como engaño, como cierre del inconsciente, y digamos que a este respecto Lacan establece en el seminario, libro XI, que el mecanismo fundamental de la operación analítica, debe ser el mantenimiento de la distancia entre el I y el a, el objeto a, aquel que surge como el resto del encuentro de la pulsión parcial y su objeto. Dicha separación implica establecer una distancia entre el objeto a, el objeto que se fija en la pulsión parcial en tanto resto, y que por tanto, elude las totalizaciones idealizantes; y el objeto de amor, el Ideal del yo, que rige precisamente dichas totalizaciones. Sólo en la medida en que el analista no actúe como un yo para otro yo, es decir, en la medida en que no comparta con el sujeto esa misma pasión imaginaria, el mismo interés de donde le llegan al yo las significaciones que desvían su discurso de lo que éste ha elidido, "(...) podrá insertarle su interpretación revelante" <sup>48</sup>.

De ahí que cuando el analista interpreta o interviene, lo hace aportando una perspectiva nueva con respecto al saber del sujeto, y al ser descentrado con respecto a su saber, a lo poquito que sabe, se atraviesa la barrera del sentido y se logra descolocar a "nuestro yo oficial".

La interpretación no consiste en hacer conciencia en el paciente para que separe la realidad de su pasado, no es una ilusión lo que él vivencia en análisis, no es un error del llamado "examen de realidad", para Lacan "(...) la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente" <sup>49</sup>, y responder a la transferencia, no es intervenir en tanto que el sujeto habla de nosotros, sino en tanto se dirige a nosotros.

La interpretación no es una hermenéutica, no consiste en encontrar un significado oculto, dicha significación sólo reduciría el deseo a la demanda, lo que no haría otra cosa que confirmar al sujeto en su sometimiento al deseo del Otro.

La intervención del analista ha de ser siempre de invención y jamás de aplicación de recetas, aunque esta intervención sí habrá de ser inscrita en el tiempo justo.

La interpretación tiene como función preservar el lugar del deseo, y está destinada a hacer surgir significantes irreductibles, non-sensical, hechos de sin-sentido.

La significación de la interpretación no es lo esencial para el advenimiento del sujeto. "Es esencial que el sujeto vea, más allá de esta significación, a qué significante -sin sentido, irreductible, traumático- está sujeto como sujeto"<sup>50</sup>. Este significante, es considerado por Lacan en el seminario, libro XI, como el significante originariamente reprimido, el primer significante de la batería significante y que como dijimos, representa al sujeto ante otro significante, y que representamos: S1 ---> S2.

La interpretación no consiste en decirle al sujeto lo que desea, ni lo que es, sino en hacérselo descubrir a partir de los significantes que insisten en su discurso.

La interpretación, al descentrar al sujeto con respecto a lo que sabe, lo desconcierta, y trata de recuperar el equilibrio, sin embargo, no se trata de convencer, es preciso esperar, "(...) esperar el tiempo necesario para que, el sujeto realice la dimensión en cuestión en el plano del símbolo, es decir, desprenda de lo vivido en análisis la duración de algunos automatismos de repetición, lo cual les brinda, de algún modo valor de símbolo"<sup>51</sup>.

## 2.4 LA TRANSFERENCIA Y LA REPETICIÓN

En Lacan, como en Freud, también es necesario hablar del deseo, deseo que Lacan introduce partiendo de premisas diferentes a las freudianas.

Lacan considera, que esa primera experiencia, ese primer llamado al otro, conduce a una dimensión inseparable del objeto perdido del deseo freudiano, pero subraya sobre todo la articulación entre este objeto y el orden simbólico.

Lacan considera que el objeto se pierde en la estructura misma de lo simbólico, el objeto se esfuma en cuanto a su "naturalidad", en tanto objeto satisfactor de una necesidad, en tanto objeto de la satisfacción instintiva, y dicha pérdida es solidaria del apresamiento del ser humano por el lenguaje.

En el seminario de la "Carta Robada", Lacan escribe: "(...) el sistema (...), predecesor del inconsciente, manifiesta allí su originalidad por no poder satisfacerse sino con volver a encontrar el objeto radicalmente perdido. Es (...) en el punto cero del deseo, donde el objeto humano cae bajo el efecto de la captura, que, anulando su propiedad natural, lo somete desde ese momento a las condiciones del símbolo"<sup>52</sup>.

El sujeto hace su primer llamado al Otro, y ante la respuesta ofrecida, no se tendrá más remedio que aceptar que a través de su paso por el Otro, la necesidad sea transformada; la satisfacción misma sufre modificaciones fundamentales debido a la transmutación necesaria de la necesidad (biológica) en demanda.



Ese Otro al que se dirige el llamado, y que tiene el poder de responder o no, produce una forma de alienación diferente a la alienación en la imagen del semejante, provocada por el hecho de que la necesidad tenga que sujetarse a la demanda, tenga que someterse al lenguaje, alienación que no es producida por la dependencia real del sujeto, sino por el funcionamiento del significante como tal, y del hecho de que el mensaje del sujeto es emitido desde el lugar del Otro; Lacan se refiere a ella en la siguiente cita: "Lo que se encuentra así alienado en las necesidades constituye una Urverdrängung por no poder, por hipótesis, articularse en la demanda" <sup>53</sup>.

Esta Urverdrängung, consiste en la anulación de la particularidad de la necesidad y de su objeto, dando como efecto ese retoño que es el deseo.

Esta Urverdrängung, esta elisión, es la operación misma por la cual el significante instala la falla en ser, remitiendo al ser hablante al desvanecimiento de la llamada relación de objeto.

El paso de la necesidad a la demanda, su elisión, produce el borramiento o la ausencia de objeto, instalando la falla en ser en el sujeto y en el objeto, incluyéndolos así en la dimensión del deseo, siendo el deseo, el modo de subjetivar dicha falla.

En "La instancia de la letra en el inconsciente", Lacan introduce la articulación entre el deseo y la metonimia, articulación correlativa a la importancia creciente de la falta.

El sujeto demanda, y al demandar, cada vez que cree atrapar el objeto, vuelve a huirle, se volatiliza, surgiendo siempre como deseo de otra cosa, adquiriendo así la posibilidad misma de su desplazamiento.

El deseo, como deseo siempre de otra cosa, es uno de los nombres de la identidad entre metonimia y deseo, en donde ningún objeto tendrá ya valor fijo, dicho valor siempre será sustituible, desplazable.

El objeto, en cuanto es demandado se volatiliza, perdiéndose igualmente toda posibilidad de lograr la satisfacción "total".

Una vez instaurada la ausencia, creado el vacío, son muchas las formas de objeto que pueden venir a reemplazarla.

Es importante subrayar que el deseo no puede articularse en la demanda, aún cuando depende de la articulación significativa de la demanda. De este modo: "(...) el deseo no es ni el apetito de la satisfacción ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su escisión" <sup>54</sup>.

Con Lacan, esa primera experiencia nunca es de satisfacción, la satisfacción nunca será total por el hecho de que el llamado habrá de atravesar el código, habrá de dirigirse al Otro, y al hacerlo, la satisfacción siempre será parcial, hay un resto que permanece

insatisfecho, y ese resto insiste, y eso que insiste conforma el forzamiento del principio del placer, en la medida en que no puede ser "domeñado", que no puede ser incluido en la esfera del yo. Hay algo que permanece siempre inasimilable, irreductible al principio del placer, sin que el funcionamiento homeostático logre nunca reabsorberlo.

Si hay algo que tiene el carácter de irrepresible, de indomeñable, es ese elemento que Freud teoriza y del cual considera no podemos prescindir: la pulsión; concepto que de acuerdo a la lectura que Lacan hace del artículo de 1914, "Pulsiones y destinos de pulsión", no es posible reducir al registro de lo orgánico, y lo demuestra a partir de la distinción de los cuatro términos en la pulsión que Freud propone.

El empuje, al ser considerado como una fuerza constante y cuya tendencia es la descarga, "(...) impide cualquier asimilación de la pulsión a una función biológica la cual siempre tiene un ritmo"<sup>55</sup>, la constancia de la pulsión implica "(...) valga la expresión, que no tiene ni día ni noche, ni primavera ni otoño, ni alza ni baja"<sup>56</sup>

En cuanto a la meta de la pulsión Freud sostendrá siempre que es la satisfacción. Ahora bien, ¿qué quiere decir la satisfacción de la pulsión?. Para responder a esta pregunta, Lacan recurre a la sublimación. Freud propone que la sublimación es también una forma en la que se satisface la pulsión, lo que nos lleva a percibir que la función de la pulsión es precisamente poner "(...) en tela de juicio, ese asunto de la satisfacción"<sup>57</sup>.

La satisfacción de la pulsión es paradójica: "(...) al dar con su objeto la pulsión se entera, precisamente, de que no es así como se satisface"<sup>58</sup>, y si hay insistencia, si hay exigencia pulsional, es precisamente porque ningún objeto puede satisfacer a la pulsión, y en ese sentido Lacan confirma lo que Freud dice en cuanto al objeto pulsional, en tanto indiferente, en tanto "(...) no está enlazado originariamente con ella"<sup>59</sup>.

Desde este punto de vista, habría que definir la función que tiene el objeto de la pulsión, el lugar que ocupa en la satisfacción pulsional, y a ese respecto Lacan dice: "(...) la pulsión le da la vuelta, lo contornea"<sup>60</sup>.

De esta manera, no podemos definir al objeto como el satisfactor de la pulsión, Freud dice que cualquier objeto puede aunarse a la pulsión, y siendo así no es más que un vacío, una falta de objeto, y que Lacan nombra el "(...) objeto perdido a minúscula"<sup>61</sup>.

Lo fundamental de cada pulsión es el carácter circular con que se estructura, de ahí que en la pulsión, la satisfacción no sea otra cosa, que ese regreso en forma de circuito. La pulsión se satisface a partir de ese vaivén, pero no alcanza la meta, meta total que Lacan define "(...) por la función biológica, de la realización del apareamiento reproductivo"<sup>62</sup>, y es en este sentido que la pulsión, sólo puede ser pulsión parcial, parcial con respecto a la finalidad biológica de la sexualidad.

En cuanto a la pulsión oral, ésta no se satisface con comida, sino con el placer de la boca, el objeto a no se presenta como el satisfactor, el alimento de la pulsión, sino como el objeto eternamente faltante, y alrededor del cual el vaivén de la pulsión no cesa.

El vaivén, la circularidad, no es el acto intencional de un sujeto, en ese sentido la pulsión es acéfala, el sujeto no está ahí a nivel de la pulsión, sino que es el efecto de los sucesivos lanzamientos, remitiendo al circuito, al ir y venir, y a la aparición del sujeto en un tiempo que incluye la introducción del Otro.

Lacan formula la aparición del sujeto planteando que "(...) la actividad de la pulsión se concentra en "ese hacerse"<sup>63</sup> Hacerse "ver, oír, engullir, cagar", por el otro.

Lacan asevera que es a partir de ese movimiento circular en torno al objeto a, "(...) como el sujeto llega a alcanzar la dimensión propiamente dicha del Otro con mayúscula"<sup>64</sup>.

La pulsión se presentaría como esa fuerza incesante y que encuentra su meta como imposible, y que al insistir tiene por misión ir en busca de algo que responda en el Otro.

"La pulsión como aquello de la demanda frente a lo cual el sujeto se desvanece"<sup>65</sup> y que encuentra su realización como imposible, el encuentro siempre es fallido, porque la falta es estructural y está inscrita en el Otro al que la demanda se dirige.

El sujeto al insistir, al repetir, demanda la satisfacción "total", sin embargo, el blanco siempre falla, el objeto a es la medida de ese goce faltante, y por esto, por ser manifestación de la falta en ser, es causa del deseo. El a, como la razón de ser del movimiento pulsional, como el resto que el sujeto "pierde" cada vez que demanda.

El objeto a, definido como plus de goce en tanto se presenta como el saldo del movimiento pulsional. Este objeto, en tanto representante del goce perdido, se presenta como causa del deseo, pero no como el objeto del deseo, es sólo su causa, y este objeto causa del deseo es el objeto de la pulsión, "(...) no es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es activado en la pulsión"<sup>66</sup>.

En el seminario, "La Transferencia", Lacan dice respecto al objeto de la pulsión, "(...) si ese objeto les apasiona, es porque ahí dentro, escondido en el está el objeto del deseo".<sup>67</sup>

El objeto de la pulsión, objeto siempre parcial, como aquel que marcará los caminos del deseo, los objetos a partir de los cuales se fijará el deseo, y es en este sentido que la pulsión es historizadora, en tanto que insatisface. La historia estará marcada por esos lanzamientos sucesivos, como el resultado de fallar el encuentro y lanzarse tras él.

La actividad del significante, la demanda que se repite e insiste, vale como la superficie que gira constantemente en torno a ese vacío. Freud capta esa insistencia, esa

repetición, en el juego de su nieto, juego que Lacan considera como la respuesta del sujeto "(...) a la ausencia que la madre vino a crear en el lindero de su dominio, en el borde de su cuna, a saber, un foso, a cuyo alrededor sólo tienen que ponerse a jugar al juego del salto"<sup>66</sup>. El juego efectivamente simboliza la repetición, pero de ningún modo una repetición que clame porque la madre vuelva para satisfacer una necesidad, es la repetición de la partida de la madre, que al crear la ausencia, conforma así el par presencia-ausencia, propio de la humanización del deseo, y de la estructura misma del lenguaje.

En el seminario de la "Carta Robada", Lacan habla de esa repetición en función del desplazamiento significativo, "(...) comparable al de nuestros bandos de anuncios luminosos, esto debido a su funcionamiento alternante en su principio, el cual exige que abandonemos un lugar, a reserva de regresar circularmente"<sup>69</sup>.

Este desplazamiento de significantes constituyen la historia del sujeto, e insisten en ser reconocidos, esos significantes "no son", si no los recuerda un sujeto, si no hay un sujeto ahí, y es por eso que Lacan dice: "(...)es justamente de lo que no era de donde lo que se repite procede"<sup>70</sup>. Ser reconocido es la satisfacción propia de ese deseo inconsciente que insiste en la cadena significativa.

En cuanto a la técnica, la repetición entonces, no puede confundirse con la estereotipia de una conducta, ni tampoco con la reproducción del pasado en una especie de rememoración actuada, de tal manera que la repetición y la transferencia no pueden ser conceptualizadas de la misma manera. A este respecto Lacan dice en el seminario, libro XI, "La transferencia es una repetición, no digo que sea falso, y que no haya repetición en la transferencia. No digo que Freud no se haya acercado a la repetición a propósito de la experiencia de la transferencia. Digo que el concepto de repetición no tiene nada que ver con el de transferencia"<sup>71</sup>.

Más adelante dice: "Si la transferencia pretende, mediante esta repetición, restituir la continuidad de la historia, sólo lo logrará provocando el resurgimiento de una relación que, por naturaleza, es sincopada"<sup>72</sup>.

En el análisis, el sujeto efectivamente repite, y repite en ese momento en que la palabra ya no tiene acceso a él, la resistencia hace su aparición, y es entonces cuando demanda, y al demandar, el sujeto "(...) muestra en el presente significantes usuales en demandas para las cuales hay forclusión"<sup>73</sup>. En ese momento de intensa transferencia imaginaria, en que el analizante demanda al analista, al repetir, lo que hace es "repedir", si en ese momento el analista responde, considerando que lo que demanda es lo que desea, sólo reforzará la resistencia, pero si responde no desde un saber preconcebido, sino desde uno que permita relanzar la apuesta, el dique se disuelve y se produce el saber, el saber inconsciente.

Para que efectivamente la repetición sea el motor del saber, del saber inconsciente, no basta con instar al sujeto para que haga consciente todo lo inconsciente, con la

repetición el arte interpretativo del analista no basta, es necesario "saber estar ahí", ocupar un lugar ahí donde el analizante repite, lugar que habrá de jugarse a partir del objeto a.

La intervención del analista habrá de ser tal, que "...el sujeto reciba su mensaje de A en forma invertida", una intervención que enfrente al sujeto al acto mismo de la palabra, en tanto palabra que crea la resonancia de todos sus sentidos, lo que le permite ver más allá de la significación dada y producir el advenimiento de un significante nuevo, S1, que lo represente ante S2, donde el inconsciente es supuesto a partir de este S1, y de esta manera hay creación, surge lo nuevo "(...) del sujeto que no estaba ahí en el origen" <sup>74</sup>.

"La rememoración es el efecto de la repetición significativa" <sup>75</sup>, por eso la situación analítica se transforma cuando se analiza la situación transferencial evocando la antigua situación, "(...) dado que la palabra actual del analista, está en el interior de un paréntesis en el tiempo siendo idéntica la modulación del tiempo, el tiempo del inconsciente, la palabra del analista tiene el mismo valor que la palabra antigua" <sup>76</sup>.

La interpretación siempre habrá de ser tal, que apunte a conservar el lugar del deseo, teniendo siempre en cuenta la relación que la transferencia mantiene con lo real, lo real como lo imposible de significar, lo insuceptible de proceso secundario, y es en este sentido que la repetición en su relación con lo real, constituye el límite de la rememoración, "(...) es lo real que hace dique a la recuperación absoluta de las vivencias reprimidas", <sup>77</sup> real que Freud intenta afectar a partir de la construcción. Si lo real es imposible de significar, la interpretación no puede consistir en otra cosa "(...) que en llenar con un engaño ese vacío de ese punto muerto. Pero este engaño es útil, porque aunque falaz, vuelve a lanzar el proceso" <sup>78</sup>.

La distinción entre repetición y transferencia, al permitir vislumbrar la relación que esta última mantiene con lo real, permite concebir el fin del análisis en relación a esa ausencia, a esa falta, al objeto a.

## 2.5 DESEO DEL ANALISTA

Desde su primer seminario, Lacan critica el uso y el abuso que se ha hecho del concepto de contratransferencia, de acuerdo a sus teorizaciones, contratransferencia significa hablar del yo del analista, y al acentuar la función de lo simbólico en la cura, apunta "(...) con este término a destruir la ilusión de reciprocidad dual e imaginaria de la comunicación de los inconscientes" <sup>79</sup>. La contratransferencia se ubicaría en el lugar de los prejuicios del analista, del lado de su yo.

Lacan no habla de contratransferencia, al recordar que el psicoanálisis es una experiencia del discurso, y al distinguir el discurso intencional o constituido, del discurso constituyente, señala la falsa consistencia de esta noción. La transferencia es un fenómeno que incluye al sujeto y al psicoanalista, y el concepto de contratransferencia es sólo una

manera de eludir el lugar que debe ocupar el analista, y la responsabilidad que esto conlleva. En el seminario de 1964, "Los cuatro conceptos...", Lacan dice a este respecto: "(...) podemos decir que detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente. Es lo que Freud, con un rápido juego de manos, presentó como engañosos cuando dijo, al fin de reconfortar a sus colegas: 'después de todo, no es más que deseo del paciente'. Sí, es el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista" <sup>60</sup>.

En Freud no encontramos una teoría del deseo del analista, él no da cuenta del lugar que el analista "debe" ocupar en la cura, en su rigurosidad científica, él tomaba por ideal la eliminación del deseo, la anulación de todo error de "ecuación personal".

Contrariamente a Freud, Lacan deja caer todo el peso de la cura en el deseo del analista. Si la transferencia sitúa al analista en el lugar del Ideal del yo, el analista debe responder a ella desde otro lugar, un lugar que no remite a sus "cualidades", sino más propiamente a su deseo.

En el seminario de 1960-61, "La Transferencia", Lacan da cuenta del deseo del analista retomando la obra de Platón, "El Banquete".

En "El Banquete", Sócrates plantea la falta como punto esencial de las cuestiones del amor, y al hablar de la falta, habla del deseo mismo, no del objeto deseable, sino del deseante, del que se encuentra en falta.

El punto esencial en el que Lacan ubica el lugar del analista en la cura, es retomado a partir del lugar en el que Sócrates se ubica, y se ubica como no sabiendo nada, a no ser sobre el Eros, sobre el amor.

Tres personajes: Agathón, Sócrates y Alcibíades. El lugar de Sócrates, es el de mediador, el que posee un saber, poseedor de algo valioso, posesión que despierta la pasión de Alcibíades, sin embargo, Sócrates "(...) sabe que no posee más que la significación que engendra el retener esa nada, lo que le permite remitir a Alcibíades al destinatario presente de su discurso, Agathón" <sup>61</sup>.

Ante la pasión que Sócrates despierta en Alcibíades, pero ante todo en la respuesta a su demanda: "Ocupate de tu deseo (...) sólo puede verse como un primer esbozo de la técnica de la ubicación de la transferencia" <sup>62</sup>.

Lo esencial de la posición de Sócrates, como comparación con el analista, es el lugar que asume al proponerse como poseedor de un saber relativo al deseo, deseo hacia el cual remite a Alcibíades, definiendo de este modo el lugar que el analista ha de asumir al dirigir la cura.

El lugar del analista ha de ser tal, que le permita responder a partir de su deseo, deseo que no significa que algo esté mal analizado, no es tampoco la contratransferencia,

es el deseo de dirigir al sujeto a constatar que su verdad se encuentra en la "otra cadena", en su deseo, como deseo del Otro.

Si el analista dirige la cura, lo hace en la medida en que su deseo es el pivote o la fuerza a partir de la cual el sujeto irá al encuentro con su deseo inconsciente.

Si el analista no responde a la demanda, no es sólo en favor de una exigencia ética, él calla, para que el Otro, lugar del inconsciente hable, y ello implica en el fondo "(...) el reconocimiento de la regencia absoluta del deseo del Otro"<sup>63</sup>.

El deseo del analista no se nombra, sólo se articula a partir de su relación con el deseo del analizante. Para el analizante, el deseo del analista no deja de ser un enigma en la medida en que este último no responde a la demanda, constituyéndose este enigma en la mira del deseo del sujeto, desnudando así la estructura del deseo: "El deseo del hombre, es el deseo del Otro"<sup>64</sup>.

En el seminario de 1960-61, Lacan refiere con respecto al deseo del analista: "Las coordenadas que el deseo del analista debe ser capaz de alcanzar simplemente para ocupar ese lugar que es suyo, el cual se define como el lugar que él debe ofrecer vacante al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro"<sup>65</sup>.

Si el analista no responde, es porque el deseo del Otro resiste a toda respuesta directa, ningún significante podría articular el enigma que para el sujeto constituye su propio deseo.

Si la respuesta al deseo del Otro, sólo puede ser la falta estructural, el deseo del analista sólo puede ser un deseo desprovisto de narcisismo, lo cual le permitirá no responder ante el atractivo del reclamo amoroso de la transferencia, no responder a la demanda, manteniendo así la distancia entre el I (Ideal del yo) y el a.

Si el analista es ubicado en la transferencia en el lugar del Ideal del yo, tiene que caer de la idealización con que lo atavía el sujeto, ya que sabe que ocupa ese lugar sólo para aparentarlo, y es su deseo lo que le permite dirigir la operación analítica hacia el rompimiento de esa ficción que es la transferencia.

A partir de la operación analítica fundamental, de la separación entre el I y el a, no se crean sujetos hechos a imagen y semejanza del analista, sino que se le permite al analizante localizar, "(...) más allá de los espejismos del amor, el objeto del deseo a partir de la falta de su signo en el Otro"<sup>66</sup>.

En el seminario, libro XI, Lacan refiere: "(...) si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que lo vuelve a llevar a la pulsión"<sup>67</sup>. Si bien la transferencia transcurre de la demanda a la identificación, es posible atravesar este plano a partir del enigma que para el sujeto constituye el deseo del analista,

y en este sentido no se tiende a la identificación, sino a la presentificación de la realidad del inconsciente, la pulsión.

Si bien la operación analítica fundamental implica que el analista abandonará el lugar del I y habrá de servir de soporte al objeto a, encarnando este lugar, es importante señalar, que en un primer momento, el analista encarna el lugar del Otro al que se dirige la demanda de amor, lugar en el que debe ubicarse para reconocer al sujeto, esto en el marco del amor de transferencia y como paso inicial del análisis, pasando a ser objeto cuando a partir de su deseo como enigma, se separa del Otro de la demanda de amor y se sitúa como objeto parcial.

El analista, a partir de su deseo, no da significaciones, no da respuestas que promuevan la identificación, ni un saber a colocarse en el lugar de la ignorancia; al ubicarse en esa posición, en el centro inarticulable del deseo, al tomar el lugar del a y no del saber obturador, se ofrece como "pasto" para el fantasma, como causa para el deseo, dirigiendo al paciente como un objeto que sostiene siempre la apertura, la no posibilidad de discursos complementarios, sino la exigencia permanente de un decir y de un trabajo incesante en torno a la falla estructural.

Si no existe un saber a partir del cual articular el deseo, si la falla es estructural, ¿qué debe saber en el análisis el analista?. La última parte de "Variantes de la cura-tipo", donde Lacan se propone tratar este punto, se intitula: "Lo que el psicoanalista debe saber: ignorar lo que sabe"<sup>68</sup>. En este artículo refiere que el saber sólo puede ser un efecto de captura de lo imaginario, de ahí que Freud muestre que la ciencia analítica deba ponerse en tela de juicio en el análisis de cada caso.

La ignorancia no debe entenderse, en este sentido, como ausencia de saber, sino de acuerdo a Lacan, como una pasión del ser, una postura en donde lo importante no es lo que el analista sabe, sino como opera ese saber en el análisis.

A partir de esta "docta ignorancia", como el marco del análisis, Lacan dirige su más acerba crítica a las instituciones analíticas, aquellas que pretenden formar analistas a partir de un saber predigerido, saber que para Lacan, no tiene ningún valor formativo.

En "Variantes de la cura-tipo", Lacan refiere: "La formación del candidato no podrá terminarse, sin la acción del maestro o de los maestros que lo forman en ese no-saber, en ausencia de lo cual nunca será otra cosa que un robot de analista"<sup>69</sup>.

Así como Freud propone el análisis didáctico, como la "vacuna" contra la contratransferencia, en el sentido de anular el deseo del analista, Lacan igualmente insiste en que no hay analista, sin un análisis didáctico, pero la perspectiva a partir de la cual lo admite, es muy diferente. Para Lacan el análisis se plantearía como el espacio a partir del cual producir, no la anulación del deseo, sino la develación de un deseo a partir del cual el sujeto se "(...) despoje de la imagen narcisista de su yo de todas las formas de deseo en que se ha constituido, para reducirla a la sola figura que bajo sus máscaras, la sostiene: la



del amo absoluto, la muerte", <sup>90</sup> por esta razón, el psicoanálisis didáctico es por definición, la experiencia que debe hacer y recorrer en su integridad cualquiera que desee hacerse analista.

Es en este sentido, que el fin del análisis didáctico constituirá para Lacan, el pasaje de analizante a analista. La pregunta sería: ¿En todo analizante se produce este pasaje?. La respuesta sería afirmativa, sin dejar de tomar en cuenta ciertos aspectos. Lacan plantea que el sujeto que pretende ser analista, debe llevar su análisis hasta el fin, fin que de acuerdo a él, implica la ubicación del sujeto en la posición del a, pero el ocupar ese lugar no es una elección; es en este sentido que Lacan afirma que el psicoanálisis no es una profesión, no se elige ser psicoanalista por los beneficios terapéuticos que se hayan experimentado en el análisis personal, sino por el viraje que el fin del análisis implica, la mutación a la que se expone el sujeto como resultado de la experiencia analítica, sin dejar de lado la posibilidad de que un sujeto haga la experiencia del análisis hasta su término sin ejercer por ello el psicoanálisis.

En la "Proposición del 9 de octubre de 1967", Lacan proyecta encontrar una organización del psicoanálisis "en extensión" (el de la Escuela), que no fuese incompatible con el psicoanálisis en intención (el didáctico), elaborando nuevos modos de funcionamiento institucional.

Si la experiencia analítica marcha hacia el descubrimiento de la estructura misma del deseo, como hacia su fin natural, Lacan debía dar a la "formación" psicoanalítica un sentido inédito más próximo al de las formaciones del inconsciente que al recibido en una educación profesional.

Si el analista, y más propiamente su deseo, se gesta en un análisis llevado hasta el fin, la afirmación de Lacan: "(...) el analista sólo se autoriza por él mismo" <sup>91</sup>, encuentra un sentido, sin embargo, la situación se complica al pensar que si un sujeto se convierte en analista al llevar a cabo su análisis hasta el fin, quién asegura que ese sujeto haya recorrido ese camino, como tener esa certeza, ¿cómo saber si hay analista, si no hay un patrón, una medida del analista?.

Preocupado por la necesidad de "asegurar que hay analista", Lacan propone en 1967, el dispositivo del "pase", un medio que pretende "(...) autenticar la experiencia del fin de análisis" <sup>92</sup>, un medio a través del cual transmitir algo de ese viraje subjetivo, que en el curso de una cura entraña esta mutación. Una forma en la que un Otro, "el pasador", a partir de unas preguntas aún no formalizadas, da cuenta del hecho de que un analista asuma la posición del a. El pasador cumple el papel del mediador que trasmite a un jurado el testimonio del pasante. A pesar de recurrir a un tercero, al jurado, Lacan aclara que el pase no pretende recuperar el sujeto supuesto saber, sino es una forma de evitar a los analistas que se jactan de haberlo derribado, cuando "(...) se han identificado tan bien con él, que ya no lo ven" <sup>93</sup>.

Si bien el analista sólo se autoriza por él mismo, el "por él mismo", no se refiere al yo del analista, sino que se autoriza por su deseo, vale decir, por ser "(...) el mismo en el Inconsciente, que no es suyo más que por abuso del lenguaje, pues más cierto es que este lo posee"<sup>14</sup>.

## 2.6 EL DESEO DE FREUD

Si de acuerdo a las formulaciones lacanianas, el deseo del psicoanalista es el motor de la cura, el soporte de la transferencia; es en la clínica, y en la posición que ocupó Freud al dirigir un análisis, en donde podemos dar cuenta de su deseo.

Desde sus comienzos, el psicoanálisis tuvo como marco la relación de Freud con una mujer; es la queja histérica de donde Freud parte.

La consigna que Freud hace a la histérica es que hable, que recuerde, rompiendo así el modelo médico-paciente al depositar el saber en la histérica, "eres tú quien sabe", es desde luego un saber inconsciente, pero del que sólo ella dispone.

Sin embargo, en la consigna que Freud hace a la histérica, existe una preocupación constante, hay mucha prisa en que ella hable, prisa para que recuerde, tal es su preocupación que crea lo que él llama "artificios técnicos", la presión en la frente y el establecer plazos, son ejemplos de ello.

Su prisa, su avidez de saber, no pasa desapercibida para Emmy Von N., de quien Freud comenta: "Y hete aquí que me dice, -comenta Freud-, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntado siempre de donde viene esto y estotro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme"<sup>15</sup>.

Acorde con su afán de saber, Freud pretendía un modelo del fin de análisis, en donde se hubiera reconstruido una historia hasta sus más mínimos detalles, y donde al hacerse consciente todo lo inconsciente se pudiera llegar al "primer encuentro".

Freud busca un más allá del tope de la transferencia, se apasiona por el origen, preguntándose "(...)qué real, podemos afirmar que está tras el fantasma"<sup>16</sup>. La clínica freudiana refleja su pasión por el saber, situación que lo lleva a sugerir, a querer convencer, a poner en labios de sus paciente confesiones que él quería escuchar: la seducción, la masturbación, la escena primaria; lugar en la cura que nos habla de su deseo, deseo que lo conduce a arriesgarse a comunicarle a sus pacientes construcciones que eran más una réplica de su teoría, que una construcción basada en el decir del paciente.

Es el deseo de Freud, el que determina su posición al dirigir una cura, y su deseo lo conduce a ubicarse en el lugar del Padre ideal, del Otro absoluto, a este respecto dice Lacan: "También la histérica nos pone, sobre la pista de un cierto pecado original del

análisis. Es necesario que haya uno. El verdadero sólo puede ser una única cosa, el deseo de Freud mismo a saber, el hecho de que algo, en Freud jamás fue analizado"<sup>97</sup>.

En el caso "Dora", Freud confunde el objeto de amor con el objeto de identificación, si bien no había teorizado lo suficiente al respecto, no se trata de teoría, se trata de su posición subjetiva en la dirección de la cura, no escucha, y responde colocándose en una posición de amo del deseo, en donde le propone a Dora un hombre, prevaleciendo ahí sus prejuicios y desconociendo el deseo, el deseo por otra mujer. Una nota agregada al Epílogo en 1923, encierra la respuesta más correcta a la cuestión de la interrupción del análisis de Dora; su elección homosexual. El tratar de adoctrinar el deseo nos habla de su narcisismo, de la relación dual que establece con su paciente.

Freud intenta domeñar el deseo de Dora, Dora decide abandonar el análisis en respuesta al deseo de Freud, y la respuesta de éste a su abandono, nos habla nuevamente del lugar que ocupaba en sus análisis, el lugar del Otro absoluto. "No sé que clase de auxilio pretendía de mí, pero te prometí disculparla por haberme privado de la satisfacción de librarla más radicalmente de su pena".<sup>98</sup>

En el caso de el "Hombre de las Ratas", Freud le comunica una construcción que se basa en pocos elementos relatados por el paciente, es él quien le sugiere conforme a su teoría del Edipo. "Su construcción es un resumen de la sexualidad infantil de los tres ensayos"<sup>99</sup>. La rabia del "hombre de las ratas" hacia su padre nunca fue revivida, fue vía el "poder" de la transferencia, lo que llevó a provocarle una convicción que en realidad sólo era de Freud.

El caso del "Hombre de los lobos" es también otro ejemplo de la prisa de Freud, prisa que lo lleva a fijarle un plazo para vencer las aparente resistencias, plazo que efectivamente cumple el objetivo de Freud, el paciente habla, se producen muchas asociaciones, pero también se produce la interrogante alrededor de si esta prisa no promovió la presencia de la psicosis. En el seminario, libro XI, Lacan se refiere explícitamente a este caso en los siguientes términos: "A través de todo este análisis, vemos que Freud arrastra con él al sujeto tras ese real, y casi lo fuerza, dirigiendo de tal modo la búsqueda que, después de todo, podemos ahora preguntarnos si esa fiebre, esa presencia, ese deseo de Freud no condicionó en su enfermo, el accidente tardío de su psicosis"<sup>100</sup>.

Su deseo también determinó su actuación sobre la transferencia, deseo que lo lleva a pasar por alto la transferencia de Ferenczi, su demanda de análisis. El suicidio de Tausk, es otro ejemplo de la posición subjetiva de Freud en la transferencia, posición que lo lleva no sólo a rechazar analizarlo, -como lo había hecho con tantos otros- sino que además llega a proponerle como analista a una de sus discípulas jóvenes, Helene Deutsch, para posteriormente pedirle a ella que interrumpiera dicho análisis.

Ferenczi y Tausk, son sólo algunos de los testimonios que despertaran siempre preguntas alrededor del deseo de Freud, ese deseo, que efectivamente, no le permitió

teorizar en forma clara sobre el concepto de transferencia, que lo llevó a ignorar su verdadera dimensión porque "(...) no puso el deseo en el lugar conveniente, porque su deseo tampoco estaba en ese lugar" <sup>101</sup>.

## 2.7 SUJETO SUPUESTO SABER

La relación transferencial reproduce el vínculo original del sujeto con el significante, vínculo que crea en lo simbólico la presencia de una falta que atraviesa al sujeto: la castración.

En el "Discurso de Roma" (1966), Lacan establece que la demanda apunta no hacia la obtención del objeto imaginario del "Estadio del Espejo", sino al objeto simbólico propio del deseo humano: el reconocimiento. Este reconocimiento es un objeto simbólico por excelencia, una nada, pero solamente a partir de él, a partir de su inserción en el lenguaje, podrá devenir un sujeto, devenir que se da a partir del reconocimiento del Otro.

El sujeto demanda, y demanda porque busca una respuesta en el Otro, una respuesta a la pregunta que en tanto sujeto lo constituya.

La realización del deseo como deseo del Otro, entraña el reconocimiento de ese Otro, lo cual concuerda con la fórmula de Lacan de la comunicación, según la cual "(...)no sólo el sujeto, por esperar del otro que haga verdadero su mensaje, va a preferirlo bajo una forma invertida, sino en la que ese mensaje lo transforma anunciando que es él mismo. Cuando aparece en toda fe otorgada, donde las declaraciones 'eres mi mujer' y 'eres mi maestro' significan 'soy tu esposo', 'soy tu discípulo' <sup>102</sup>.

Ser reconocido es la satisfacción propia del deseo inconsciente, ese que insiste en la cadena significativa, e insiste en tanto que el sujeto no lo recuerda, en tanto no es, "(...)es justamente de lo que no era de donde procede la repetición" <sup>103</sup>.

El sujeto pretende a partir de la demanda, ser reconocido, sin embargo, la demanda lo enfrenta a su división, a su falta en ser, a la ignorancia con respecto a lo que él es.

El sujeto intenta "taponear" su carencia recurriendo al Otro, Otro al que se le supone portador de un saber. El sujeto se presenta en una posición de ignorancia, no sabiendo lo que quiere, lo que ama, lo que es.

"EL conócete a ti mismo", no es del orden de la experiencia analítica, en la medida en que el reconocimiento implica la presencia de un otro y tiene como condición el establecimiento de la transferencia.

El término reconocimiento forma un contrapunto particular con el de desconocimiento, éste último como carácter fundamental del yo imaginario, por eso no es posible el autoanálisis, ya que el yo no puede reconocer lo que él mismo desconoce.

Si la posición del neurótico es "tratar" su división por medio de un Otro supuesto al saber, ese Otro, bien podría ser encarnado por el analista.

Desde el momento en que el sujeto hace una demanda de análisis, existe en él la disposición a la transferencia, siempre que él se coloque en la posición de "no saber", y coloque al analista en el lugar del sujeto supuesto saber; transferencia imaginaria que produce en el sujeto la ilusión de que su verdad existe bajo la forma de un saber que el analista posee.

El inicio de un análisis, es una petición del sujeto de saber acerca del sufrimiento que desgarró su ser y rebasa su conocimiento.

El sujeto desconoce, el yo ignora el saber inconsciente que lo organiza. Si el sujeto ignora, es porque en él existe un esfuerzo por rechazar ese saber, el saber inconsciente, y si hay rechazo hacia él, es porque ese saber lo revela en falta y lo introduce a la vivencia de su castración. La represión, que ya para 1914 era considerada la piedra fundamental sobre la que descansa el edificio doctrinal del psicoanálisis, es la negativa del sujeto a conocer lo que del inconsciente se realiza en su ser, es una huida de la castración, desconocimiento de la falta siempre fallido, el síntoma es sólo una de las huellas de ese fracaso.

El sujeto supone un saber oculto que lo habita, un saber al que no tiene acceso, y que no lo ubica en el interior de su propio ser, sino que lo encarna en el significante del analista. El lugar del Otro, es ocupado por el analista, es el sujeto quien lo coloca ahí, y lo coloca ahí para que lo reconozca, para que lo ame.

Con la finalidad de ser reconocido, el sujeto ama al analista, y lo ama porque le supone un saber, un saber a partir del cual podría reconocerse.

Desde el momento en que hay un sujeto al que se le supone un saber, desde entonces, hay transferencia, y el efecto, es el llamado amor de transferencia.

Una situación clara, en cuanto a la técnica, es lo indispensable de este efecto de transferencia en cuanto se dirige una interpretación al sujeto. Desde el momento en que el analista es ubicado en el lugar del SsS, su palabra será escuchada por el sujeto a partir de ese lugar en que lo ha ubicado la transferencia, "(...) ¿aceptará aprovecharse de ese error sobre la persona?. La moral del análisis no lo contradice, a condición de que interprete ese efecto, a falta de lo cual el análisis se quedaría en una sugestión grosera" <sup>104</sup>.

La unidad elemental de lo inconsciente es el significante, el significante aislado no tiene ningún sentido, no significa nada, el significante es, si y sólo si, se articula a otros significantes.

El sujeto es el resultado de la articulación significativa. "No hay sujeto que pueda ser supuesto por otro sujeto" <sup>105</sup>. El sujeto sólo es supuesto, y el saber no es menos supuesto, ambos son el resultado del encadenamiento de significantes.

En La "Proposición del 9 de octubre de 1967", Lacan esquematiza el concepto de sujeto supuesto saber, de la siguiente manera:

$$\frac{S \rightarrow Sq}{s(S_1, S_2, \dots, S_n)}$$

"En la primera línea, el significante S, es decir el significante de un sujeto, S<sub>1</sub>, "(...). El sujeto de abajo, es el sujeto, pero reducido al patrón de suposición del primer significante. El paréntesis, el saber, los significantes en el inconsciente, significación que ocupa el lugar del referente aún latente en esa relación tercera que lo adjunta a la pareja significante - significado" <sup>106</sup>.

Para Lacan todo saber que sea considerado en la clínica analítica, es una cuestión a producir. El inconsciente no está presente siempre, es función del analista facilitar su surgimiento, la interpretación es el medio.

La regla analítica fundamental, esa invitación al analizante a decir todo lo que se le ocurra, y esa posición del analista como oyente, oyente del discurso que él estimula, ya que invita al analizante a decirlo "todo", a no omitir nada. Esta es la estructura de la situación analítica, y a partir de ella, Jacques A. Miller sitúa el poder del analista, el lugar del sujeto supuesto saber, un lugar que hace de la situación analítica, una relación disimétrica "(...) puesto que uno entrega material, mientras que el otro tiene como función estructural interpretar este material, escucharlo, recibirlo, apreciarlo, y en ocasiones interpretarlo" <sup>107</sup>.

El analista funciona como sujeto supuesto saber al interpretar, cuando recibe los significantes y los revierte como elementos de significación y en este sentido hace presente al inconsciente. Lacan plantea "(...) que cuanto más se interpreta más se hace existir al inconsciente, que lo mantenemos con la interpretación" <sup>108</sup>

Esta posición de "intérprete" lo ubica en un lugar particular, en una posición que lo hace aparecer como poseedor de la verdad, sin embargo, esto es sólo una ilusión del sujeto, el analista "(...) no es un traductor del inconsciente, no hay sentido previo a la interpretación, es significativo que encadena significantes que a su vez producen un sentido ya supuesto, pero desconocido para el analizante" <sup>109</sup>

Para el analista el saber no está encarnado por un sujeto, el saber sólo tiene un lugar : El inconsciente. La función del analista es enlazar significantes que produzcan el saber inconsciente, no hay sentido previo, él no posee el saber inconsciente de su analizante. El analista que actúa el lugar que le ha asignado el sujeto, el lugar del sujeto supuesto saber, que se conduce como poseedor del saber inconsciente del analizante, saber que sólo a él le pertenece, actúa en detrimento del Otro, rehuye su castración y

establece sólo una relación dual e imaginaria con su paciente, proponiéndose a sí mismo como un modelo, como un ideal al cual habrá de identificarse el analizante.

Encarnar al Otro en un primer momento, ser el lugar al cual se dirige la demanda y los significantes sólo para producir el saber inconsciente, es esa la función del analista; sostenerse en ese lugar sólo para dirigir al sujeto al encuentro con su deseo.

## 2.8 EL FIN DEL ANÁLISIS

A partir de los planteamientos que hace Freud en 1937, con respecto al fin del análisis, se ha desencadenado un interés general por parte de varias generaciones de analistas, interés que ha creado una serie de propuestas alrededor de un tema tan controvertido en la teoría psicoanalítica, un tema que sobre todo ha acarreado una serie de dificultades en el terreno de la clínica.

Una manera de encarar la controversia tiene auge en la década de los 50's y está representada por Michel Balint, discípulo de Ferenczi e influenciado por tanto por una tradición húngara que florece alrededor de las cuestiones planteadas a partir de la relación analizante-analista.

Balint es un autor a quien Lacan retoma porque considera que él ha analizado de manera en "extremo penetrante", los efectos intrincados de la teoría y la técnica, proponiendo para las controversias que en ello encuentra, una serie de postulados; postulados que Lacan retoma, y a partir de los cuales lanzará una crítica no sólo a él, sino a todos los analistas que de uno u otra forma dirigen su praxis hacia el mismo resultado.

La concepción central de Balint gira alrededor de la llamada relación de objeto. Plantea la idea de la relación con un objeto original, objeto que en su momento fue capaz de satisfacer en forma plena. El modelo, es la relación madre-hijo, a la cual llama "amor primario", relación que plantea como intersubjetiva, relación de dos, pero sin diferencias, "(...) un encuentro que se pierde enseguida".<sup>10</sup>

Según Balint, si el sujeto hace una demanda de análisis, es porque hubo una "falla" en la satisfacción. El sujeto en análisis y todo hombre, tendría la tendencia a reencontrar el "amor primario"; desde esta perspectiva, Balint propone que el análisis debe encaminarse a ese reencuentro, devolviéndole al paciente la capacidad de abandonarse al otro, y en donde el analista habrá de ubicarse en ese lugar de objeto satisfactor, el objeto primario, la madre.

La crítica fundamental que Lacan hace a Balint es desarrollada principalmente en el seminario, "Los escritos técnicos...", y gira sobre todo en relación al lugar en el que él se ubica: el lugar del Otro, el Otro a quien se dirige la demanda, y que tiene el poder de gratificar o frustrar, el Otro que sabe lo que al sujeto le falta.

Desde el momento en que Balint se coloca en el lugar del Otro, sugiere, porque responde a la demanda, sugiere que lo que le falta es lo que demanda.

Este proceso, al ser concebido como una relación dual, refuerza la disposición especular entre el yo del paciente y el yo del analista, dando como resultado un proceso identificatorio. Se trata de una identificación con aquel que responde a la demanda, y este es el resultado que encuentra Balint al final de sus análisis. "En los análisis terapéuticos seguidos de una separación definitiva, entre el paciente y analista, la introyección de la imagen idealizada no tiene probablemente mucha importancia (...) en el curso de los años esas mismas imágenes tienden a fundirse en el yo, cosa que lo enriquece según el muy conocido proceso de la identificación" <sup>111</sup>.

El final del análisis es descrito por Balint como un estado de "embriaguez megalomaniaca" <sup>112</sup>, que Lacan explica a partir de un efecto de ilusión yolca, la ilusión del buen encuentro, en donde según Balint "(...) el paciente, en ese estado de elación (...) cree haber intercambiado su yo con el del analista" <sup>113</sup>

Balint dirige el análisis ocupando un lugar a partir del cual, la culminación del mismo, no podrá ser otra que la identificación al analista, Lacan considera no sólo que el análisis no termina con una identificación al analista, sino que éste no debe ser el fin, la posibilidad del fin ha de situarse en la relación del sujeto con lo real, con el fantasma.

Lacan retoma la experiencia freudiana de la castración, esa experiencia que para Freud constituye el obstáculo más importante a vencer para llegar al fin del análisis, ese momento en que se enfrenta a la resistencia de las mujeres a "(...) resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer al varón de que una actitud pasiva no siempre tiene el significado de una castración" <sup>114</sup>.

Al retomar la experiencia de la castración, Lacan resitúa la problemática de tener o no un pene, en relación a lo que la hace crucial: la relación con el Otro, y más específicamente, la relación con el falo.

Desde el primer llamado dirigido al Otro, el sujeto experimenta la falta. Cuando el sujeto demanda al Otro, Otro que en un inicio generalmente es encarnado por la madre, la experiencia que hace, es la de sacudir "(...) las pretensiones que conlleva su demanda" <sup>115</sup>, y las sacude por la respuesta del Otro siempre lo relanza a la insatisfacción, esbozándose así la falta en ese Otro primordial, constituyéndose el acontecimiento psíquico por excelencia, el encuentro con la castración materna.

La importancia de la castración materna, es un hecho ya señalado por Freud, en Lacan, dicha falta se vuelve la meta del deseo, se convierte en la nueva mira del deseo, y constituye al sujeto en ese punto de carencia del Otro, en ese punto en que el deseo surge como deseo del Otro.



Como ya lo señalábamos anteriormente (infra. p. 49), en un primer momento el sujeto experimenta la llamada operación de la alienación, "(...) el vel que condena al sujeto a sólo aparecer en esa división (...) si aparece como sentido producido por el significante, del otro aparece como afánisis" <sup>116</sup>.

El segundo momento se basa en la operación que Lacan denomina "separación", operación a partir de la cual el sujeto encuentra "(...) el punto débil de la pareja primitiva de la articulación significante, en la medida en que es, por esencia, alienante" <sup>117</sup>. Es en el intervalo entre estos dos significantes en donde se aloja el deseo, el deseo de la madre, y para responder al enigma que para el sujeto constituye el objeto del deseo materno, responde con la falta antecedente, con su propia desaparición: "El primer objeto que propone a ese deseo cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida (...) su desaparición" <sup>118</sup>. El reconocimiento experimenta aquí un cambio de matiz; el problema es ahora cómo se reconocido como objeto del deseo del Otro, si no se sabe qué desea el Otro.

La respuesta que encontró Freud para ese deseo, para esa falta esbozada en la madre, fue designar al falo como su objeto.

Si el deseo de la madre es el falo, como significante de la falta, el niño quiere ser el falo para satisfacerlo. Si el falo es aquello que podría colmar la falta del Otro, el camino más "sencillo" es identificarse con él.

Es a partir de la operación simbólica de la castración, operación que implica la ley de prohibición del incesto, que la madre aparece como un objeto prohibido a partir de lo que Lacan llama el significante del Nombre del Padre.

A partir de la castración, el falo se instaura como el significante que remite al sujeto a su carencia en ser, ya que el significante del Nombre del Padre viene a instituirlo como un lugar vacío, un lugar que el sujeto nunca podrá ocupar.

El falo simbólico es aquello de lo que el sujeto está privado, pero no privado en el sentido de tenerlo o no, sino en la medida en que el sujeto no lo es, lo que constituye para Lacan la clave de la declinación del Edipo.

El falo imaginario es el objeto de la castración, y el falo simbólico, en cambio, queda constituido como aquello de lo que el sujeto siempre estará privado, él nunca será el objeto del deseo de la madre, y representará para siempre tanto la falta del sujeto como de la madre misma. En los "Escritos", la castración es definida del siguiente modo: "(...) está habitado por la forma de un jirón sangriento: la libra de carne que paga la vida por hacer de él el significante de los significantes, como tal imposible de ser restituido al cuerpo imaginario". <sup>119</sup>.

A partir de la castración, el falo puede elevarse a la condición de significante fálico, el significante que representa la acción del significante mismo, ofreciéndose como un lugar vacío, un lugar a partir del cual podrán girar una serie de significantes, tratando de situar

uno que se ubique como el significante faltante, ese que garantizaría al Otro, ese a partir del cual el Otro pudiera respondernos, paso que implica la desidentificación del ser del sujeto con el falo simbólico, introduciendo al sujeto a partir del significante fálico en la dinámica del deseo.

Puntualicemos. El significante fálico representa la alienación significativa, la sujeción al significante, pero no su reconocimiento, el sujeto sólo puede indicarse a partir de ese significante como falta en ser, ya que ningún significante en el inconsciente, en el Otro, lo designa.

En ese punto de incertidumbre sobre el ser, un objeto adviene, un objeto cuya función es ser apoyo del sujeto, "señuelo del ser", ese objeto "(...) que soporta al sujeto en el momento, precisamente, en el cual él tiene que hacer frente a su existencia del lenguaje. En ese momento de pánico donde él debe borrarse como significante detrás del significante que lo representa en el lenguaje, es al objeto aquello a lo que se aferra"<sup>120</sup>. Allí donde el sujeto es afectado en su ser, el objeto a asume el lugar del falo, en tanto aquello de lo que el sujeto está privado simbólicamente.

El objeto a deviene para el sujeto, objeto causa del deseo, constituyendo al deseo como el núcleo del ser, como la metonimia de la falta en ser, un sujeto que ni es, ni no es, sino que se está realizando, y que está condenado a ser sólo semblante. El objeto a no es un objeto por poseer, sino un objeto que cumple en el deseo la función de sostén, la función de reconducir siempre a una falta, a un goce perdido.

Hablemos ahora de la relación del objeto a con el fantasma, ya que es a partir de éste que Lacan habrá de retomar el tema del fin del análisis.

El fantasma está en el origen de la posición subjetiva, es ese que surge de la tachadura del sujeto y del Otro y que produce la caída del a: S a, rombo que nos remite al proceso circular, a la relación del sujeto con el Otro a partir de la operación de la alienación y la separación. Ante la castración del Otro, el sujeto se aferra al a como respuesta, se identifica con él, ofreciéndose como objeto para el deseo del Otro, y constituyendo la pantalla de su fantasma como aquélla a partir del cual tratará de dar una respuesta al ¿quién soy?, vía una pregunta por el deseo del Otro: ¿qué quiere el Otro de mí?. El fantasma se constituye como la primera referencia al ser del sujeto, un ser al cual le falta el motivo por el cual es, y que a partir de esa pantalla, de ese rombo, de esa relación del sujeto con el Otro, tratará de ocultar la realidad del sujeto barrado, operando así como un lugar de encuentro entre el deseo y el objeto, evadiendo con ello su encuentro con lo real del goce.

Aciaremos, al hablar del encuentro entre el deseo y el objeto, no se trata del encuentro del deseo con su objeto, se trata del encuentro del deseo con el objeto a como causa, el fantasma le ofrece al sujeto esa posibilidad, ser el sostén de ese deseo y ofrecerle a éste sus objetos, objetos que pertenecen a un mundo producido y estructurado por lo

simbólico, un mundo de objetos que circulan, que giran alrededor de ese goce perdido (a) imposible de recuperar.

Si bien el objeto a, a partir de su inserción en el fantasma, produce al objeto como causa que funda el deseo, el a no mantiene el deseo, la posibilidad de mantener el deseo depende de la castración, del barramiento del sujeto, de ese corte simbólico que implica la separación de un objeto, pero de un objeto en tanto significante, la separación de una parte del propio cuerpo que se juega estrictamente en el terreno de lo simbólico, estableciéndose así la articulación entre deseo y castración, articulación que se logra a partir de la caracterización del falo como significante.

Llegando a este punto, retomemos ese tope en la experiencia analítica freudiana, "la roca viva de la castración", conceptualizada como angustia de castración en el hombre y envidia del pene en la mujer, dos conceptos que dan cuenta del complejo de Edipo en su articulación con la operación simbólica de la castración en ambos sexos, castración que tiene como agente al Padre (Padre simbólico), y es aquí donde Freud parece haberse detenido: en su relación al Otro, esa relación que conduce al sujeto a eternizar la demanda, la lógica de la completud-incompletud del gran Otro, y se detiene porque propone un trabajo de búsqueda del último significante de la neurosis, un modelo del fin que consiste en la restitución total del pasado, hacer consciente todo lo inconsciente, y por tanto, tramitar el análisis a partir del trabajo del recuerdo, trabajo que se logra a partir de la neurosis de transferencia, neurosis en la que el analista -de acuerdo a Freud- ocupa el lugar del Padre, del gran Otro. Desde este punto de vista, el problema radica en el cómo detener la transferencia, cómo puede el analista retirarse del asunto, cómo detener la demanda al Otro.

El problema de la "liquidación" de la transferencia es una dificultad que Freud advirtió desde 1910. Cuando se planteó el problema de dar término a las curas, se enfrentó a casos en los que observó que los síntomas desaparecían, para poco tiempo después volver a aparecer, o aquellos en los que el analizante se aferra al diván, se aferra a perpetuar su análisis diciendo que continúa sintiéndose mal, casos para los que Freud empleó el término de "reacción terapéutica negativa".

Los casos anteriores le mostraron a Freud que hay un saber siempre en suspenso. Si el objetivo freudiano era hacer consciente todo lo inconsciente a partir de la interpretación, siempre habría algo nuevo que interpretar, las formaciones del Inconsciente no se agotan, y en este sentido, el deseo como deseo del Otro, el deseo, como deseo de reconocimiento, es inagotable, la apuesta a un Otro sin barrar, a un saber último puede eternizarse.

Por el lado del significante, el sujeto es remitido a la incertidumbre sobre su ser, a la imposibilidad de nombrarse, hay algo que el analizante deja siempre en suspenso; ese saber supuesto, ese algo, es la única invención que Lacan reconoce: el objeto a, ese resto, que no es del saber, del significante, sino del objeto, objeto que le permitirá explorar el factor cuantitativo freudiano, la Inercia pulsional.

Si por una parte tenemos a un sujeto cuya identidad no proviene del significante, identidad que tampoco encontrará en el deseo, ya que sólo es reenvío de un significante a otro, entonces habrá de buscar la solución en otra parte, argumentación que conducirá a una teoría del fin del análisis en relación al objeto a.

A partir de la década de los 60's, la investigación de Lacan sobre lo real, el desarrollo del concepto de goce, son nociones que le permitirán explorar el factor cuantitativo freudiano, aunado a esto, tenemos la reconceptualización de la transferencia en tanto aquella que ubica al analista en el lugar de objeto y localiza este objeto -como agalma- en el sujeto supuesto saber. El objeto a y el sujeto supuesto saber, esas son las vertientes a partir de las cuales Lacan tratará de dar una respuesta a la problemática del fin de análisis.

Es a partir del seminario de "La Lógica del Fantasma", el seminario del "Acto Psicoanalítico" y en la "Proposición del 9 de octubre...", que encontramos una teoría del fin del análisis que supone que al término, caduca aquello mismo que lo hace posible y que decide su comienzo: el analista ocupando el lugar del sujeto supuesto saber. Sus teorizaciones llegar a ubicar en el fantasma el "impasse" del análisis, ya que la construcción no resuelve su inercia, de ahí que se volviera necesaria otra operación para franquear ese límite. Esa operación es denominada el "atravesamiento del fantasma", operación que implica ese viraje "(...)en el que el sujeto ve zozobrar la seguridad que de daba su fantasma"<sup>12</sup>, que obturaba la falta en el Otro. El atravesamiento supone, por un lado, el enfrentamiento con la castración, con el significante fálico y por otro lado, el enfrentamiento con el goce no simbolizable, el a.

Por una parte, tenemos que el fantasma le ha permitido desconocer al sujeto su propia castración, su división, el "atravesamiento" implica dar cuenta de su falta en ser, asumir que nunca podrá encontrar su identidad en el significante, que el Otro no tiene, ni nunca ha tenido el significante que pudiera reconocerlo, momento que Lacan denomina con el nombre de "destitución subjetiva", y en el que se impone la asunción de la castración.

La destitución subjetiva es ese momento que se juega alrededor del lugar del analista; el analista, que ubicado en la posición de sujeto supuesto saber, no actúa ese lugar, es sólo supuesto, y por ello, no responde a la demanda, y cuando le proporciona un saber al sujeto, al resultar ser insuficiente, refuerza el camino hacia el descubrimiento de que hay algo que también falta en ese Otro absoluto, en ese que en un principio encarnó el saber.

Si el analista puede conducir al analizante a esa experiencia de la falta en el Otro, es porque el analista, a partir de su deseo, mantiene la distancia entre el I y el a, y esto le permite mostrar al sujeto las innumerables identificaciones que tapizaron su historia, identificaciones en las que se constituyó su yo, y que el análisis debe deshacer una a una, para producir al fin del análisis, su única certeza, la identificación al objeto a, pasaje que se

logra a partir de la destitución subjetiva. Si en el análisis el sujeto se aferra al analista buscando en él la respuesta a su falta en ser, cuando éste cae, cuando da cuenta de la falta de significante que lo nombre, cuando asume la castración del Otro, el deseo del analista; es el momento en que al analizante se le "aparece" esa única certeza, el objeto a, punto en que el sujeto surge como el objeto del deseo que fuera para el Otro, como el objeto que se despedazó por hacer de él una respuesta a la falta del Otro.

El fin del análisis se refiere entonces a la localización en la transferencia, en el deseo del analista, del lugar del sujeto como objeto a. Es en el objeto donde el sujeto encuentra su ser, momento que habrá de jugarse en estrecha relación al deseo del analista, ya que es en él, -como decíamos-, una vez que ha sido reducido al resto, en quien habrá de reconocerse. "Por lo que el psicoanalista dejó obtener al psicoanalizante del sujeto supuesto saber, a él le corresponde perder ahí el agalma" <sup>177</sup>.

La destitución subjetiva no hace desaparecer el fantasma, lo modifica, modifica la posición del sujeto con respecto al a. El fantasma permanece, pero ya no habrá más preguntas al Otro, ya no habrá intentos por encontrar en el Otro el agalma que el mismo sustenta.

En el momento en que el analista es reducido al resto, deviene un significante cualquiera, el a es el tope, ya no hay nada que esperar de él, nada que demandarle, lo único que queda es separarse de él, separación que culmina en un estado de duelo.

Al final del análisis el sujeto sabe quien es, se reconoce en ese punto de falta, y ahora "carga" con su castración, ese es el saber que le proporciona el análisis.

## CITAS BIBLIOGRÁFICAS

### 2.1 ANTECEDENTES

1. Lacan, J. "La agresividad en psicoanálisis", en Escritos 1, 15ava. edición, Ed. Siglo XXI, 1989, p. 100.
2. Lacan, J. El Seminario, Libro 1. Los escritos técnicos de Freud. Ed. Paidós, Barcelona, 1981, p. 131.
3. Lacan, J. El seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, p.123.

### 2.2 AMOR DE TRANSFERENCIA

4. Freud, S. "Introducción del narcisismo" (1914). En Obras Completas. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, p. 75.
5. Lacan, J., Seminario de las relaciones de objeto y las estructuras freudianas, Clase no. 4, 12.12. 1956.
6. Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Ed. Manantial, Buenos Aires, 2da. edición, 1988, p. 127.
7. Lacan, J., Seminario de las relaciones de objeto..., clase del 23 de enero de 1957.
8. Rabinovich, D., op. cit. p. 153.
9. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2, 14ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1988, p. 598..
10. Lacan, J. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo". En Escritos 2, 14ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1988, p. 787.
11. Lacan, J. "Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad"". En Escritos 2, 14ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1988, p. 657.
12. Safouan, M. La Transferencia y el deseo del analista, op. cit., p. 185.
13. Lacan, J. "Observación sobre el informe de Daniel Lagache...", op. cit. p. 658-659.

14. Lacan, J. "El estadio del espejo como formador de la función yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". En Escritos 1, 15ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1989, p. 90.

15. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 264.

16. Lacan, J. "Observación sobre el informe de Daniel Lagache...", op. cit. p. 651.

17. Novoa, V. La Transferencia: su conceptualización y desarrollo en la obra de S. Freud y J. Lacan. Tesis, UNAM, (Facultad de Psicología), México, 1987, p. 76.

18. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder", op. cit. p. 608.

19. Lacan, J. El seminario, libro VIII, La Transferencia, p. 51.

20. Lacan, J. El seminario, libro XI, "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", op. cit., p.250.

21. Ibid.

22. Lacan, J. El seminario, libro VIII, La Transferencia, op. cit. p. 51.

23. Ibid. p. 61.

24. Ibid. p. 77.

25. Ibid. p. 162.

26. Novoa, V. La Transferencia: Su conceptualización y desarrollo en la obra de S. Freud y J. Lacan, op. cit. p. 91.

27. Safouan, M. La Transferencia y el deseo del analista, op. cit., p. 73.

28. Ibid. p. 275.

29. Freud, S. "Más allá del principio del placer" (1920). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XVIII, p. 106.

### 2.3 LA TRANSFERENCIA COMO RESISTENCIA

30. Lacan, J. "Variantes de la cura tipo". En Escritos 1, 15ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1989, p. 323.

31. Ibid., p. 324.

32. Ibid. p. 323.
33. Ibid. p. 322.
34. Ibid. p. 325.
35. Lacan, J., El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 206.
36. Ibid. p. 147.
37. Ibid. p. 216.
38. Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967". En Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica, ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 30.
39. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder" .En Escritos 2, 14ava. edición, siglo XXI editores, México, 1988, p.167.
40. Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2da. edición, 1980, p. 169.
41. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2, 14ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1988, p. 617.
42. Ibid. p. 615.
43. Ibid. p. 616.
44. Lacan, J. "Variantes de la cura tipo", op. cit. p. 342.
45. Lacan, J. "Observación sobre el Informe de Daniel Lagache ...". En Escritos 2, siglo veintiuno editores, 14 14ava. edición, México, 1988, p. 650.
46. Ibid. p. 399.
47. Ibid. p. 400.
48. Lacan, J. "Variantes de la cura tipo", op. cit., p. 340.
49. Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967", op. cit., p. 44.
50. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, op. cit. p. 258.



51. Lacan, J. El Seminario, libro II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica 2. Ed. Paidós, Barcelona, 1984, p. 415.

## 2.4 LA TRANSFERENCIA Y LA REPETICIÓN

52. Lacan, J. "El seminario sobre la carta robada". En Escritos 1, siglo veintiuno editores, 15ava. edición, México, 1989, p. 39.

53. Lacan, J. "La significación del falo". En Escritos 2, siglo veintiuno editores, 14 ava edición, México, 1988, p. 670.

54. Ibid. p. 671.

55. Lacan, J. El seminario libro XI, Los cuatro conceptos..., op. cit. p. 172.

56. Ibid.

57. Ibid.

58. Ibid. p. 173.

59. Ibid. p. 175.

60. Freud, S. "Pulsiones y destinos del pulsión" (1915). En Obras Completas, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, p. 118.

61. Lacan, J. El Seminario, Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, op. cit., p. 176.

62. Ibid. p. 186.

63. Ibid. p. 202.

64. Ibid. p. 201.

65. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2, siglo veintiuno editores, 14ava. edición, México, 1988, p. 615.

66. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder", op. cit. p. 251.

67. Lacan, J. El Seminario, libro VIII. La Transferencia.

68. Lacan, J. El Seminario, libro XI, op. cit. p. 70.

69. Lacan, J. "El seminario sobre la carta robada", op. cit. p. 23.

70. Ibid. p. 37.
71. Lacan, J., El Seminario, libro XI, op. cit. p. 41.
72. Ibid. p. 149.
73. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder", op cit. p. 568.
74. Nasio, J. En los límites de La Transferencia. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1987, p. 47.
75. Ibid. p. 44.
76. Lacan, J. El Seminario, libro I. Los escritos técnicos de Freud, Ed. Paidós, Barcelona, 1981, p. 352.
77. Novoa, V. La Transferencia: su conceptualización y desarrollo en la obra de S. Freud y J. Lacan. Tesis, UNAM, (Facultad de psicología), México, 1987, p. 118.
78. Lacan, J. "Intervención sobre La Transferencia". En Escritos 1, siglo veintiuno editores, 15ava. edición, México, 1989, p. 214.

## 2.5 DESEO DEL ANALISTA

79. Lacan, J. "Variantes de la cura tipo". En Escritos 1, 15ava. edición, siglo veintiuno editores, México, 1989, p. 326.
80. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 262.
81. Lacan, J. El Seminario, libro VIII. La Transferencia.
82. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, op. cit., p. 263.
83. Ibid. p. 262.
84. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2, siglo veintiuno editores, 14ava. edición, México, 1988, p. 608.
85. Lacan, J. El Seminario, libro VIII. La Transferencia, op. cit. p. 146.
86. Cottet, S. Freud y el deseo del analista, E. Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 170-171.

87. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, op. cit., p. 281.
88. Lacan, J. "Variantes de la cura tipo" op. cit. p. 336.
89. Ibid. p. 345.
90. Ibid.
91. Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967". En Momentos cruciales de la experiencia analítica, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 15.
92. Lacan, J. "La institución del pase". En Ornicar?1. Publicación periódica del campo freudiano, Ediciones Petrel, Barcelona, 1981, p. 47.
93. Ibid. p. 51.
94. Ibid. p. 52.

## 2.6 EL DESEO DE FREUD

95. Freud, S. "Estudios sobre la histeria" (1893-1895). En Obras Completas, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1980, Tomo II, p.109.
96. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Ed. Paidós, Buenos Aires, 4ta. reimpresión, 1973, p.62.
97. Cit. por Cottet, S., Freud y el deseo del psicoanalista, op. cit. p. 78.
98. Freud, S. "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (1905). En Obras Completas, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1980, Tomo VII, p.102.
99. Cottet, S. Freud y el deseo del psicoanalista, op. cit. p. 77.
100. Lacan, J. El Seminario, libro XI, op. cit. p.62.
101. Cottet, S. "Sobre el deseo del analista en Freud". En Ornicar?1. Publicación periódica del campo freudiano, Ed. Petrel, Barcelona, 1981, p.171.

## 2.7 SUJETO SUPUESTO SABER

- 102 Lacan, J. "Variantes de la cura tipo". En Escritos 1, siglo veintiuno editores, 15ava. edición, México, 1989, p. 338.

103. Lacan, J. "El seminario de la carta robada". En Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava edición, México, 1989, p. 37.

104. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2, siglo veintiuno editores, 14ava. edición, México, 1988, p. 571.

105. Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967". En Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica, ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 12.

106. Ibid. p. 13.

107. Miller, J. A. Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan, Ed. Ateneo de Caracas, Caracas, Venezuela, p. 98.

108. Lacan, J. El Seminario libro XI, Los cuatro conceptos ..., op. cit. p. 231.

109. Novoa, V. La Transferencia: Su conceptualización y desarrollo en la obra de S. Freud y J. Lacan. Tesis, UNAM (Facultad de Psicología), México, 1987, p. 218.

## 2.8 EL FIN DEL ANÁLISIS

110. Lacan, J. El Seminario, libro I. Los escritos técnicos de Freud, Ed. Paidós, Barcelona, 1981, p. 305.

111. Cit. por Porge, E. "Sobre el deseo del analista". En Ornicar? Publicación periódica del campo freudiano, Ediciones Petrel, Barcelona, 1981, p. 207. "Amour-primafire et technique psychanalytique".

112. Lacan, J. "La cosa freudiana", En Escritos 1, siglo veintiuno editores, 15ava. edición, México, 1989, p. 412.

113. Lacan, J. "Observación sobre el informe de Daniel Lagache...". En Escritos 2, siglo veintiuno editores, 14ava. edición, México, 1988, p. 661.

114. Freud, S. "Análisis terminable e interminable" (1937). En Obras Completas, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, Tomo XXIII, p. 253.

115. Soler, C. Finales de Análisis, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 31.

116. Lacan, J. El Seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 218.

117. Ibid. p. 227.

118. Ibid. p. 222.

119. Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En Escritos 2., siglo veintiuno editores, 14ava. edición, México, 1988, p. 609-610.

120. Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica, op. cit. p. 178.

121. Cit. por Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica, op. cit. p. 180.  
Lacan, J. "Hamlet" en Ornicar? 26/27, Lyse, París, 1980, p. 22.

122. Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967". En Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 23.

## CAPITULO 3

### CONCLUSIONES

A lo largo del presente trabajo pudimos constatar que en los diferentes textos que abordan el tema, Freud distingue tres formas de transferencia: La primera forma es la que identifica a la transferencia con la función de la repetición; la segunda, identifica a la transferencia con la resistencia y la tercera, que identifica a la transferencia con la sugestión.

Encontramos así en la obra freudiana una transferencia polimorfa, un fenómeno equiparado a los distintos fenómenos que se producen en la experiencia analítica, un concepto que se confunde con otros conceptos, convirtiéndose a sí mismo en un concepto evanescente, un fenómeno que de una u otra forma es absorbido por los otros - repetición, sugestión, resistencia-. Lacan se encargará de deslindar el pivote alrededor del cual giran los distintos aspectos de la transferencia que Freud había despejado, pivote que habría de ubicar en la noción de sujeto supuesto saber.

Lacan considera que una consecuencia inmediata de la regla analítica fundamental, de esa invitación al paciente a decirlo "todo" sin que lo detenga la censura o el displacer, consiste en la constitución del sujeto supuesto saber en el analista, a este respecto encontramos en Miller la siguiente cita: "El psicoanalista está allí para garantizar al paciente que este ejercicio en pura pérdida quiere decir algo, antes incluso que se sepa qué quiere decir eso. Y es en esta articulación delicada y puramente lógica que Lacan ve el fundamento mismo de los fenómenos que luego son dados como de transferencia".

El sujeto supuesto saber (SsS) como el principio constituyente de la transferencia, sobre este fundamento pueden producirse la diversidad de fenómenos que Freud encontró.

Si la transferencia se manifiesta como cierre del Inconsciente, como el dique o tapón de las asociaciones inconscientes, es por ese lugar que el analizante le ha otorgado a su analista, el lugar del SsS. Si el sujeto calla, si se interrumpe, es porque ha llegado al límite de su acceso a la palabra; en ese momento en que la palabra le es prohibida da cuenta de la presencia del Otro, (SsS), le pide a él que hable, que le dé el saber que a él le falta; si en ese momento el analista responde, pretendiendo que lo que pide, lo que demanda, es lo que desea, lo único que hace es fortalecer el dique, dificultar la apertura al deseo inconsciente; amén de que la respuesta, el saber que podría proporcionarle el analista actuaría como sugestión. Así llegamos a la transferencia equiparada con la sugestión, fenómeno que hace su aparición nuevamente por el lugar que le es asignado al analista: el lugar del SsS, el Otro al que se dirige la demanda de amor.

Si consideramos a la transferencia como el escenario a partir del cual el paciente repite lo reprimido como una experiencia actual, en vez de recordarlo, los

esfuerzos de Freud se encaminarían a obtener la victoria del recuerdo sobre la repetición. Desde 1920, Freud constata la imposibilidad de reducir una a la otra, y es así como la repetición llega a constituirse en el obstáculo más difícil a vencer.

Considerar a la transferencia como una repetición, es una equivalencia que tuvo amplias consecuencias en cuanto a la concepción que tendría Freud en lo que respecta al fin del análisis, así encontramos que el fin es definido como el triunfo del recuerdo sobre la repetición, como la restitución total del pasado, como aquel poder descifrar ese enigma del inconsciente, ese enigma que el analzante le ofrece al analista y que le pide le sea significado.

Decir que la transferencia es una repetición, es la concepción más difundida entre la mayoría de los analistas, de algún modo es la concepción a la que se le dio el valor principal.

Como señalábamos en el capítulo correspondiente, equiparar la transferencia con la repetición es una confusión, confusión que habría de ser eliminada por Lacan en el seminario de "Los cuatro conceptos..."

En la clínica se comprueba que el paciente tiene que repetir lo reprimido como una experiencia actual, en vez de recordarlo, y que es incluso esa presencia del pasado en el presente, lo que permite "movilizar" los significantes en los que el deseo ha quedado capturado; alrededor de esta concepción encontramos lo que nos dice Lacan en el artículo de "Función y campo...": "El automatismo de repetición no busca sino la temporalización de la experiencia de la transferencia".

Es cierto que para Freud no había incompatibilidad entre la definición de la transferencia como repetición de un amor infantil, por una parte y, por la otra, como idealización característica del estado amoroso, ya que las primeras figuras que se idealizan son las parentales. Sin embargo, aún cuando la compatibilidad existe, la identidad no es tal, hay una diferencia entre la reedición de un prototipo y una relación actual de la misma forma. Tal es la cuestión que puntualizará Lacan al abordar el tema, y que le permitirá concluir que el análisis no es sólo demanda de reconocimiento del pasado no reconocido, que la transferencia no es la repetición, que el fin del análisis no se alcanza por un agotamiento del simbólico, por la restitución total del pasado.

El fin del análisis, un tema que retomaremos por relacionarse con dos tópicos que consideramos centrales en la práctica analítica: El deseo del analista y la institucionalización del psicoanálisis.

El fin del análisis que Freud propone implica un trabajo doble, el de la "liquidación" de la transferencia y el de la búsqueda del último significativo de la neurosis, fin que encuentra como impedimento a la repetición, a la dificultad de tratar el conflicto entre la pulsión y el yo debido al "hiper poder del factor cuantitativo".

A la pregunta acerca de la posibilidad de tratar de manera duradera y definitiva un conflicto entre la pulsión y el yo, encuentra como respuesta un lógica que no renuncia a seguir considerando que si el dominio de las pulsiones depende de las represiones, si éstas se revisan y logran hacerse conscientes, se pondrá término al hiper poder del factor cuantitativo; sin embargo, hay un punto en el que encuentra un "verdadero" tope, el límite absoluto a las posibilidades del

análisis, un punto en el que ya no es posible cambio alguno: la castración, esa "roca" imposible de atravesar.

Después de Freud, el tema del fin del análisis ha sido tan atractivo y enigmático, que ha despertado por lo menos dos vías de investigación: Los analistas post-freudianos -salvo Lacan- interesados en precisar los criterios de curación e indicadores que permitan afirmar que el analizante ha llegado a la etapa final de su análisis, tratando de establecer el término de un análisis sobre la base de ciertos objetivos que serán distintos según la teoría en juego. En la otra vía de investigación se encuentra Lacan, quien abordará la problemática del fin, retomando la posibilidad de agotar un proceso de transformación. Se trata de establecer un punto sin retorno, más allá del cual el análisis no prosigue, y no prosigue por razones de estructura. Se trata de definir el final que impone la operación analítica misma y no el término (interrupción).

El tema del fin del análisis es abordado por Lacan a partir de 1953, y desde entonces, encontramos referencias a éste en casi todos sus seminarios, lo importante aquí, y que queremos resaltar, es ese "objetivo", esa dirección de la cura, que no es en Lacan lo que fue para Freud. El fin ya no radicará en la restitución total del pasado, en el reconocimiento absoluto del Otro, al contrario, la cura estará dirigida a dar cuenta que el sujeto supuesto saber no existe, que el Otro está igualmente barrado, atravesado por el significante, de ahí que nunca podrá darle el significante a partir del cual nombrarse, momento que Lacan llama "destitución subjetiva" y que impone esa dimensión subjetiva en la que Freud encontró el límite: la castración.

Lacan nos ha entregado el fin lógico del trabajo analítico, aquel que corresponde, que impone el proceso analítico y la estructura misma, un fin "adecuado" y general para las neurosis, pero ¿cómo se presenta un fin en la cura?, ¿cómo hablar del fin en cada caso?, ¿cómo dar cuenta del acto analítico, del momento de la destitución subjetiva, de la presentificación del objeto e?, ¿del pasaje del psicoanalizante al psicoanalista?

Si retomamos la pregunta que guió este trabajo: ¿Es la propuesta lacaniana una solución a los problemas que hasta ahora ha suscitado la concepción freudiana de la transferencia?, considero que la respuesta no puede ser una afirmación contundente, efectivamente, a la luz de las teorizaciones lacanianas el fenómeno transferencial se ha comprendido en su estructura, para ello, fueron necesarias nociones centrales como la del sujeto supuesto saber y el deseo del analista, se ha retomado, como siempre, que no hay análisis sin transferencia, pero ahora sabemos, más propiamente, que no hay análisis sin el deseo de un analista que sostenga esa transferencia. Es el deseo del analista lo que permitirá que la transferencia no sólo sea sugestión y resistencia, su deseo le permitirá que la transferencia conduzca a la apertura del inconsciente y no al cierre, y es también su deseo lo que le permitirá conducir a un analizante al fin del dicho proceso.

A raíz de las teorizaciones lacanianas se ha hecho caer todo el peso de la cura sobre el deseo de un sujeto, un sujeto que a diferencia de cualquier profesión sólo puede "acreditarse" como analista a partir de su deseo, un deseo que se gesta a partir del análisis personal, y más propiamente, al fin de dicho proceso; de ahí que el tema del fin de análisis sea un tema central, un tema, que como señalábamos, encierra una serie de interrogantes en las que se encuentra inmersa la práctica analítica actual, interrogantes que señalan la necesidad de



crear los medios para dar cuenta del pasaje del psicoanalizante al psicoanalista, medios que acrediten esta mutación.

Es importante también señalar, que muchos otros analistas no vacilan en concluir que la institucionalización del psicoanálisis no es necesaria ni deseable, posición tanto más firme cuanto que se apoya en el principio introducido por Lacan en la "Proposición...": "El psicoanalista sólo se autoriza por él mismo", principio que despertó la indignación de muchos analistas que vieron en el la autorización para toda clase de abusos. Es cierto que hay que comprender que el "se autoriza a él mismo" es una frase que implica que el analista se autoriza a partir del viraje subjetivo que se produce al fin de la experiencia, y también es cierto que Lacan no descartó la dificultad, y al mismo tiempo la necesidad de ubicar el fin del análisis, prueba de ello es la propuesta del 9 de octubre de 1967: el dispositivo del pase, dispositivo a partir del cual se pretende que los analizantes de Lacan, así como los analizantes de sus analizantes, den cuenta de lo que fue su análisis personal, una propuesta que pretende producir un saber acerca del fin del análisis, dar un testimonio que trate de registrar la transmisión de los efectos de su práctica.

El pase, un procedimiento que pretende dar cuenta del viraje sucedido al final del análisis, pero sobre todo, creado para cubrir la necesidad de "asegurar" que hay analista. Si el fin del análisis supone el pasaje del psicoanalizante al psicoanalista, el pase pretende ser la experiencia a partir de la cual dar testimonio de esa mutación, el dispositivo creado para producir el reconocimiento social e institucional de los analistas.

El pase es hasta ahora la única propuesta para "validar" el deseo del analista, propuesta que pretende abordar el problema de la institucionalización del psicoanálisis, institucionalización que promueve el reconocimiento del analista a partir del cumplimiento de un procedimiento rutinario, y desde el cual, el analista queda a salvo, esta protegido del enfrentamiento con su deseo, de la experiencia con lo real y de todo aquello que lo compromete en su ser, ser que de acuerdo a Lacan habrá de ponerse en juego cada vez que decida asumir el lugar de analista. El pase pretende dar cuenta de ese deseo que en análisis se ha gestado, de ese lugar que el sujeto ha asumido, sin embargo, los resultados son dudosos, las razones son varias: ¿Cómo dar cuenta del fin?, ¿cómo estudiar lo que ocurre en el punto de efectuación del psicoanálisis, en el punto en que todo esto no se sostiene ya, en el punto en que todo es equivalente al objeto a?. ¿cómo dar cuenta de lo que parece inefable?; sumemos a esto la poca experiencia que se tiene al respecto, porque ¿cuántos han hecho la experiencia del pase?, unos cuantos, y de ellos, las sociedades psicoanalíticas no han dado el testimonio que avale esos análisis didácticos mediante dicha experiencia, testimonio que se encuentra además librado a lo que sucede después del análisis, análisis que a veces después de suponer haber llegado al fin, se reanudan con otro analista. Encontramos también que los hechos comprueban que ningún analista esperó nunca al fin de su análisis para pasar al ejercicio de su "profesión", y es mínimo el número de los que, después de este pasaje, continúan o reanudan su análisis hasta terminarlo, de ellos podríamos preguntarnos: ¿cómo se han autorizado como analistas?, ¿qué valida su práctica?, ¿qué garantía hay de que aquello que se hace en sesión sea un análisis?.

Si bien es cierto, que estrictamente hablando, es el analizante quien autorizará a un sujeto como su analista, quien dará cuenta a partir de los efectos producidos en la cura, del lugar que su analista jugó, considero que no basta, y no

basta porque entonces la práctica analítica estaría supeditada a lo que los analizantes pudieran decir de ella, y la situación no corre solamente por este camino; el analista no es un ser aislado, pertenece a una sociedad, a una "comunidad científica", a una "Escuela", y es a partir de ella en donde debe encontrar también el reconocimiento, de no ser así, se podría caer en los abusos y arbitrariedades que señalaron algunos analistas, en la posibilidad de que "cualquiera" se nombrase analista, y esperara confirmar ese lugar a partir del decir de sus analizantes.

Las interrogantes aún persisten, algunas de ellas generadas desde la propuesta freudiana, otras, a partir de las intelecciones lacanianas, y gracias a éstas últimas, girando básicamente alrededor de dos nociones centrales: El deseo del analista y la institucionalización del psicoanálisis. Aún cuando para algunos analistas la institucionalización del psicoanálisis es innecesaria, desde Freud, hasta nuestros días, continúa en pie la necesidad de crear dispositivos a partir de los cuales reconocer la práctica analítica, reconocimiento que a partir de las teorizaciones lacanianas ya no es posible ubicarlo en otra parte que no sea el deseo del analista: Hay análisis porque hay analista, y más propiamente porque hay un deseo de analista. Ya no es posible extraviarse, Lacan nos ha puesto sobre la pista: Si se desea autenticar la experiencia analítica, la guía es el deseo del analista y la creación de los medios para dar cuenta de éste.

El "pase" es hasta ahora la única propuesta institucional para el reconocimiento de los analistas, una propuesta que como tal, señala la dificultad para alcanzar los objetivos, sin embargo, ha abierto una vía de investigación, investigación difícil para unos, insostenible para otros, sin embargo es la única opción que hasta ahora se nos ofrece, la única que ha brindado la pauta para tratar de encontrar respuestas a las interrogantes actuales, a la problemática que ahora hace peligrar la autenticidad de cualquier experiencia analítica.

## CITAS BIBLIOGRAFICAS

1. Miller, J, Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan, Ed. Atenero de Caracas, Venezuela, p.98.
2. Lacan, J."Función y campo de la y del lenguaje en psicoanálisis" en Escritos 1, Editorial Siglo XXI , 15ava. edición, 1989, p. 251.

## BIBLIOGRAFIA

Braunstein, N. "Las pulsiones y la muerte". En La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan, S XXI editores, México, 1982.

Cosentino, J. Las resistencias en la práctica freudiana. Manantial, Buenos Aires, 1987.

Cottet, S. Freud y el deseo del psicoanalista, Manantial, Buenos Aires, 1988.

Cottet, S. "Sobre el deseo del analista en Freud". En Ornicar?1. Publicación periódica del campo freudiano, Ed. Petrel, Barcelona, 1981.

Chauvelot, D. "Para una historia del fin del análisis (Tausk: su muerte como transmisión)". En Ornicar 71, Publicación periódica del campo freudiano, Ed. Petrel, Barcelona, 1981.

Freud, S. "Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)" (1890), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1982, Tomo Y.

Freud, S. "Estudios sobre la histeria" (1893-1895), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo II.

Freud, S. "Proyecto de 'Psicología'" (1895) en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1982, Tomo Y.

Freud, S. "La interpretación de los sueños" (1900) en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo V.

Freud, S. "El método psicoanalítico de Freud" (1904), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, Tomo VII

Freud, S. "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (1905), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo VII.

Freud, S. "Sobre psicoterapia" (1905), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, Tomo VII.

Freud, S. "Tres ensayos de teoría sexual" (1905), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, Tomo VII.

Freud, S. "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (1909), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo X.

Freud, S. "Cinco conferencias sobre psicoanálisis" (1910), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XI.

Freud, S. "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica" (1910), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XI.

Freud, S. "Sobre el psicoanálisis silvestre" (1910), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XI.

Freud, S. "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico" (1912), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII

Freud, S. "Sobre la dinámica de la transferencia" (1912), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII.

Freud, S. "Sobre la iniciación del tratamiento" (1913), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII,

Freud, S. "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico" (1914). en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV.

Freud, S. "Introducción del narcisismo" (1914), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV.

Freud, S. "Recordar, repetir y reelaborar" (1914), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1981, Tomo XII,

Freud, S. "Lo inconsciente" (1915), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV.

Freud, S. "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" (1915), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XII.

Freud, S. "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV.

Freud, S. "Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica" (1915), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV.

Freud, S. "19ava. conferencia. Resistencia y represión." (1916-1917), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI.

Freud, S. "23ava. conferencia. Los caminos de la formación del síntoma" (1917), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI.

- Freud, S. "27ava. conferencia. La transferencia" (1917), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XVI.
- Freud, S. "28ava. conferencia. La terapia analítica." (1917), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, Tomo XVI.
- Freud, S. "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica" (1919), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XVII.
- Freud, S. "Más allá del principio del placer" (1920), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XVIII.
- Freud, S. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XVIII.
- Freud, S. "El yo y el ello" (1923), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIX.
- Freud, S. "Presentación autobiográfica" (1925), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XX.
- Freud, S. "Análisis terminable e interminable" (1937), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XXIII.
- Freud, S. "Construcciones en el análisis" (1937), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XXIII.
- Freud, S. "Esquema del psicoanálisis" (1940), en Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Tomo XXIII.
- Harari, R. Fantasma: ¿fin del análisis?, Ediciones Nuevas Visión, Buenos Aires, 1990.
- Jones, E. Vida y obra de Sigmund Freud 1, Ediciones de Bolsillo, Anagrama, Barcelona, 1970.
- Lacan, J. El seminario, libro 1. Los escritos técnicos de Freud, Paidós, Barcelona, 1981.
- Lacan, J. El seminario, libro II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, Paidós, Barcelona, 1984.
- Lacan, J. El seminario, libro IV. Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas. (Inédito).
- Lacan, J. El seminario, libro VIII. La transferencia. (Inédito).

Lacan, J. El seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires, 1973.

Lacan, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967" en Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica, ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987.

Lacan, J. "El seminario sobre la carta robada". En Escritos I, S XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Más allá del principio de realidad, en Escritos 1, Siglo XXI editores, 15ava. edición; México, 1989.

Lacan, J. "El estadio del espejo como formador de la función yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" en Escritos I, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "La agresividad en psicoanálisis" en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología" en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Acerca de la causalidad psíquica", en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Intervención sobre la transferencia", en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Variantes de la cura tipo" en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "La cosa freudiana" en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista" en Escritos 1, siglo XXI editores, 15ava. edición, México, 1989.

Lacan, J. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" en Escritos 2, siglo XXI editores, 14ava. edición, México, 1988.

Lacan, J. "La dirección de la cura y los principios de su poder" en Escritos 2, siglo XXI editores, 14ava. edición, México, 1988.

Lacan, J. "Observación sobre el informe de Daniel Lagache" en Escritos 2, siglo XXI editores, 14ava. edición, México, 1988.

Lacan, J. "La significación del falo" en Escritos 2, Siglo XXI editores, 14ava. edición, México, 1988.

Lacan, J. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en Escritos 2, siglo XXI editores, 14ava. edición, México, 1988.

Laplanche y Pontalis, J. Diccionario de Psicoanálisis, Editorial Labor, Barcelona, 1983.

Le Gaufey, G. "Con quién identificarse?, De quién fiarse?". En Ornicar 71, publicación periódica del campo freudiano, Petrel, Barcelona 1981.

Miller, J. A. Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan. Ediciones Ateneo de Caracas, Caracas, 1989.

Miller, J. A. "Introducción a las paradojas del pase" en Ornicar 71, publicación periódica del campo freudiano, Ediciones Petrel, Barcelona, 1981.

Novoa, V. La transferencia su conceptualización y desarrollo en la obra de S. Freud y J. Lacan, Tesis, UNAM, (Facultad de psicología), México, 1987.

Porge, E. "Sobre el deseo del analista" en Ornicar 71, publicación periódica del campo freudiano, ediciones Petrel, Barcelona, 1981.

Rabinovich, D. El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2da. edición, 1990-

Safouan, M. La transferencia y el deseo del analista, Ediciones Paidós, México, 1987.

Silvestre, M. Mañana el psicoanálisis, Ediciones Manantial, Serie Mayor, 1987.

Soler, C. Finales de Análisis, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1988.